

XXI Certamen Literario Internacional

*Homengje
al Amor*

— 2017 —

**Las mejores poesías y cuentos del año
en una selección especial.**

Editorial
Grupo de Escritores Argentinos

© 2017 - Derechos Exclusivos de la Edición en Castellano reservados para todo el mundo por Francisco Checchi.-

El derecho de autor de cada una de las obras publicadas en esta Antología pertenece a sus respectivos autores, quienes podrán disponer de las mismas en la forma que consideren conveniente.

Homenaje al amor : selección de cuentos y poesías / Francisco Checchi... [et al.]; compilado por Francisco Checchi. - 1a edición para el alumno - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Grupo de Escritores Argentinos, 2017.

188 p. ; 20 x 14 cm.

ISBN 978-987-757-022-9

1. Poesía. 2. Cuento. I. Checchi, Francisco II. Checchi, Francisco, comp.

CDD A860

Diseño de tapa y diagramación: Cecilia Duarte

Este libro se terminó de imprimir en los talleres gráficos de Editorial Grupo de Escritores Argentinos-A. Alsina 1170 - 8º 810 - Ciudad de Buenos Aires - gr.escr.arg@gmail.com Tel 4381-2860 de 13 a 20 hs el 24 de Junio de 2017.-

Queda Hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Impreso en Argentina.-

Prohibida la reproducción total o parcial de este libro, o su almacenamiento en un sistema informático, su transmisión por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia, registro u otros medios sin el permiso previo por escrito de los titulares del copyright. Todos los derechos de esta edición reservados por Francisco Checchi, Buenos Aires, Argentina.

COMENTARIO EDITORIAL

La ciencia actual nos dice que el Universo se parece más a una fábrica de sueños que a una máquina como lo describía Newton.

La física cuántica nos enseña sobre el Universo, pero también nos dice que en un átomo vibra el Universo mismo.

Entonces, yo me permito decir que cada Ser Humano es una partícula del Universo, una Semilla de Dios.

Así como Dios crea mundos, el hombre crea cosas, edificios, computadoras, fórmulas científicas, armas, drogas...

Como si fuéramos Dios o el diablo en miniatura, CREAMOS lo bueno o lo malo, lo bello o lo feo, lo que cura o lo que mata.

LOS ARTISTAS y ESCRITORES creamos personajes, mundos, que son sueños y, como lo dice la física cuántica, esos sueños pueden ser otras realidades vivientes, Universos de armonía o de inquietud, alegría o depresión.

Cuando escribo en silencio es el Alma que habla, que grita, a veces; llora, ríe, sueña, crece, ilumina.

Entonces, con cada palabra me reinvento, me investigo y me descubro.

El cuento, la poesía, la literatura, como el arte o la música, son formas de conocer y crecer hacia adentro.

Hacia afuera son formas de compartir con mis amigos o lectores mi Amor, mis Esperanzas y Anhelos; a veces, las decepciones o angustias son la forma en que me entrelazo como mis amigos o lectores, la forma en que siembro las mismas sensaciones de agonía o Luz, y así la humanidad, entre todos, tú-yo-él-ella, nos en-redamos, tejemos redes como si cada uno fuera una gota de océano, indistinguible pero separada, y entre todos nos llenamos de sal (que es la vida).

Cuando escribimos, cuando leemos, igual que cuando amamos, nos vivificamos mutuamente todos y crecemos como humanidad planetaria, como seres camino a la perfección y la felicidad.

Esa misión es la humilde tarea que comenzamos en 1982 y que aún hoy continúa: difundir sueños y multiplicar esperanzas.

Fraternalmente, Franco Checchi

Director de Grupo de Escritores Argentinos

Presentando este libro en Sociedad Argentina de Escritores,

Buenos Aires, 24 de junio de 2017.

JURADOS

MARÍA CRISTINA DRESE

Escritora con más de 400 premios Literarios Internacionales
y Representante en Argentina de importantes instituciones
Literarias de todo el planeta

CARLOS CAPORALI

Escritor - Editor - Coordinador de Talleres Literarios
Integrante actual de la Comisión Directiva de SADE

FRANCISCO CHECCHI

Director de Grupo de Escritores Argentinos
Autor de 5 Libros
Designado Embajador Mundial de la Paz el 12 de Mayo de 2017.-

El Acto de entrega de Diplomas y Premios
de este evento, tuvo lugar el 24 de Junio de 2017 en la
Sociedad Argentina de Escritores - SADE,
Central, Ciudad de Buenos Aires, Argentina

ÍNDICE

| | |
|----------------------|---|
| Comentario editorial | 7 |
| Jurados | 9 |

POESÍA

| | |
|-------------------------------|----|
| Abraham, Sara Lucía | 17 |
| Acosta, Nilda Beatriz | 18 |
| Álvarez Bouza, Bárbara | 19 |
| Amondarain, Alicia | 19 |
| Andreñuk, Damián Jerónimo | 20 |
| Antolloni, Luis Antonio | 22 |
| Battaggi, Augusto | 24 |
| Becerra Pérez, Luis | 25 |
| Bernardo, Silvia Lilian | 27 |
| Borneo, Mauricio Javier | 28 |
| Brunori, Oswaldo Pedro | 28 |
| Buccaro, Yamila Nicole | 30 |
| Buelga Otero, María Carmen | 32 |
| Bustos Bargas, María Angelina | 32 |
| Cabanillas, Alejandro | 34 |
| Capriotti, Antonio | 36 |
| Carrazza Meyi, Mevia María | 37 |
| Carrillo Villamayor, Mario | 39 |
| Chazarreta, Marisa Nidia | 40 |
| Colagioia, Iris Mercedes | 42 |
| De Mello Coelho, Agenor | 43 |
| Dolly Adrover | 45 |

| | |
|------------------------------|----|
| Dovigo, Clide Elena | 46 |
| Dueñas Díaz, Nelson | 47 |
| Eguiazú, Gervasio Emanuel | 48 |
| Eidelstein, Héctor Saúl | 50 |
| Figueira, Ana Irene | 51 |
| Foligna, Carlos Héctor | 52 |
| Fuentes, Nora Elena | 54 |
| Fuhr, Isidoro Pío | 55 |
| Galeano, Ada Carmen | 57 |
| Garay, Silvia | 57 |
| Giurlani, María Irene | 59 |
| Goltzman, Ricardo Luis | 61 |
| Heger, Marcelo Eduardo | 62 |
| Heredia, Paula | 63 |
| Iscoff, Mario Jorge | 64 |
| Kargieman, Yamila Paula | 66 |
| Lagomarsino, Mónica Graciela | 67 |
| Leiva, Cintia Paola | 69 |
| Leruga, Sofía | 71 |
| Maino, Fernando | 73 |
| Marciello, Ersilia | 74 |
| Matteozzi, César Amílcar | 75 |
| Nazgel Fe | 77 |
| Negrete, Gustavo Adolfo | 79 |
| Nieto, Julia Norma | 80 |
| Palacios, Lidia Inés | 81 |
| Paulini, Vanesa | 83 |
| Pereira, Roxana Silvia | 84 |
| Pérez, Mirian Liberata | 85 |
| Pozzi, Sandra | 87 |
| Ramos, Marina Valeria | 89 |
| Ricarte Tobares, Pamela | 90 |
| Romero, Ana Isabel | 91 |

| | |
|----------------------------|-----|
| Santillán, Miriam Gabriela | 92 |
| Schejtman, Elga | 94 |
| Seminerio, María Laura | 95 |
| Sincovich, Dina Fortunata | 96 |
| Tonini, Walter | 97 |
| Tozzi, César Armando | 99 |
| Vizia, Hernán Pablo | 100 |
| Wenzel, María Teresa | 102 |
| Zanetti, Luis Adalberto | 103 |

CUENTOS

| | |
|-----------------------------|-----|
| Adrianzén Palacios, Noel | 107 |
| Ampuero, Natalia Belén | 109 |
| Arinovich Schenker, Marta | 110 |
| Camele, Giuliana | 111 |
| Cárdenas, Rosa Ramona | 114 |
| Dassie Wilke, Milena | 116 |
| De Vincenzo, Ida | 117 |
| Di Benedetto, Felipe | 119 |
| Dicenzo, Javier | 121 |
| Dröse, Cleia | 121 |
| Elldid, María Ester | 122 |
| Fallo, Carlos Alberto | 124 |
| Fanello, Víctor Matías | 126 |
| Ferrero, Jorge Javier | 128 |
| Filippi, Víctor Manuel | 130 |
| García Garacciolo, Franco | 131 |
| Giraldo López, María Esther | 132 |
| Gouiran, Marcelo | 133 |
| Jorgensen, Osvaldo Alberto | 135 |

| | |
|-------------------------------|-----|
| Jurberg, Silvia | 136 |
| Kaplan, Silvia | 138 |
| Lovino, Paula | 141 |
| Marcó, Juana | 143 |
| Mauriño, Federico | 144 |
| Medeot, Fernando Francisco | 146 |
| Milanese, Silvia | 148 |
| Mineo, Mirta Beatriz | 149 |
| Montenegro, Ana | 150 |
| Nieto, Ricardo Daniel | 152 |
| Pons, Alberto José | 153 |
| Porras, María | 154 |
| Prosser Santana, Germán | 155 |
| Pulizzi, Marta Susana | 157 |
| Ramunno, Juan Pablo | 158 |
| Rempel, Guadalupe | 160 |
| Rivadeneira, Rosa | 162 |
| Rodríguez, Verónica Alejandra | 163 |
| Romero, María de los Ángeles | 165 |
| Rumbo, Jorge Ángel | 166 |
| San Martín, Carlos | 168 |
| Sefair, Milagros | 170 |
| Sintado, Marcelo Eduardo | 172 |
| Tattoli, Camila | 174 |
| Valdez Pérez, Ricardo | 176 |
| Valerga, Mario Enrique | 177 |
| Zamora, María Laura | 178 |
| Zelaya, María Isabel | 179 |

HOMENAJE AL AMOR



POESÍAS

ABRAHAM, SARA LUCÍA

MIS SOBRINOS

Habíamos quedado
en no cocinar ese fin de semana.
Iríamos de restaurantes los tres,
como compinches.
Ella, la experta,
seleccionó los más cercanos
y la dejamos hacer.
Y la seguimos, los dos
muertos de risa, al verla caminar
delante nuestro, cartera al hombro,
siempre apresurada.
¡Cómo lo disfrutamos!
Pequeños placeres de la vida,
compartir la comida
en un clima de amor
con mis sobrinos.

TIEMPO DE AMAR

Es tu tiempo y mi tiempo.
El tiempo de estar juntos.
Quizá sea tarde para quienes nos miran.
Para nosotros es temprano. Es hoy.
Es ahora. ¿Hubo ayer? ¿Habrà mañana?
Qué importa, si respiro apenas
el aire frío de la mañana
en el círculo tibio de tus brazos.

ACOSTA, NILDA BEATRIZ

MADERO SAGRADO

Todavía me perturba
el resabio de un amor de tierra y semilla,
el recuerdo enraizado en un aroma intenso,
ligeramente dulce.
Un amor de árbol bebiendo el amanecer.
Aquella corteza impregnada en cedro, limón, eucalipto y menta
se amalgama al ramaje ardiente de la piel.
Una textura de nombre nuevo
se detiene en aquellos ojos
y un torbellino despojado de abrazos
se enrosca en una muerte de pétalos blancos.
Una sutil herida salpica la tierra
en un sollozo de agua y savia.
El humo aromado de ramas y hojas
eleva su alma al cielo.
Ya sin raíz, derrumbado
atesora en la memoria
un alarido de brotes.

PUNTE

Quizás el mar sea una lágrima que nos separa,
un mirar el crepúsculo buscando tu mirada,
un sonido de olas trazando tu recuerdo en la arena.
Esa cicatriz de ausencia que lleva tu nombre
es una lámpara de sombras, costura disimulada de un amor lejano.
Párpados de la noche aprisionan el soñoliento baile de un albatros.
El aire empapado de finas agujas solloza la palabra perdida,
y una danza de nombres se desnuda en la tibia playa.
No sé erigir un puente que me lleve a tus brazos,
no sé inventarme alas sin el espanto del fracaso,
tampoco tengo un barco con mástiles de nubes.

Sólo tu nombre azul como el océano,
el cosquilleo de una lágrima,
un temblor en mis labios.
Sólo un naufragio de sueños
y un silencio de ti que me abraza
empecinado, delirante... enardecido.



ÁLVAREZ BOUZA, BÁRBARA
EL DOLOR DE AMAR
SIN SER AMADO

He dado todo mi amor,
junto a mi cariño sincero,
y solo me queda el dolor
de nunca oír un “te quiero”.



AMONDARAIN, ALICIA
ABISMOS SE ASOMAN

Rozo su oído
con el borde de mis labios.
Mi cálido, húmedo aliento,
viene y va,
hasta encontrar el punto
de sus murmullos.
Hundo mis dedos en sus cabellos.
Muerde a retazos de vino la noche.
Los pies, los muslos se entreveran.
Nos vamos bebiendo de a besos
nuestros cuencos.
Exhalando suspiros nos plegamos al viento.
Erizados mis pechos, contorneándose

sobre los suyos.
Nuestros brazos se agitan hasta el límite
de nuestros desbordes.
Penetrados, nuestros abismos se asoman
al momento en el que
un mundo descansa
al costado de nuestro entresueño.

MURMULLOS

Me escondo entre los murmullos.
Los colores de mi rostro
se cayeron al piso.
Muerden las palabras.
Me rozan las mejillas al irse.
Doy una vuelta de llave a la puerta.
Se terminó.
En la cocina sorprendida lo veo.
Hielo en los vasos,
el aroma del whisky
en la punta de mi nariz.
Mientras junto las copas, los platos, los ceniceros,
doy una vuelta más de llave a la puerta.



ANDREÑUK, DAMIÁN JERÓNIMO

VUELO FASCINANTE

Yamila,
guerrera de alas blancas
donde murió el cariño,
está *despierta* en medio del equívoco
y lo expresa con su aura.

Ella descrece del entusiasmo interesado,
de las caras divertidas y depredadoras,

de los idilios vulnerables
sostenidos por lo más superfluo.
Ella descrea de su *fracaso* o de su éxito
y del lujo que empobrece al corazón;
de la *ilusoria omnipotencia* del dinero.

Yamila,
ternura y tragedia y soledad
se reparten en su ánimo.
Tan silenciosa y bella y grácil
como el *vuelo fascinante*
de las mariposas.

SI ELLA ESTÁ CERCA

Respiro mejor si ella está cerca.
Me llega esa paz pura,
beatífica y total,
ajena a este secuestro temporario
de cada existencia.
Vierte su luz más combativa
entre quienes impulsan a diario tenazmente
que esta árida demencia continúe.

Respiro mejor si ella está cerca.
Hay un diáfano heroísmo
en sus lágrimas desiertas.
Vierte su luz más natural
sobre el *cariño desollado* las *cruentas pesadillas*,
los *páramos oscuros* de toda vanidad.
Respiro mejor si ella está cerca.

ANTOLLONI, LUIS ANTONIO

NOGAL DE MI INFANCIA

Cabizbajo, abatido, apoyé mis manos en el tronco añoso de mi árbol yerto,
me invadió el pesar, al ver tus ramas, secas, desnudas, implorando al cielo;
y como queriendo transfundirte vida, siguiendo mi instinto, te dejé un beso,
pues crecimos juntos; yo, un niño travieso, tú, verde ilusión, lozano y esbelto.

En tu copa frondosa, como hablándome, despaciosamente, susurraba el viento,
tu vegetal lenguaje acariciaba mi alma, despertando mi humano sentimiento;
era todo paz, cantaba el jilguero y, en lo alto, casita de barro hacía el hornero,
nogal de mi infancia, sombra de mis nietos; que un día lejano plantara mi viejo.

Yo, como tú, eché mis raíces, construí mi hogar, habité gozoso en el mismo suelo,
que tú, protector, abonaras en silencio y, mientras germinaban todos mis anhelos,
nacieron mis hijas, los hijos de mis hijas; mi prolongación, los frutos de mis sueños;
y el tiempo tirano, en su devenir, nos quitó el vigor, esa lozanía de los años nuevos.

Lejanos están esos días dorados, cuando un pibe de cabellos rubios y pies descalzos
miraba absorto aquellas perlitas, llanto de rocío, que al llegar el día, tú derramaras;
y tu corteza decía de mi primer amor y en un solo corazón, dos nombres grabados;
el mío, el de ella, la madre de mis hijas; silente amigo, de tantas horas y cada mañana.

No sé si fue la tristeza, quizás la nostalgia, pues un día de octubre papá se marchaba,

el que, en este lugar, feliz te plantara; más en esa primavera, tú ya no despertabas;
hoy lasavecillas no cantan en tus ramas, en tus vasos de vida se ha secado la savia
nogal de mi infancia, vívidos recuerdos, cuando, en el patio, con mis hermanos jugaba.

NUESTROS AÑOS NUEVOS...

Eran mis años jóvenes: frontal, impetuoso, fiel a mis sentimientos; me prendé de ti, eras primavera; celoso, impotente, moría el invierno, el sol, ruborizado y somnoliento, invitaba a la noche, preso del sueño; fue verte y sentir nuevas sensaciones, yo, temblaba de cuerpo entero.

Eras tú, con ese ayer cercano, de tizas, garabatos, jugando a la maestra; tenías los ojitos vivaces, la mirada tierna, tus mejillas sembradas de pecas,
tus cabellos al viento, despeinados, cubrían tu rostro de juvenil princesa; tú tenías quince, yo, solo dieciséis; vivíamos, ambos, nuestra adolescencia.

En ese mundo de nuevas vivencias, aunque ingenuos, fuimos descubriendo la magia del amor, auténtico, verdadero, y amándonos, cual si fuera un juego,
fui tuyo en cuerpo y alma; enajenado, feliz, ante el paisaje virgen de tu cuerpo;
enamorados, caminamos senderos, proclamando vida en nuestros años nuevos.

Era tanto mi amor, que en mí no cabía; parecía que se me rompería el pecho;
imposible amarte más y un día me dijiste: —Tú sabes lo mucho que te quiero...
En esos instantes, me miré en tus ojos, te abracé muy fuerte, te cubrí de besos,
y supe al fin que al volar contigo en pos de nuestros sueños tocaríamos el cielo.

BATTAGGI, AUGUSTO

SABERTE

Arrancaré un pedazo de ti
como un águila o el viento
y no será más que el misterio de siempre
que invade tus ojos como un sol
o como un descuido helado de la noche.

Y tus palabras
casi invictas de amor
invencibles como un beso
serán al fin
mi triste posibilidad de tenerte.

DESTINO

¿Sabés quién sabe la respuesta esta noche?
No. Estás igual que yo,
besando el silencio
de no tenernos, de extrañarnos las manos.
Y el mar riéndose de nosotros; el mar hace las preguntas.
Se sale del viento para acercarme tu voz,
el momento
de tu voz que se iba,
la palabra hundida en mi boca que no supo llamarte,
que no pude besarte.
La región prohibida a la lluvia
y a las lágrimas de tu ausencia.
Porque se sale del viento,
el mar hace las preguntas
y se ríe de nosotros.

Pero yo te enciendo como una estrella.
Yo te siento si respiro el viento
y la luna es la venganza de nuestros ojos,
esta noche del último miedo,
del sueño perdido. Esta noche
vos sos la respuesta.

BECERRA PÉREZ, LUIS

DICCIONARIO DE AMOR

No encuentro las palabras, tal vez porque no existan,
para decirte, niña..., lo inmenso de mi amor;
te lo grita mi cuerpo, te lo dicen mis labios,
más no puedo expresarte lo que siento por vos.

Pero si es necesario... inventaré un idioma
en una lengua nueva que te pueda escribir,
con tinta de mi sangre y papel de mi cuerpo,
que tú eres mi dueña y por ti he de existir.

Crearé, si es preciso, un léxico entendible
que llegue en un instante hasta tu corazón
para que en él se grabe a fuego mi deseo
de ser por siempre tuyo y de tener tu amor.

Crearé un diccionario con palabras sencillas
que transmitan belleza, paz, ternura y pasión,
para encontrar en él cómo decir **te amo**
y que suene en tu oído cual hermosa canción.
Solo podrán leerlo quienes aman de veras,
aquellos que se entregan por entero al amor...;
leerán con el alma lo que no ven sus ojos,
pues brotarán palabras solo del corazón.

Te diré con mis labios... desesperados en besos
las frases más hermosas que tú puedas oír...
y no podrán borrarse por más que pase el tiempo,
pues quedarán escritas muy dentro de ti.

Mi sol, mi paz, mi vida... serán solo palabras
porque habré de expresarte de otra forma mi amor,
con vocablos perennes que surquen por tu sangre
para que siempre sepas cuánto te adoro yo.

MI CRISTO Y YO

(Un chico con discapacidades me dijo que no quería que lo miren “diferente” y, al tratar de escribirle algo, se cruzó por mi mente “el Cristo Roto”).

Si miras mis manos cómo están temblando
pensarás que nada podría lograr;
más... no te equivoques, si uno mis manos
rezando, hasta el cielo yo puedo llegar.

Quizá yo no pueda correr a tu lado
porque mi cuerpito no sé controlar,
pero con esfuerzo y amor a la vida
lo que me propongo yo puedo lograr.

Hay un Cristo roto que no tiene un brazo;
sin embargo, el otro te puede guiar...
Él puede abrazarte, rozar tus cabellos,
acunar tu sueño y tu despertar.

Hay un Cristo roto al que hasta un pie le falta,
que si tú lo miras... Él no puede andar.
Pero no te engañes, pues conserva intacta
la alegría inmensa de saber amar.

A mi Cristo roto le falta su rostro,
¿y por eso crees que no puede ver?
Mira fijamente, pero con el alma...
¿No notas tu rostro reflejado en él?

Sabes... Mi torpeza me hace verme en Cristo.
Me tiemblan las manos, el rostro, los pies;
lo que a él le falta... yo lo tengo todo,
me siento más sano viendo el Cristo aquel.

No me mires débil... ni me mires triste;
tómame la mano y siente mi piel...
Soy feliz en Cristo porque él me sostiene;
sé feliz conmigo... Confíemos en Él.

BERNARDO, SILVIA LILIAN

AMANECE EL AMOR

Puedo, desde mi ventana, ver
todo el color que la primavera
ha derramado en mi jardín.
Verdes, rojos, amarillos, violáceos
hacen una ronda poco redonda.

En este amanecer campestre,
los trinos se desgranán
de las ramas de los árboles.
Mientras, los rayos del Rey Sol
juguetean entre los rosales.
Mariposas fugaces aletean de flor en flor.
Una suave brisa invade mi cuarto.
Es el amor que llega,
se desliza tiernamente en mi corazón,
y allí anida.

AMO

Amo el estremecimiento de un amanecer
frente al mar en calma.
Amo la salobre espuma que traen las olas
para sojuzgar a la playa incandescente.
Amo la profundidad inexorable,
en la que se agita tanta vida...
y tanta muerte.
Amo su gélido rugido, su misterio,
su quietud y su fiereza.
Amo sus húmedos besos
sobre mi piel.
Y como una adolescente enamorada
me entrego en cuerpo y alma,
a sus aguas que me cubren
como una gigantesca túnica.
Me arrullan.
Me adormecen.

Me adormecen.

BORNEO, MAURICIO JAVIER

POESÍA 2

Solos, nos preguntamos
por las palabras que nos dijimos (por las que no nos dijimos),
por los sueños y los besos prometidos.
Solos, atinamos a mirarnos;
los gestos se agotan,
la vergüenza nos cubre,
el pulso nos congela el alma.
Callados, esperamos a que la noche abra su vientre áspero...

POESÍA 3

Somnoliento está nuestro amor perdurable,
la oportunidad danza en nuestra esquina preferida.
La mejor palabra, el más fuerte abrazo, se duerme en nosotros.
Somos implacables.
En una noche de palabras dormidas,
el sueño es atreverse.
Lo perfecto está dentro nuestro (no es poco).



BRUNORI, OSWALDO PEDRO

NAVIDAD

Una mañana tan llena
de nostalgias pueblerinas...
Qué lindo está el arbolito
que armamos todos juntitos
con Juana, Antonia y Elena.

Un papelito que llena
los adornos que pusimos
con sus luces refulgentes,

que iluminan de repente
los pedidos de regalos.

Yo quiero, Papa Noel,
una Fronsén, dijo Antonia,
y yo un dispenser, Juanita,
en mi mesita de luz
para que el niño Jesús
me acompañe por las noches.

Elena, con su derroche
de alegría en los ojitos,
me dijo, muy despacito:
yo quiero solo un chupete
de princesa y un gorrito.

Murmuré muy despacito,
y entre dientes dije cosas,
pues allí falta una rosa
que acompañe esta inocencia
que este año se potencia
porque nos falta la Rosa.

TIEMPOS DE PETUNIAS

Tiempos de petunias,
de rosas perdidas,
de ramas vacías,
de noches oscuras
y de helados días.

¿Qué sombras te ocultan
que niegan tu cielo?
¿Qué pesado velo
niega tu figura
con esta amargura
que me envuelve entero?

Vuelven los colores
de petunias tristes
a adornar rincones
que mi casa viste
de nostalgias vagas.

¿Qué quieres que haga
con esta tristeza,
que empaña mi mesa,
mi vida y mi cielo
con eterno duelo?

Que, a pesar, no cesa
con estas petunias
que están en mi mesa
con rostro de hielo.



BUCCARO, YAMILA NICOLE

¿CÓMO?

¿Cómo amanece el sol?
¿Cómo el aire respira?
¿Cómo la luna es queso?
¿Cómo late mi corazón?

¿Cómo amanece el sol?
Amanece por mi ventana
con un dulce resplandor
que encandila mis pestañas
y quema mi corazón.

¿Cómo respira el aire?
Respira por tu mirada
que lo llena de emoción
y al sentir tu bello aroma
hace respirar al amor.

¿Cómo la luna es queso?
Se dice que la luna es queso
y también es eso que da color
a la noche que es larga
y a tu voz de ilusión.

¿Cómo late mi corazón?
Late porque quema, quema el corazón
y respira porque ama sentir la emoción
de una bella ilusión que creó tu corazón;
ama porque es bello, y respira el color del amor.

VOLVERTE A VER

Hoy de nuevo soñé
con poder volverte a ver,
quisiera ese brillo de tus ojos
y el azul del anochecer.

Y de vuelta hoy pensé
que podría llegar a ver
a tu lado y en tu pecho
el cielo amanecer.

Hoy quisiera ver contigo
el día hacerse noche,
y la noche aclaracer,
para estar siempre a tu lado
mirando las horas correr.

Y cuando el sol sea luna
y la luna amanecer,
de nuevo soñaré
con poder volverte a ver.

BUELGA OTERO, MARÍA CARMEN

QUÉ ES EL AMOR

Todos preguntan y preguntamos
qué es el amor,
ese amor que se tiene y obtiene
en el día y la noche
poblada de alegrías, tristezas,
palabras, silencios
emociones y frustraciones.
Cantamos al sentimiento
canciones con relatos
poetas escribiendo
y mujeres con hombres
sosteniendo el amor.
Todos preguntan
qué nos pasa, que pasa
en la mente y el corazón
con ese sentimiento
llamado amor.
Qué es el amor,
no se sabe, solo se siente
con fe ardiente
en el cuerpo y el corazón.



BUSTOS BARGAS, MARÍA ANGELINA

METAMORFOSIS DE LA VIDA

Pequeño niño, cimiento de la creación,
los latidos que anunciaban tu llegada
eran cascabeles de cristal que recorrían las fibras
de mi amorfa figura.
Poco a poco te fuiste adueñando de mí
en una metamorfosis implacable,

instalada en el cuenco de la entraña.
Mientras succionabas el néctar de las venas
te transformabas de oruga a mariposa.
Hueles a ternura e inocencia,
frágil capullo que pobló de trinos la existencia,
amalgamándose a esta piel
que se expandió modelando tu entorno.
Mientras unos dedos ávidos de ternura te acariciaban
tu tibieza se conjugó en un cáliz de amapolas.
Y de pronto asomaste al mundo
irrumpiendo majestuoso,
emisario del amor,
metamorfosis de la vida misma.

MEDITACIÓN

Mis pensamientos son imágenes vacías que dormitan
en la mudez ingrávida de la habitación.
Mi alma flota, se expande, se contrae,
ebria de sensaciones exhalando el hastío.
Hay un vuelo suspendido en el aire
inundado con el aroma místico del madero sagrado
que invade los sentidos.
Las aureolas del humo forman arabescos en el espacio,
y en ellos misteriosas figuras me devuelven tu rostro.
En la arena de un desierto estéril
se posterga la memoria de tus besos.
Llora la hiedra que adhiere los colgajos a mi almohada
donde se recuesta la nostalgia
buscando la sanación del espíritu
en este ritual de mieles y de fuego.
En el silencio estrepitoso de la noche
se conjuga el dolor de tu recuerdo.
Ya es invierno,
pero insistente aflora
chamuscando la piel que te reclama.
Un grito gutural que se contiene
en la garganta misma del abismo

y tu esencia se entremezcla
con el bálsamo ancestral del palo santo.
Entonces, derrotada,
comprendo que no puedo olvidarte.



CABANILLAS, ALEJANDRO

EN TI

Es en tus ojos
donde descansa
mi mirada
junto con mis lágrimas.

Es en tus manos
donde se estremecen
mis caricias
y se aferran mis brazos.

Es en tu boca
donde se humedecen
mis labios
con sabor a beso.

Es en tu cuerpo
donde mi cuerpo
se funde
en remolinos de pasión.

Es en tu piel
donde mi piel
se adormila
con su perfume.

Es en tu corazón
donde mi corazón
encuentra
el sentido a mi destino.

QUISIERA CONTARTE

Quisiera contarte
lo que siento aquí dentro,
aquello que gira
en mi interior.

Aquello que me llena de ansiedad
cada vez que tus labios
llegan a mi recuerdo
y queman mi boca.

Quisiera contarte
que has marcado
mi corazón a fuego
con ese fuego de amor.

Ese fuego que no te deja respirar
y que es bálsamo
para la nostalgia profunda,
ese fuego que me derrite.

Te recuerdo y mi pecho
siente un palpitar distinto
siente que se abre
para dar paso a tus besos.

Quisiera contarte
todo lo que te necesito,
todo lo que te quiero escuchar,
todo lo que te quiero acariciar y besar.

Quisiera contarte todo
lo que te necesito

Quisiera contarte
lo mucho que te amo.

CAPRIOTTI, ANTONIO

II

De espeso silencio tengo
una lágrima convulsa en mi mano;

lágrima dueña de sí,
sostiene a los dedos,
a la mano,
y enarbola victoriosa su destello,
filamento que la hace luz
a pesar de su gesto.

¿Qué dirá la mano avasallada?
“¿Tengo una lágrima intacta en el
abismo de mi hueco?”

¿De qué tiempo data?
Tan joven la recién llegada para llorarse...,
¿y si fuera antigua?,
¿sería del Panteón de los recuerdos?

Recuerdo sus manos y otras cosas,
tan suyas que el tiempo de ausencia
hizo de esa mujer
una lágrima.

Esta, justamente
la que ahora no
tiembla.

III

En Corinto, una mujer
decidida
inventa la pintura.

El soldado,
su hombre,
posa entre la pared y el candil.

Ella atrapa
con sus manos de carbón
el contorno de su cuerpo
que parece la costa de África,
costa mordida por el miedo.

Él va a la guerra
sin su sombra,
que en la pared de la cueva
queda
para alimentar el rito de la entrega.

La sombra toma,
más allá del miedo y
de la cueva,
el centro y la
espera.



CARRAZZA MEJI, MEVIA MARÍA

EL PATIO

Una mujer
estaba sentada
sobre un sillón de poemas.
Volvió su mirada
a la casa antigua
y se dijo:
“todo quedó en la lluvia
tendida sobre el patio,
las glicinas celestes
retorciendo sus brazos,
los rostros amados

y las alegrías muertas.
Todo está allí:
las pisadas indescifrables,
acunando historias
de amores y odios,
las achiras empolvadas
con jabón blanco y agua,
el sabor de los jazmines
y las calas.
Están debajo de la tierra
los romances que no fueron
como un pasado inalcanzable”.

EL AMOR

Es un pájaro
que vuela
con alas
de papel
por las calles,
por los ríos,
por la luna
y el andén.
Tiene plumas
coloradas,
amarillas,
verde mar.
Tiene un pico
de nostalgias
y ojitos
de eternidad.
Es un pájaro
que vuela
con alas de papel.
Se llama Amor;
si lo encuentras,
quédate con él.

CARRILLO VILLAMAJOR, MARIO

DE PIRATAS Y DE ÁNGELES

Vienen en tropel: aparecen raudos en la noche,
en un desfile mágico y centellante;
dibujando miles de arabescos y geometrías
para aterrizar uno a uno en mi espalda,
erizándome la piel, ávida de la tuya.
De tu cuerpo desnudo, bañado de majestuosa luna
de diciembre viejo, de enero nuevo,
que -casi siempre- se asocia a nuestro goce;
a esta sorprendente e increíble magia de terneros.
Como una imperceptible y suave brisa,
acunan las hojas de los árboles con caricias.
Y así como aparecieran, mudos, se esfuman en segundos,
no sin antes hacer tintinear metales del llamador de ángeles.
Es entonces cuando vuelvo del hechizo de ese cuento,
para aferrarme con firmeza a tus bordes,
penetrando una y otra vez,
la dulce e incomparable melodía de mil orgasmos.
Luego, acostado a tu lado, enamorado,
observo el contorno deseado de tus pechos,
cincelados por la luz de plenilunio,
y mis manos no escapan al embrujo,
de resbalar por la suavidad de la piel de tu figura.
Allí descubro que los duendes de la madrugada,
no son un sueño, pero que te he soñado
y esperado
toda mi intensa vida de pirata sin banderas.
Que re-descubro la felicidad de hacer el amor,
cerrando y abriendo los ojos cara al firmamento,
inundado de silencios campestres y de estrellas;
poblado tan solo -y nada más ni nada menos-
que por un burbujeante y tierno susurro de tu alma,
también pirata, que se escapa
con las primeras horas de año nuevo:
No voy a olvidarte nunca

La cruz y el campanario nos cobijan y protegen,
como mudos testigos de tanto amor y tanta entrega.

Y los nuncios ahora rondan por la sangre,
por músculos y huesos, que hacen tocar el cielo
con los dedos.

Un “chin-chin” y el merecido brindis por nosotros,
que se desliza por los labios gastados como fugaz beso
de bocas que se esperan -y miden- con renovadas ansias.

Y en tamaña geografía, somos dos y maravillosamente pares
que se aman y confluyen sin recelos, ni mañanas;
sin relojes, sin barreras, sin mentiras y sin miedos.

Tenernos el uno al otro sin promesas y avanzar,
una y cien veces en lo que mejor sabemos hacer.

Devorarnos con la avidez de una primera vez,
ahora sin fantasmas que cercenen estas formas
de querernos.



CHAZARRETA, MARISA NIDIA

MAREMOTO

Quedémonos en la realidad
del suceso extraordinario del ahora
de tener juntos nuestros cuerpos
en la inmensidad sonora de la lluvia.

De la lluvia que es hermosa
si hermoso es el maremoto
que urgente nos sacude,
si al venir a mí

yo guardo tu secreto
en lo más profundo
en la intimidad de la fatiga.

Todo desaparece.

El tiempo,

las calles,

los amigos,

los enojos que olvidamos,

y estamos solos
suspendidos
en el filo
de la vida y de la muerte,
sin aire,
voluptuosos,
libres,
inarmónicos,
apropiándonos
uno al otro
en furia amorosa y sin medida.

LA CALMA SÓLO ES APARENTE

Urgida por el corazón,
víscera y alma,
podría
deshacer el amor,
hacerlo crujir,
desmembrarlo,
comerlo,
apretarlo,
tritularlo.
Abarcarlo en un abrazo
que le quitara el aire
y le descubriera
que la calma
sólo es aparente.

Podría contarle
todos los delirios
que se vierten
en un lecho
entre quejas, suspiros y jadeos,
y del ángel de la pasión
vertiendo su cuenco
de cera ardiente
sobre los amantes

para que entendiera
que la calma
sólo es aparente.

Elijo sin embargo
subirme a sus espaldas
azotarlo con mil besos encendidos
mientras suave lo perverso
para que comprenda
que la calma
sólo es aparente.



COLAGIOIA, IRIS MERCEDES PERSEVERANCIA

El hombre le va poniendo
un toque de su mirada,
la energía de su cuerpo
comienza en la madrugada.

El hombre le va poniendo
sudor a su cuerpo entero,
ha comenzado el trabajo
bajo ese cielo de enero.

El hombre le va poniendo
sus ganas y su tesón,
no lo intimidan las penas
aunque resbale un lagrimón.

El hombre le va poniendo
música y canto a la vida,
la alegría de su alma
aumenta día tras día.

El hombre le va poniendo

fuerza y valor a su andar,
el tiempo pasa apurado;
¿a quién irá a buscar?

El hombre le va poniendo
silencio al atardecer,
y a la luz de las estrellas
solo se lo ve volver.

RETOÑO

Esos rizos rubios que enmarcan tu rostro
caen cual cascada de hilos de plata;
irradian dulzura tus ojos inquietos
y como si buscaran quien sabe qué cosa
me miran, me observan y, entonces,
yo entiendo lo que tú me pides:
que con un abrazo te estruje en mi seno
y te cuente cuentos o te diga cosas
de cuando eras aún una niña.
Porque hoy en tu adolescencia
extrañas quizás casi sin saberlo
mi caricia suave que te haga
sentir todo ese amor que en
mi alma tengo.



DE MELLO COELHO, AGENOR DANZA DEL AMOR

En la zaranda del amor todos bailamos;
por celos, miedos o abyectos prejuicios
perdemos a quien tanto amamos
para mantenerla eternamente en nuestro pecho.

Hay los que bailan el fugaz vals del adiós;

otros, el triste tango de la añoranza,
los que escriben poemas igual que yo
o ahogan sus dolores en la ebriedad.
El amor es lenitivo para el alma nuestra:
nos embelesa, nos aplace y calma
y mantiene su llama siempre ardiente.
Es el pétalo de la rosa que se fue
abriendo lugar para el invierno; vientos fríos,
pero deja su perfume entre la gente.

LA FLOR DE MI JARDÍN

Fue en la penumbra de un bar,
con brumas de nostalgias,
de lágrimas y añoranzas,
recuerdos y quimeras,
que encontré mi flor,
un lindo capullo de rosa,
a punto de desabonarse
en los celos de la primavera.
Dos negros ojos distantes,
de un brillo que ofusca,
barco a la deriva,
en busca de un puerto tranquilo
donde anclar.
Entre tangos y boleros,
la dulce y tierna flor morocha,
de sonrisa tímida y mirada penetrante,
hechizó mi corazón
en el calor de sus brazos,
entre besos y abrazos,
probé el fuego de la pasión.
Y hoy, en un jardín florecido,
de rosas, jazmines y azucenas,
vive en medio de esa florada
mi dulce y tierna flor,
razón de mis versos líricos
y dueña de mi amor.

DOLLY ADROVER

ESPERAR

Esperaría pasar
los trenes de todo el mundo...
por verte.
Esperaría llegar
a un lugar donde
el cielo y la tierra
se junten... para verte.
Esperaría que la luna y el sol
salgan tomados
de la mano con la lluvia... para verte.
Esperaría el arco iris
de mil colores... por verte.
Hasta esperaría millones de vidas
para aunque sea verte
y caminar una contigo.

GANAS

Qué ganas tengo de correr y abrazarte
tomando tu cuello con las dos manos.
Qué ganas tengo de bajar mis brazos a tu cintura
y apretarte fuerte, fuerte...
Qué ganas tengo de apoyar mi cabeza de costado
sobre tu pecho, fuerte, fuerte...
Qué ganas tengo de levantar mi rostro rojo de pasión
y acercarlo hasta tus labios y rozarlos con los míos, fuerte, fuer-
te...
Qué ganas tengo de que tus ojitos
me rían y se achinen al mirarme.
Qué ganas tengo de que tu sonrisa picarona
se convierta en ese beso dulce, como una jalea de cerezas.
Qué ganas tengo de que saques
al amor de la penitencia y lo dejes jugar con el mío.
Que ganas tengo de que nos... ¡¡¡¡amemos!!!

DOVIGO, CLIDE ELENA

AMOR FRENTE AL OCASO VINOSO

Se desvanece rauda la tarde.
Los lilas enloquecen las nubes.
Ellos, teñidos de vino estelar,
se acurrucan en el césped.
No hablan, suspiran.
Se besan igual que...
corales marinos
y cada uno sueña,
¡quién sabe con qué!
Quizás... ¿un niño de ambos?
Son muy jóvenes y bellos:
él, rubio como sol radiante;
ella, puro ébano como la noche.
¿Qué les aguardará la vida?
Las familias no los aprueban.
¿Qué saben del dolor,
de temblores, de necesidades,
de atracción indómita?
¡Qué saben!, ¡oh... necios presuntuosos!
Abrazados en febril locura, ¡huyen!
¡Sí...! Huyen de la hipocresía
absoluta y descarnada.

VOLVER A CASA

Allí está la casona que habitábamos,
descuidada, fría, mustia, humillada.
No quiero acercarme, transpiro helada.
No quiero pensar... ¡Cuánto nos amábamos!

¡Tan grande pasión y nos destrozábamos!
Los celos, la desconfianza, la duda,
hicieron que al final, tibia y desnuda
de sentires, rogué nos alejáramos.

La risa, puro llanto, me sacude.
Vacía de todo salgo alocada
a observar otra vez la casa inhóspita

y ardida de añoranzas me prometo...
la llenaré de luz, de exaltación
y esperaré el milagro, enamorada.



DUEÑAS DÍAZ, NELSON

MI ÁNGEL DORADO

Mi ángel tiñe las sombras
con la pureza de su llanto.
Atrapadas están sus alas
en lo más alto
del muro que me aprisiona, pero es su canto.
Nacer del fuego otoñal,
agonía de marzo,
besar del río
al mar calmo;
canción de cuna
Para un tiempo pasado.

Las cadenas me hieren
como los clavos romanos.
Humedezco las heridas
con lágrimas de antaño
que conservan mis párpados,
reliquias de un amor pasado.

Ángel, tú que me cuidas,
ángel de terciopelo dorado;
ángel, ¿por qué no te marchas?
y escapas de este sombrío páramo.

El fuego dibuja un paisaje
seco y desolado.
El fuego de lenguas rojas
ante nosotros se ha presentado.

Libera tus alas y huye,
ya mi destino está marcado.
¡Oh, oír que resquebrajan sus alas!
¿La muerte?
Temo vivir sin mi ángel dorado.

MARIANA

Eres mar desde tu nombre.
Un brillo azul distante;
mis ojos te hallan inalcanzable.
Un beso de sal bañado en espuma suave.
En la tela, tú eres la araña.
Espejo de la luna de plata
que a mi lobo engaña.
Un aullido que se vuelve sonata.
En el horizonte tus piernas
danzan y elevan las faldas.
Si el sol quemase mis alas,
¿me recibirías en tu cama?
Musa en los grises tiempos del alma,
la marea ya calma.
Mi amada Mariana,
en este oscuro laberinto eres mi Ariadna.



EGUIAZÚ, GERVASIO EMANUEL TE EXTRAÑO, AMOR

Lo vuelvo a hacer porque te extraño,
porque escribirte es acercarte un poco.

Es confirmar que aunque pasen años
no te olvidaré, ni tu tampoco.

Lo vuelvo a hacer sin otras intenciones
que la de evitar que te pierdas o apagues,
como se apagan las constelaciones,
como se pierden algunas llaves.

Y aunque solo te vea estando dormido,
suelo sentir que llegas para quedarte
y me siento de nuevo en el nido
que perdí cuando tuviste que marcharte.

Hoy te doy vida dentro de mi memoria
y te veo brillar, de nuevo, en mis sueños.
Podría escribir la más hermosa historia,
pero, al verme, nadie sospecharía que soy su dueño.

ADIÓS, AMOR

Tengo rotos balbuceos que de noche vociferan,
olvidadas calaveras, suvenires de museos;
he convertido mis deseos en secretos de vidrieras,
y he pensado “si me vieras, así como yo te veo”.

He apretado tantos dientes, tantos puños he adormecido;
me convertí en el vencido, que la vida no divierte.
He amedrentado un torrente de oscuras ideas, convencido
de que un hombre no es vencido, ni siquiera tras su muerte.

Te he colmado de enigmas, de adjetivos ideales,
que surgen a raudales como incontrollables estigmas,
idólatra el paradigma de mis ojos animales,
víctima de las mortales, leyes divinas y dogmas.

Como un Dios sin su edén me siento últimamente,
como un recuerdo que al presente mira con desdén;
necio rey que fue rehén, de un poder que claramente
le entumecía la mente y olvidó quién era quién.

Sin rastros de un invento que prometa salvación,
sumo mis ojos al montón de olvidados momentos;
he perdido hasta el talento, que supo captar tu atención;
ya sin aire ni visión, ni siquiera sé cómo me siento.

Y ahora digo adiós tras estos sencillos versos;
en algún rincón del universo, quizás se oculte Dios;
y aunque Él para mi éramos los dos, venciendo todo lo adverso,
hoy me voy sin un esfuerzo, cómo un día te fuiste vos.



EIDELSTEIN, HÉCTOR SAÚL

SER, VIDA, ¡AMOR!

Sutil en el sendero del Amor. No hay en él preguntas ni silencios. Todo ser se rinde a sus pies, se hunde en el gozo de buscarlo, se sumerge en las profundidades de un océano azul y transparente. Sentimos miedo ante su inmensidad, pero nos atrae el silencio que provoca un desafío de explorar su belleza, hasta el éxtasis de llegar a su fondo.

El pájaro en su vuelo se detiene, despliega sus alas de todos los colores, mira escrutando la planicie y vuelve a volar en busca de las alturas, tan llenas de vértigo, buscando paz, sin ritos ni ceremonias. El verdadero Amor es el que no te hace cerrar puertas, ni retener el aliento, ni renunciar al mundo. Es el que te hace ver al ser supremo, donde haya inteligencia, el que te enseña a conservar la calma en medio de la mediocridad. La infinita presencia del ser está en todas partes, es intangible, es espiritual, emocional.

Fuerte como un trueno, el buscador se halla sobre el vacío, en el silencio del cosmos, en la tierra, en los mares, entre el cerrado laberinto de los bosques, en el incansable caminar de los caminos, en el infinito horizonte, y, cuando lo encuentra,

grita con todas sus fuerzas: “¡Vacía la copa! ¡Embriégate! ¡Bebe a la salud el divino néctar de su nombre, AMOR!”

FIGUEIRA, ANA IRENE

SIEMPRE NECESITO EL MAR

Cuando la tristeza se hace piedra
en el corazón dormido,
siempre necesito el mar.
Si el rocío humedece mi rostro,
porque tu presencia ausente
me sumerge en el desamor,
siempre necesito el mar.
Pero si estás a mi lado y sonríes,
si me besas y tus brazos me encienden,
si murmuras mentiras sordas
y tu mirada se pierde en la distancia...
Entonces... también necesito el mar.

DE MADERA

Apareció ante mis ojos
como durmiente abandonado.
Lo miré, sin ver.
Sentí en mis entrañas
su llamada insistente.
En el taller sombrío
el durmiente comenzó a brillar,
brillo de lunas, de estrellas
de metal, de alumbre,
depertaron el cincel de mi ansiedad.
Su forma nació sola,
el cincel fue ave, que en mis manos
dibujaba, intensamente,
al hombre que soñó mi corazón.
Morocho compadrito,
tal vez tanguero.
Se quedó apoyado en una esquina
mirándome, loca de amor.

FOLIGNA, CARLOS HÉCTOR

AÑEJO CORAZÓN

Anoche me llamaste
y me hablaste largamente...
De los hijos, tu familia,
mi familia, los espacios
y otras cosas, vos sabés....
Finalmente,
con temor y prevención,
pensando tal vez que yo
respondiera con rencor,
llegaste al punto en cuestión...

Ya no estoy sola, me dijiste,
sosteniendo una tímida sonrisa.
He vuelto a sonreír, ya no estoy triste
siento del amor su suave brisa.
Discurriste largo rato
del impacto que ese encuentro
ha movido el sentimiento
que escondías muy adentro
Te escuché pacientemente,
hasta el nombre pregunté
del buen hombre, inteligente,
que alegró tu corazón

Me alegro de escucharte
yo también siento lo mismo
cuando invaden los recuerdos
mi presente en soledad.
Me alegro de tu encuentro
de tu paz y tu alegría
que regresa suavemente
a invadir tu corazón.
Me alegro de tu encuentro
y el que tengo yo contigo,
del amor que ya no es
pero que siempre estará....
Como ayer, sin egoísmo,
para darle paso ahora
a esta nueva emoción
en tu añejo corazón.

Ya se que los recuerdos
palpitan sin cesar,

se que nunca vienen solos
cuando nos hacen llorar.
Ya se que la alegría
que sentís cuando lo ves
se empaña con la sangría
de resentir otra vez.
No te asustes, es normal,
consecuencia de vivir,
me pasa a mi también...
es por causa de sentir.

EN ESTE MOMENTO

Que hará un mortal en este momento!!
En este preciso instante
en que la lluvia cae
y yo me quiebro en el recuerdo,
de otra lluvia, otro lugar.

Que hará un mortal en este momento!!
dormirá el sueño del guerrero
o persistirá en alerta,
reposará en su regazo
O lidiará con su soledad.

Que hará un mortal en este momento!!
Se cerrará para escaparse
o escribirá una poesía,
morirá una vez mas
o se dejará llevar.

Que hará un mortal en este momento!!
Elegirá confiar
o renegará de los demás,
podrá amar como aquella vez
o calumniar para resistir.

Que hará un mortal en este momento!!
En este preciso instante
en que la lluvia cae y le inunda el corazón
una nueva ilusión.

Que hará un mortal en este momento!!
te escribirá un poema,
recordará tu mirada.
Derribará los muros de su soledad,
y se atreverá...una vez más?

FUENTES, NORA ELENA

¿ENTIENDES?

¿Entiendes?...

Que resbala de los sentidos y atropella la cordura,
dejando a la víctima insegura de sus pasos.

Que despedaza sin piedad todo orden y plan.

¿Crees? Cree... ¡Es!

¡Existe!

Invisible y tenaz, ingenua mariposa se posa en el corazón
con certeza de victoria.

¿Entiendes!

Que ha llegado cuando tus resistencias abdican.

Que has perdido el rumbo sin brújula ni estrellas.

Que ha abierto la herida del alma y la sucumbe...

Crees... ¡Es!

Y... entiendes que...

el escalofrío ha traído al mundo un suspiro

cargado de estrellas que se creen mariposas y...

Crees... y te liberan y vuelas...

Crees... Entiendes y vuelas...

Y te lleva...

Creyendo que eres dueño... y eres prisionero...

Crees...,

¿Entiendes?

Entiendes...

Y NO ES LA PRIMERA VEZ

Detente en el camino del alma,
que el niño con aljaba me ha herido
gravemente.

Y no es la primera vez...

Tráeme las olas del mar
para apaciguar mis ganas de volar.

Dime...,

¿por qué me ha herido?

Sólo fue un destello de miradas

Y palabras, y ahí, instante fulminante.

Dime...,

¿Cómo no he reconocido su estrategia?
¿Cómo me he dejado atrapar?
Y no es la primera vez...
La flecha ha producido raíces
y se han hundido hasta el fondo de mis huesos,
de mi aliento, de mi esencia humana...
Déjame un hilo de Ariadna para escapar,
pues el laberinto es largo y puede ser doloroso
Y aún estoy sin preparar.
Mi alma se ha llenado de enredaderas de música perfumada.
Vuelo sin alas ante su presencia.
Cazador, me has vencido... he aquí a tu presa volando a tu pedido.
Y no es la primera vez...



FUHR, ISIDORO PÍO

OH, LUNA... LUNA...

La plácida luna que ilumina
nuestros pensamientos,
y en ella quisiera bailar
como acontecimiento.

Ilumina nuestro horizonte
y da vida nocturna
a los sentimientos,
y ella es testigo
de las fieras que, en la noche,
ensombrecen los quehaceres
de la humanidad.

Oh, luna, luna,
haz raíz en la tierra
y en ella posa tu sabiduría,
con la sabia de tus tristezas
y tus alegrías;
comprende al terrestre
que, en la constelación,

solo al absurdo pertenece.
Luna, luna,
haz que el amor contagie
y al alma nos llegue,
como un romántico girón
de luces que destellan,
para presentir y sentir
que el amor es la persona
y cada alma es una luna.

A LA MUJER MADRE

Sos la raíz del árbol, tienes base y sustento
y tus valores están en el universo,
que hoy llegan a mí como un reflejo
y me transmiten tu ejemplo.

Sos la fortaleza del árbol
y me llega al sentimiento,
como el huracán al viento,
sos un valor sin resentimiento.

Sos la esencia de la vida,
porque ella viene de tu parte
y nos consagra en la humanidad
como la savia de sustento.

Tu ciclo nunca está vencido,
porque sos la formación
de las etapas de nuestra vida
y nos sentimos agradecidos.

Sos la esencia de la vida,
sos el poema de los poetas
en sus días,
y nos enseñas
el vivir de cada día.

GALEANO, ADA CARMEN

RAZÓN

Alejarme,
¿cómo podría?
Tu imagen está en mi corazón.
No sos solo reflejo en el agua
que el agua deshace;
sos palabra hecha pinceles
dando forma a la tela de mi vida.
Mientras creas tu obra,
mientras me pierdo en tus ojos,
una melodía nos acerca.

SENTIRES

¡Oh! Señora de mis sueños,
hada de modales refinados,
que dices con la mirada
y callas en la sonrisa...
Los recuerdos se hacen niños
en lo oscuro de la noche
mientras fragantes tus manos
acarician, acarician.
Cantame versos que quiero
Para dormirme soñando.



GARAY, SILVIA

SÓLO PENSAR EN VOS

Tus ojos me envolvieron,
me sentí desnuda
sólo con tu mirada.
Se estremeció mi cuerpo de agonía,
me descubrí en éxtasis al pensarte.

No sé qué fue primero,
tu boca abriéndose en mi boca
o mis manos dibujando tu cuerpo.
Envuelta en llamaradas
sólo con tu aliento.
Un centímetro de tu piel me basta,
me embruja, me somete;
escudriña mis rincones
abarca mis pasiones.
El sonido de tu voz me acaricia,
la tibieza de tus brazos,
tus pasos acercándose.

Descubro nuevamente
el silencio de tu ausencia.

FIN Y PRINCIPIO

Se agitan las entrañas del volcán,
poco a poco, desperezándose
de su sueño profundo.
Comienza a rugir sordamente
gestando el fuego en su interior,
con su carga de ira y destrucción.
y, en un momento casi mágico,
estalla su corazón elevándose al cielo,
entre denso humo oscuro
y ardientes brasas de fulgurante lava.
Destruye a su paso
colinas, laderas, valles y montañas;
ennegreciendo ríos, esparce cenizas,
dejando a su paso muerte y desolación.
Sus entrañas ya no se estremecen,
hay silencio en derredor.

Entre espacios de humo gris,
extraños senderos negros,
como la negra noche se vislumbran.

Todo es quietud,
ausencia de color, paisaje desolado.
La tierra y el fuego se fundieron
inmolando la vida.
Los minutos se suceden. Los días,
el tic-tac de las horas,
nos muestran el tiempo transcurrido.
En un amanecer o atardecer, no importa;
emerge una pequeña hoja en esa tierra yerma.
El trinar de un pájaro se oye a lo lejos.
Se levanta otra vez con ímpetu la vida.
Así es y será así hasta el final de los tiempos.



GIURLANI, MARÍA IRENE

PROYECTO DE AMOR

*“El ciudadano global que ama la paz,
ama a la Naturaleza y a la Humanidad”.*

La Tierra, como la vida, nos ha sido dada.
Obra del Creador, resplandor del Amor, Nuestra Casa.
Heredada, nos precede y hemos de legarla.
Si no la cuidamos, ¿cómo podrán habitarla?

La hemos maltratado, contaminado y herido
y hemos acallado a muchos hermanos, sin sentirlo.
Por desmedido apetito hemos nutrido el horror y extinguido
distintas especies que van pasando al olvido.

¡Duele!... Duele la gracia desperdiciada.
¡Duele!... Duele la vida que, dando vida, ha sido despojada.
¡Duele!... Duele ver a la Madre Naturaleza tan mutilada
y en su pureza y generosa grandeza, despreciada.

¡Tanta locura! ¡Tanta violencia y falta de Unidad!...
Ante los hermanos árbol, pájaro, río... ¡Tanta falta de sacralidad!
Lleva al Hombre contra el Hombre la propia barbaridad.

¿Tendremos que elevar la mirada? ¿Nos falta Humanidad?

Sólo sé que mi esperanzada alma a la tuya va abrazada.
Más allá de fronteras, capacidades, credos, clases, razas...
tu mano y la mía a la Gran Familia consagradas,
pueden dignificar las acciones y coexistir en armonía renovada.

Es posible vivir sin contaminar, agotar..., profanar y guerrear.
¡Es posible nuestras relaciones y arte sanar!
¡Es posible un mundo justo, sustentable y sostenible, universal!
¡Es imposible vivir y convivir en floreciente Paz, sin Amar!

GEOMÉTRICO

En un ángulo de tu historia,
entre el ayer y el hoy entrelazados,
se atesoran, abrazados,
recuerdos sin memoria.

Tridimensional
dejó de ser el sentido
hay algo, un ruego, un pedido
palpitante más allá de lo terrenal.

En vuelo tangente
casi susurrante
llega la voz errante
en la preñez sugerente.

Palpita el punto cero
eterno, latente...
dimensión trascendente
más allá del velo.

Un arco invita, es el puente,
a cruzar de la mano de la Unidad
y hacia el punto común avanzar...
Transitar el Diálogo de corazón y mente.

Como en una esfera, lo circular
nos espera, nos lleva a un 'lugar':
Amor radiante, donde toda Humanidad
simétrica y amante, se ha de encontrar.



GOLTZMAN, RICARDO LUIS

PARA ALCANZAR EL CIELO

Te robo tu mirada
para alcanzar el cielo
me hundo en tus pupilas
para hallar sosiego.

Te miro en lo profundo de tus ojos
para saber lo que en ellos veo
reflejos de mi alma
y de tus sueños...

Te miro firmemente
sin temores ni miedos
sin ocultarles nada
pues en ellos yo me veo...

LAS ALIANZAS DE LA VIDA

Cuando me sacaron de ti
pensé que no te vería
cuando te sacaron de mí
creí que no me querías.

Nos llevaron a algún sitio
sin saber si volvería
a sentir el calor de tu piel
y como tu corazón latía.

Hoy me siento despojado
de la señal que me decía
que yo era tuyo en la vida
y tú, la luz por la que vivo día tras día.



HEGER, MARCELO EDUARDO

AMOR DE UN SÓLO DÍA

Aún no te has marchado y ya te extraño.
La casa está vacía sin tu aroma,
sin tu piel, sin tu alegría.
Me confesó el silencio con tristeza
que, impaciente y desgarrado, anhela
escuchar tu voz en las mañanas.
Y las ventanas, de par en par, se abren,
pero nos falta luz, la de tus ojos.
Y el jardín reclama no tener tus manos
renovando su perfume y su paisaje.
Una revista de palabras cruzadas
en secreto me dijo que le urge tu regreso,
y aguarda, solitaria, que inundes recostada,
con letras desprolijas, sus cuadritos
y rayes sus hojas con palabras.
Y espío a dos palomas que sobre mi ventana,
cumpliendo con un rito impostergable,
se acarician y se besan extasiadas,
y casi envidiando ese momento,
comienzo a comprender, ante tu ausencia,
su amor de un solo día, su amor de una mañana.

AMOR SIN USO

Voy a quedar inerte,
suspendido en el tiempo,
por un amor intacto,
por un amor sin uso.
Caminaré perdido

sin saber hacia dónde,
sin saber para qué.
Dejando un rastro tenue
por si acaso te pierdes,
confundes el camino.
Yo te estaré esperando
a un costado, ya perdido.
Con este amor intacto,
con este amor sin uso,
amor inmaculado.



HEREDIA, PAULA

Válganos el viento y el sol,
y los pies en la tierra y el agua recorriéndonos.
Venimos a Ser, venimos a Amar,
a seguir andando la compasión.
Nadie cabe ni acaba en los huesos;
venimos a quitarnos cáscaras de razones.
A desnudarnos hasta la miel.
Venimos a Estar, venimos a Vivir
sin poseer ni a la verdad.
Nadie adueña para sí lo invisible ni acapara la nada.
Venimos a compartir, a darnos, a continuar el viaje.
El camino del medio nos une, abre el timo.
El Alma no se pierde, nos guía a casa.
Válganos el viento y el sol,
y los pies en la tierra y el agua recordándonos.

Busca ver
más allá de las fronteras,
porque el Alma es así:
de verse internamente
y emigrar en horizontes;
el azul no es un lugar.
Busca liberar
los dolores ya habitados,
porque el Alma es así:
de expandirse en golondrinas.

Un auto-liberado paso
como libre es el Amor.
Buscar Ser
más allá de las razones
porque el Alma es así:
de Ser leal a sí misma.
Desprendernos de apropiar;
a dar hemos venido
Dice la canción
que si no buscas nada, nada encontrarás.
Hemos de encontrar al Alma.
Nos urge la Vida buscando comunidad.
Hemos de volver adentro
encontrando un canal dador,
transmutando hasta los huesos
cual cayado alentador,
para irnos siempre al vuelo
donde están los nuevos sueños,
donde están las madrugadas,
donde sintamos las alas,
donde todo el Ahora,
donde sanamos lado a lado,
donde re-encotrarnos. Es, a crear, crear.



ISCOFF, MARIO JORGE

La palabra buscó el sonido,
pero vos no miraste de dónde venía;
solo importó tu mirada al vacío
que rebotó ante mi presencia.

Apenas redescubro mi ausencia, que
tal vez un sonido la despierte,
y solo será tu imagen.

En la oscuridad, no desesperes, sombra,
pues estás a punto de asomar
pulverizada ante la presencia

de la palabra iluminada
por este sentimiento que me brinda la vida.
Luego, en la oscuridad,
me escondí en los silencios del tiempo.

Le hice tantas preguntas,
que descubrió mi tristeza,
mas solo exclamó “déjame pasar, no te aferres”.

Y pude expresar el sonido
a través de mi voz
en esta vida que transcurre a tu lado.

Pero di vueltas y vueltas.
Nada es tan importante como tu presencia.

Hoy miro la nostalgia del tiempo
para agradecerle por su espera,
y evitó en esta vida mi espanto.

Corté los hilos de los recuerdos.
Dejé que mi cuerpo naufragara en el tuyo
y juntos, en los mares de mi soledad,
los cubrí de flores y muchas fonéticas gastadas,
quizás de algunas palabras.
Balbuceé.

Me fui cansando del espacio
de aquellos lugares en mis recuerdos aparecidos de repente
y te amé.

Dejé a un lado mis rabietas nocturnas
en el tiempo que hablaba con mi sombra
y, reclinado en mi cama, te di forma sin violentarte.

Ahí fue que conocí
el sollozo de mi garganta penetrando en el alma
sin valor para decirte adiós.

Mi memoria, otra vez ella,
fue el refugio del olvido.
Así recordé siempre tu aroma,
del perfume de tu cuerpo
y aquellos lirios...
por tantos mares no transitados
y tantas penas no dichas
como de algunas alegrías inolvidables.

Y de los recuerdos
cuando nos amábamos.



KARGIEMAN, JAMILA PAULA

SENTIR NOS

Solo tú
sabes lo que pasas para poder encontrarte
con otra persona...
Solo tú
sientes una revolución en tu interior
para que el otro se funda en ti...
Solo tú
puedes encontrar la llave
y abrir tu puerta interior...
Solo tú
puedes hacer que se abra tu cielo,
para poder ser admirado y compartido...
Solo tú
sabes, como yo,
que nada es tan fácil como parece,
ni tan bello como se ve,
ni que todo lo que se cree es cierto.
Pero solo tú tienes el poder
para dejarme sentir lo que sientes
cuando estás a mi lado.

AMOR SIN FIN

A veces, una despedida
no lo es,
es solo alejarse un poco con los pies,
dejando un halo de amor
que madure al volver...
Una despedida
es un reencuentro postergado,
para luego encontrarse de la mano
y mirarse más cercano...
Una despedida
es un encuentro de mil células invisibles,
que se funden en otra dimensión
y que solo dos personas sienten.



LAGOMARSINO, MÓNICA GRACIELA OJALÁ

Ojalá tuviera
este sueño de arena,
tu playa a su vera.
Ojalá tuviera
mi pecho las flores
que alegran tu puerta.
Abrigo de mi alma
en las horas despiertas.
Ojalá tuviera
como aquella tarde
mis manos de otoño
sembrando la espera...

Ojalá pudiera
beber de tu boca
el silencio de a gajos.

Ojalá pudiera
sacarme en tus ojos
y anclar en tu abrazo.
Perfumar la noche
de tu piel en vela.
Ojalá pudiera
como aquel almendro
anunciarte a tiempo
que ya es primavera.

POEMA NOCTURNO

Vivir... es el día a quemarropa en los cristales,
el sol de a gajos entibiando la mañana;
es la frescura de un silbido por la calle
y la primera rosa roja en tu ventana.

Es desnuda creación a flor de agua,
es soledad en esas noches sin testigos
cuando el abrigo del alma es la palabra
y un buen libro y el mate, tus amigos.

Vivir es alcanzar aquello que al pasar
te mira y pone estrellas en los ojos.
Vivir es conocer la duda y el placer;
volar, retroceder, poner cerrojos.

Es el mar por vez primera y sus alhajas
de caracoles a la orilla de la espuma,
y en rodajas sobre el vientre de la tierra
es la luna que deshoja su ternura.

Es el olor de la lluvia en los jazmines
sobre la mesa, la quietud entre dos copas,
la madrugada acechando tras la puerta
mientras los cuerpos se deshacen de la ropa.

Vivir es un café, un verbo, una canción;

soñar, viajar en tren, besarse en la estación.
Vivir es contemplar el cielo porque sí,
es caminar de a dos, sacá boleto y sé feliz.

Vivir es el amor, ardiente el corazón
la última carta que el destino te baraja.
Es dulce despertar, es caminar de a dos
sin rumbo y sin razón, no te lo pierdas.

Vivir es el amor... no temas al dolor
que el mundo hoy gira solo para vos.



LEIVA, CINTIA PAOLA

BÚSCAME

Abre tus manos, búscame,
ahí tenías mi corazón, agarrado, fuertemente aprisionado,
casi ahogado de ternura.

Abre tus ojos, mírate,
frente al espejo verás mi rostro,
reflejado en el brillo mismo de tus pupilas.

Silencia mi voz,
pronuncia esas palabras que un día me hicieron soñar,
más allá de la razón...

Dame de beber de tu aliento, entibia mis sentidos,
endulza mis oídos con alguna canción
y después bésame...

Rescátame de esta ausencia interminable,
llena mis vacíos,
embriágame una vez más con tus caricias,
hazme volar...

Vuelve a pronunciar mi nombre, no una, sino mil veces,
grábame en tu mente
y no me dejes ir...

Porque yo no puedo,
ni quiero, ni sueño, por un minuto, olvidarte
y me es imposible dejarte morir.

Desvanecerte en los lugares más oscuros de mi mente,
y perderte allí...

Porque hoy,
hoy abrí mis manos, te busqué,
y ahí tenía tu corazón, agarrado, fuertemente aprisionado,
casi ahogado con mi amor...

ROSAL

Cuida, amor, cuida esa rosa en tu ventana,
que no marchite por falta de atención,
que no se muera...

Cuida aquel árbol,
que cada otoño parece caer un poco más,
y recoge las hojas casi secas,
que no se mueran...

Riega el instinto que carcome mi inocencia,
y me hace llegar a vos,
casi llorando en tu ausencia.

Cuida los brotes de mis manos,
que se enredan en tu pelo
y se trepan como hiedras en tu pecho;
que no se mueran...

En algún pasado oscuro quisieron talar mis ganas,
ramas firmes, sostenidas por fuertes raíces tuyas,

regadas por los placeres
de un amor tan cultivado.

Cuida siempre de esta savia que, aún, recorre mis venas,
y que hasta hoy me envenena de amor, si te tengo cerca.

Cuida, amor, de este rosal, que, a pesar de que lastima,
son tan nuestras las heridas,
que llego a quererte más...



LERUGA, SOFÍA

POEMA 1

Quisiera cambiarme el nombre,
quisiera teñirme los párpados de promesas.
Ser el fruto de la inminente primavera.
Regalarle mi mente a la primera persona
que pase por la vereda.
Pero camino hacia algún lugar
en la dirección que hoy más quiera.
“No te prometo ningún mañana”,
le dicen a las baldosas mis pisadas pasajeras.
Busqué la ventana más cotidiana, me senté a mirar mil horas
expirar,
a liberar los nudillos, desacatados dejarlos jugar
contra los postigones de madera.
Y creo que, sentada ahí, en los escalones de una entrada ajena,
por primera vez te escuché cantar, te sentí tan etérea.
Cayendo la noche te quise hablar
pero el aire cuidaba al silencio como si su primogénito fuera,
y hasta la naturaleza se dobléga para lo más preciado entregar
por si lo querías para sonreír o para jugar.
Y como si el tiempo se detuviera
y ni una sola hoja a moverse se atreviera,
congelada la avenida
que supo ser rugido y quimera, incendiaste la noche

eclipsando cada deseo, anulando todo tormento,
enlazando el edén a la puerta de tu departamento.
¿Cómo no cruzar el umbral hacia donde el fervor se condensa?
Cada paso, un paisaje. Atravesé la calma más intensa.
Elevé los ojos y el invierno, y sus razones se mostraron claras,
indefensas.
Y renunciando a toda bruma,
me diste la bienvenida
como si hablaras por vos y por la luna.

POEMA 3

Con su semblante circunspecto,
sus labios de aire seco,
sus ojos lípidos que me lloraban de lejos
al anhelo de un recuerdo trunco,
habló y sus palabras quemaron silencios,
habló y sus besos aullaron de celos.
Y supe quién era, capullo cerrado a mi primavera,
y que, mal del mundo a mi espalda,
fue pero ya no era.
“Pour moi ! Pour moi !”
gritaba entre el humo,
ante paisajes turbios y aprecios de tinieblas,
ese paso donoso entre penas.
Me cortó los ojos, la piel y la espalda.
Me quebró los cantos,
me llenó los pies de inmensa soledad,
de cariños crueles al alma.
Le pedí que tomara lo que quisiera,
pero que no se llevara esa pasión en mi vida nueva.
Me quiso y fue la fotografía de un deseo,
el espejo de una pradera.
Entre las idas medio hechas y las carnales vueltas,
nos quisimos tan etéreo como el niño nunca quiso
ni el sol doró la tierra.
Una luna y un beso, multípara a mis amores,
heme aquí, otra vez empiezo,

como una canción al aire virgen acaba rápido y nunca comienza,
heme aquí, en ti termino, en tu carne de salmuera,
un siglo después, un noviembre nuevo,
heme aquí, otra vez empiezo.



MAINO, FERNANDO

VIDA

Yo estuve en esas.
Fui joven. Olía vida.
Qué bueno que me amaban.
Sentí mis sueños,
nada lo impedía.
Alegre y colorida, así veía
la crisálida salir
al mar azul del alba
mientras la brisa me envolvía.
Enredada en el pino,
me busca la luna entre las hojas
y llora mi destino.
El sol, el lago, la luz entre sus ojos;
mi alma se detuvo
vibraron mis sentidos.
Cómo sigue,
pensaste
y te elevaste mirando,
buscando el infinito de tu vida
junto a quien compartías tu destino.

TUS SUEÑOS

Nada detiene
tu soñar despierto,
sólo tu decides hasta cuándo
volver de ese encanto

que te envuelve y
retiene tu mirada.
Te llaman por tu nombre,
te aman...
Y te niegas a escucharlos
porque estás entre la nube
de tu propio camino,
del que no quieres apartarte
no sabes hasta cuándo...



MARCIELLO, ERSILIA PERCIBÍ AMOR

En un infinito que el tiempo ignora,
me sumergí en el silencio y, así,
descubrí el enigmático origen del amor.
Me adentré muy profundo
en la ignota inmortalidad.
Y fundida en galaxias, percibí el universo
tal cual es.

Existía porque el amor existía
en todo imaginario, en toda dimensión.
Y en ese instante supremo,
separé mi cuerpo en un latir atemporal,
en un lugar cualquiera
a miles de años luz o donde sea.
Y más allá, la calma.
Ahí donde mora efímero el sueño terrenal,
las vibraciones manifiestas
en la perpetuidad de la Creación
o en la expandida *gran explosión*.

Yo existo, existe otro,
gracias al amor.

EL CRUCE DEL HORIZONTE

Paisaje sin límite, infinito contiguo
entre mi cuerpo y después
punto de fuga que interfiere
línea redonda, desafíos sin fin
vertiginosa osadía que incita fluir.
Traspasar, trascender.
Intersección que se bifurca, enigmática.
Reto en llamas del supremo confín.
Prolifera el ojo donde está el horizonte;
atravesarlo es dejarlo caminar,
aun si se dilata.
Habilitar nuevos espacios,
la travesía es hoy.
La estática meta y su vibra
y esa luz en mitad de la noche
cuestión motivadora, excitante.

Es la búsqueda del cruce del horizonte
y el potencial humano para encontrarlo.



MATTEOZZI, CÉSAR AMÍLCAR

EL AMOR

Es un sol distinto del sol.
Un relámpago fugaz
o la caída de un rayo
entre las propias entrañas.

No es de nadie
y es de todos.

Navega en infinito
dentro de los humanos
para mostrarnos quién es.

Atraca en cada luna
dispuesta a amar
y zarpa sin rumbo fijo
cargado de incomprensión.

Todo lo cree, espera
y no se envanece,
buscando una nueva ocasión.

Abrir el corazón
sin condiciones
es una oportunidad
para que se asome en el horizonte.

AMOR PLATÓNICO

Sin querer
advertirlo,
se amaban.

Les costó
desenvolver
las armaduras
de piel
en la propia piel.

Dentro de ellos
perduró el amor
de uno
hacia el otro.

No fue
necesario intimar.

La esencia
de la belleza misma
la habían descubierto
entre ambos.

NAZGEL FE

HABER COMPARTIDO

Días que por algún motivo
recorro el pasado en mi mente atrapado
recuerdo gente con quien
mi vida en algún momento compartí.

Momentos y emociones vividas
ya hace tiempo, pero aun aquí
en la memoria porque con ellas
ya imposible poder compartir.

De muchas no supe más
quién sabe si alguna
se acordará
que de su vida parte fui.

Trascendencia en mi vida tuvo alguna
como yo en la suya también
olas en mi mente me preguntan
qué de ellas fue.

Pasado lleno de prioridades
en busca de equilibrio para ser feliz
de joven muchas veces
los valores confundir

Sin tener una vara para distinguir
y siempre lo correcto
saber elegir
aunque eso no sería vivir.

Para todas las que fueron
y para las que yo fui
gracias por todo lo que viví
tal vez después de esta un momento podamos compartir.

QUERER Y SER QUERIDO

Durante mi vida
evitar no he podido
dejar de querer
a alguien quien no me ha querido.

Como así también
no he podido
querer a alguien
que me ha querido.

Elusivo el amor
que a veces
se ha mostrado
de una forma que no puede ser.

Destinos que
por algún motivo
no se encuentran
querer y no ser querido.

Como tantas cosas, el amor
se cura con el tiempo
y si no se cura por completo
se esconde detrás de amores nuevos.

A pesar de eso, debo continuar
caminar hasta encontrar
el ser con quien en paz sentirnos
y poder querer y ser querido.

NEGRETE, GUSTAVO ADOLFO

UNA LEYENDA

Besos húmedos
atraviesan mi piel,
para tocarme el alma
e iniciar una leyenda.

Besos de mujer, de un ayer
de nostálgico crepitar;
perdidos en tu ausencia,
trémulos te nombran.

Besos de credos y gloria,
de risas y pasiones,
fundidos todos en tu piel;
de tu boca, rojo cáliz...
la vida brota.

Besos de hechicera;
mi reino inclino
a tu presencia,
como te prometiera.

Besos que tocan mi alma
como te dijera;
deidad de mis deseos,
has iniciado una leyenda:
la del peregrino sin besos...

LA FORJA

—¿Hola, cómo están?
Y caminé mirando a las florecillas del anfiteatro.
Las cabecitas atentas seguían sus pasos,
el caminar entre ellas la hacía ver como una
leona mirando que no faltara ningún cachorro.

Y el ambiente se volvió atento, sus palabras empezaron a brotar como el sudor del recio herrero, cada una de ellas era un golpe en el metal candente, insistiendo en darle forma a la idea.

El énfasis de su decir encendía un crepitar rojo que le iluminaba el rostro, dejando ver los gestos enérgicos y tiernos al mismo tiempo.

Su mirada se extendía sobre esa pradera, y casi suplicante no dejaba de orar.

Yo pensaba:

“He regresado a la Grecia de Platón, teoría e ideas, de eso se trata, forjar a las mentes libres”.

En silencio, aún girando en mi regresión, caminé para verla de cerca, y sentí el amor en su real dimensión.

—Yo pienso como usted —le dije.

Ella me miró y solo dijo: —¡Gracias!

No sé por qué me pareció el “gracias” de un mendigo...



NIETO, JULIA NORMA

HE COMPRENDIDO

Que el Amor es, a veces,
una visita inesperada:
te toma por sorpresa vestido de entrecasa;
no golpea la puerta, sólo pasa y se instala.

Y, descaradamente,
se mete entre tus sábanas
se adueña de tus sueños,
y comparte tu almohada;
te sacude el cuerpo,
te desnuda el **alma...**

MUJER

Mujer mutante,
de la alegría al llanto,
del dolor al placer,
de la luz al vacío,
de la paz a la euforia,
del sol, al frío eterno.

Mujer que naces,
floreces, te marchitas.
Me fías, y me engañas;
me levantas, me arrasas,
me pintas, me matizas,
me arrullas, me enfureces,
me embriagas, me arremetes,
me dueles y me calmas.

Aclaras y oscureces
cuando menos lo espero
me mimas, me abandonas
y comienzas de nuevo...

A contagiarme el alma con tu risa,
a humedecer mi piel con tus fragancias.
Y me muero de amor, y resucito,
Y me vivo de amor, y me agonizo.



PALACIOS, LIDIA INÉS

CUANDO EXISTES

Cuando existes, empieza a ser tu sangre el río que conozco.
Ese que se acerca despacioso,
se apresura un poco si me atisba,
y enloquece y me abraza,
si llega a encontrarse con mis ojos.

Pero cuando no existes y te olvida el olvido en su vorágine de días,
te conviertes en una sombra del otoño.
En un árbol despojado de luz.

Desnudo.

En un alma silenciosa como la niebla.

Que no dice, que no siente, que no da ni pide,
que no clama.

Eres así, en mi memoria, la llama temblorosa de una vela que se
apaga.

Te pareces al mar, que avanza y ama,
y al bajar la marea se aleja y abandona.

Y yo no quiero el mar que eres, ni el olvido.

No quiero un alma de niebla,

ni el último resplandor de una vela.

No quiero la mudez de una piedra, que al menos expresa su dureza.

Quiero el que eras y no eres.

Porque hace tiempo que no existes,

y, ¿sabes?

te perdí en el olvido y en la espera.

QUIERO

Quiero oír cómo rompen las olas en la noche.

Adivinar la espuma que no veo.

Saber que es hondo el mar como es el cielo.

Saber que, entre el azul despierto,

se acunarán en el sonido tempestuoso

tu recuerdo y el mío,

casi muertos.

Eran horas sin tiempo.

Entre tus manos se escurría el agua de mi pelo.

Entre mis manos era también el agua,

al deslizarlas por tu cuello.

El silencio del mar es más silencio.

El graznar de gaviotas libre y seco.

En ese acontecer de la nostalgia,

parece que es verdad que tú existías,

y respirabas tu amor sobre mi pecho.

Pero sueño que vendrás un día desde aquel horizonte de lo eterno,
para encallar, sin tiempo ya, seguramente,
en el petrificado abrazo de mis huesos.



PAULINI, VANESA

NO LLORES, NO

Hay un corazón latiendo,
otro y otro más,
que no tienen nombre
pero que han tenido dueño.

Estos corazones
han palpitado fuerte, tan fuerte,
por todos, por las convicciones, por los deberes...

Algunos volvieron,
otros no pudieron;
quedaron entumecidos
por allá, en los confines,
por lo que lucharon, por lo que creyeron.

Algunos los lloran, los buscan
para hacer una oración,
para dejar una flor
o para decir un “te quiero”.

Fueron setenta y cuatro días
de fuego y más fuego.
Terminó porque se nos acababan los elementos
y porque la gran fortaleza,
tarde o temprano,
por tierra o por agua nos vencería.

Eran corazones
que sí tenían dueño,

que sí tenían ilusiones,
que hoy no tienen ni principio ni fin,
que están tan cerca y tan lejos.
Ellos son nuestros héroes;
los de allá quieren su nombre y
los de acá quieren su reconocimiento.



PEREIRA, ROXANA SILVIA

Y SI...

Y si tú no respondes, pregunto impaciente,
necesito mirarte, más anhelo tenerte.
Que en mis brazos descubras el amor eterno,
que tu rostro me muestre aquel placer secreto.

Y si tú no interrogas, contesto prudente,
perfecciono la hora, te descifro la mente.
Que tus ojos resalten la palidez de la luna,
que mis caricias te canten canciones de cuna.

Y si tú no me niegas, demando insistente,
te imagino desnuda, desafío latente.
Que mis labios recorran tu infinita silueta,
que tus suspiros sean mis osadas piruetas.

Y si yo te conquisto, mi criatura vibrante,
me esperas de rosa, te veo así, radiante.
Que mi tiempo a tu lado sea oda eterna,
que tu roce genuino sea caricia desierta.

Y si aún persisto en mi conquista loca,
desbordo de ánimo, pasión que tú provocas.
Que mi corazón tiemble al pensar en tu sombra,
que mi cuerpo delire, que tu boca responda.

CREER

Creer que alguna vez cambiarías,
que feliz contemplarías la estrella.
Cuando sabía que nunca lo harías,
el admirar las noches más bellas.

Creer que alguna vez me amarías,
que apasionado dirías mi nombre.
Cuando aquel femenino callarías,
ese mismo que tan bien escondes.

Creer que era una vida plena, juntos,
que descalzos juntaríamos arena.
Cuando el placer final quedó trunco
y el anochecer esconde mi pena.

Creer que la historia era infinita,
que tú y yo seríamos dicha eterna.
Cuando nada calma mi desdicha,
yo solo recojo silvestre maleza.

Creer en ti, creer en mí, la nada,
y palpito tu sentir tan ausente.
Cuando todo ya sea solo la calma
y ya nunca tu estés aquí presente.



PÉREZ, MIRIAN LIBERATA

MIRANDO LA BELLEZA DE LA VIDA

El paisaje serrano
me trae recuerdos nostálgicos
al ver la naturaleza, los pájaros
las plantas que penetran mis pupilas.

El sol resplandeciente me ilumina,
todo es tan bello, resurgen mil colores,
tan hermosos, especiales,
se confabulan con él paisajes, e irradian alegría.

Alegría de ver las cosas especiales,
que Dios me regala a cada instante,
en mi pasaje, aquí en la tierra,
para disfrutar la vida.

Dios nos colma de bendiciones
cada día, cada minuto y cada
instante; a veces no lo vemos,
por andar apurados por la vida.

Por la tecnología de los hombres,
por ser adictos a aparatos que
matan la memoria, al convertir
en robóticos a hijos vacíos.
Vacíos de amor por la vida;
no ver la belleza
que Dios nos regala
cada día.

ALEGRÍA DE ESTAR VIVA

El agua del río...
me da paz y me dejo llevar,
como una cuna mece mi canoa.
Abro mis ojos y veo el cielo;

mil estrellas parpadean
y cada una de ellas,
me da un mensaje de alegría
y me dejo llevar...

El silencio sigue...
Me envuelve la nostalgia

y me dejo llevar...
Me envuelve el espíritu
que invade mi cuerpo
y me llena la luz,
al ver a Dios tan cerca...
La paz penetra en mi alma,
me siento plena, cautivada
de alegría y gozo espiritual
y agradezco a la vida
y a Dios, y me dejo llevar...



POZZI, SANDRA

PROMÉTEME

Cuando los años se escapen
y con ellos nuestros sueños.
Cuando, en las manos surcadas
por el arado del tiempo,
las caricias que sembramos
florezcan en el recuerdo...
Cuando los ojos cansados
de pintar tantos inviernos
bajen de a poco el telón
para mirar hacia adentro...
Cuando crucemos despacio
por las calles que nos vieron
descolgar estrellas nuevas
en cada beso secreto.
Cuando los niños que fuimos
se nos disfracen de viejos
y nos dejen nubes blancas
enredadas en el pelo.
Cuando nuestra voz acune
el sueño de unos pequeños
y en las manos enlazadas
sus manitas apretemos...

Cuando nos hagan llorar
porque nos llaman “abuelos”
Prométeme que, aún entonces,
...nos amaremos...

SI EN EL CIELO TE DIJERAN..

Hoy te llora con lágrimas de otoño
el árbol que plantamos en el parque,
y te llora también el almanaque
con las hojas que le sobran a mi vida.
Desde el día que te fuiste, soy la sombra
entre el cielo y el infierno suspendida.

Aunque quiera dejarte en el olvido,
no hay olvido que te lleve más de prisa.
Duele tanto el silencio de tu risa
desgarrando las entrañas de mi oído,
que por sólo un instante entre tus brazos
diera yo hasta el último suspiro...

Ya no estás entre las cosas que me alegran
ni te duermes en el hueco de mi almohada.
Ya no cae el sol del día por tu pelo
ni se entibia mi pecho con tu espalda.
Clavó la muerte un puñal al calendario
desangrándome los años en el alma.

Por si acaso en el cielo te dijeran
que en la tierra te esperan, todavía;
que la cama, de tu lado, está vacía
y tu ropa sigue intacta en el ropero...
Busca el modo de escaparte en una estrella
y ven a verme una noche, que te espero...

O déjame soñar que una la mañana
borrará un milagro esta tristeza,
si despierto con tus flores en la mesa

y amanece el campo con olor a trigo...
Sabré que vienes por mí y, de tu mano,
cruzaré la línea, para estar contigo...



RAMOS, MARINA VALERIA

QUISIERA SER

No sé por qué, ni cómo empezó este romance repentino.
Quiero llevarte conmigo para siempre aquí en mi corazón.
Quisiera ser el amor de tu vida,
la más loca aventura jamás realizada por ti,
el amor para ti.
Quisiera ser el sol que te ilumina,
el agua que sacia tu sed.
Quisiera ser tu cobijo en las noches frías de invierno.
Quisiera ser el agua que refresca tu cuerpo en los días de calor,
estar en tus brazos y tus labios dulces probar,
morder suavemente y hacerte gemir de placer.
Quisiera ser la única mujer para ti y tú mi único hombre.
Quisiera estar a tu lado, pero aun así la distancia se acorta,
con tanto amor por ti.
Quisiera supieras de mi amor y suspiros por ti,
pero estar separados en la distancia,
y a la vez sentirte a mi lado es como si fuera un sueño,
pero al despertar me doy cuenta de que fue solo una hermosa
ilusión.

POLOS OPUESTOS

Un océano entero no impedirá que te ame,
ni la luna y las estrellas se ocultan al ver tanto amor.
Estamos alejados el uno del otro.
Está amaneciendo en tu país y aquí está de noche.
Parece que estamos en polos opuestos.
Somos como el eclipse de luna.
Tú eres la luna y yo el sol,
tú la noche y yo el día.

Acá estamos en primavera y tú en otoño.
Pero, sabes, aun así te sigo amando,
nada impide que te ame y te quiera cada vez más.
Estamos en polos opuestos, pero aun así te amo,
y extraño tus dulces besos y el calor de tu cuerpo.
¿Sabes? Tu mirada no dice nada y a la vez dice todo,
por eso te amo y te amaré siempre.



RICARTE TOBARES, PAMELA AMOR, ¿QUÉ ME ESTÁ PASANDO?

El amor es ese doble sentir que te confunde,
es un fuego que por dentro va quemando,
es un sentimiento errado cuando duele,
y es un sentimiento grato cuando amamos.
Amar..., ¿todos amamos?
Qué terrible amar sin ser amado,
qué nostalgia no soltar lo que hay por dentro.
Cuánto duele ya no amar como era antes,
cómo duele ya saber que nada es siempre.
Amar..., ¿de verdad amamos?
El amor es cruel y nos seduce,
nos hace estar donde no estamos,
nos pega feo donde más duele,
nos hace enamorar y desenamorarnos.
Amor..., ¿de verdad existes?
Porque aún no siento tu calor hirviendo,
porque aún no creo estar con el indicado,
porque duele la confusión de los sentires,
porque duele no saber qué está pasando.
Amor..., ¿qué puedo decirte?
Sólo pedir que no brotes en mi cuerpo,
que no crezcan tus ramas en mis manos,
que no lata tu corazón en mi pecho,
que no surja tu voz en mi canto.
Que te alejes de aquí para siempre,
que no dejes tu huella ni rastros,
que ni siquiera te despidas,

que mueras en mí, que mueras rápido.
El amor, ¿muere?
Si no muere, habrá que matarlo.



ROMERO, ANA ISABEL

SUEÑA

¡Atrévete a soñar!
Sueña siempre, y sueña alto.
No te quedes aferrado a la simpleza
de lo que puede ser.
No dejes que la cobardía
de encontrar la verdad más allá de los límites
ponga murallas que no te dejen avanzar.
Pinta cada día tu cielo de azul
y deja que se refleje en las aguas del mar.
Pon en tus noches oscuras un manto de estrellas
y hazte amigo de la luna.
Que las dudas de lo que es efímero
sea solo un escollo más para sortear.
Después de todo,
¿quién tiene la verdad?
Que nada te detenga.
Que no existan caminos que no puedas andar,
ni mundos mágicos que no puedas habitar.
Sueña siempre bien alto...
Y aún cuando no estés dormido, sueña igual.
Sueña con quien sueñas, aunque no la tengas,
aunque no la puedas tocar.
Porque si un día dejaste que tomara tus manos
y pronunciara un te quiero...
¡Vuelve a soñar!,
porque fue verdadero.
Sueña,
y sueña siempre alto,
no te detengas en lo vano.
Vuela con tus sueños y llega al cielo
porque allí... tenlo por seguro, la encontrarás.

AMISTAD

Allí donde el silencio de lo que quiero callar se mezcla con tu abrazo,
y donde tus risas por las cosas simples contagian a las mías.

Allí donde, por cada lágrima tuya, acompaña una lágrima mía
y donde cada encuentro se convierte en la esencia de la vida.

Allí donde las promesas de amistad eterna no son necesarias
y donde el amor se palpa en cada gesto y en cada mirada.

Allí donde los miedos del paso del tiempo se amalgaman
y donde se comparten las mismas dudas y las mismas ganas.

Allí donde las palabras son ese hechizo que nos hace hermanas
y donde el apego a lo verdadero nos adula el alma.

Allí donde las fortalezas se recargan con cada abrazo
y donde las penas se hacen pequeñas, se hacen nada.

Allí donde tú te encuentras con tu sonrisa fresca y tu mirada cálida
y donde tu voz, en un canto sincero, a mi corazón le basta.



SANTILLÁN, MIRIAM GABRIELA EL JARDINERO Y LA ROSA

Él cuidaba cada día de ella, ¡era tan hermosa!
Su pimpollo fue creciendo, se transformó
en la más bella flor de su jardín.
Su color rojo pasión lo hipnotizó,
lo volvió loco de amor. Él solo reparaba en su exterior.
Nunca se percató de que, por más cuidados,
palabras bonitas que le decía,
las canciones más bellas que le entonaba,
con las que cada mañana, él la bañaba,
ella se desarrollaba con un pétalo deslucido.
No notaba su tristeza, ni la congoja
que la estaba aniquilando,

pensó era alguna plaga pasajera
y, con sus cuidados, pronto estaría más bella.
Pero de la realidad, estaba lejos.
Ella se había enamorado de su jardinero
sabiendo que su amor era imposible.
Sus corolas penaban,
y cada día, ella más y más enfermaba.
Él, muy triste, preguntó el motivo,
por qué su color se iba apagando,
sus pétalos, como gotas de rocío, el piso iban calando.
Su más preciada flor se estaba marchitando.
Ella, casi agonizando, le contó el motivo de su pena,
él comprendió, y muy bien lo hizo,
porque le confesó su amor soñado,
prometió amarla solo a ella con una condición:
debía dispensarle su fragancia y tornasol,
y, como un milagro en el ocaso,
su fogosidad y fragancia la hermosa rosa detonó,
de lejos se estimaba, a la distancia, su aroma se percibía,
ese que desde que fue pimpollo, al jardinero enloqueció.
Ellos vivieron felices en el lugar donde floreció el amor.
En el jardín de la ilusión.

SIN CONOCER... JUZGAN

Todos juzgan su vida, hablan a su espalda,
adjetivan sus actitudes, opinan sin saber.
Su vida no fue fácil, un padre alcohólico, una madre golpeada.
Cada noche en la calle dormían, cuando su padre borracho a la
casa llegaba,
a golpes y a empujones las arrojaba.
Ninguno en esa familia tuvo oportunidad de estudios.
Mientras otros niños de su edad lo hacían, ella trabajaba,
para poder dar de comer a su familia, que nada tenía.
No conoció maestros, solo la calle;
en su adolescencia, un embarazo interrumpió su inocencia.
Alguien mancilló su vida, su pureza, su mejor edad arrebató.
El padre jamás se conoció. Como madre soltera a su hija parió.
Nadie la ayudó; como pudo, a su hija crió.
Salteado comía... una cena decente jamás conoció,
zapatos rotos o usados calzaban las dos,

ropa deshilachada vestían, no disimulaban su indigencia.
Trabajo no conseguía por el lugar en el que vivía.
Y la ruta, una noche ocupó... aunque digno no era
lo que ganaba, para vivir alcanzaba y alguna moneda ahorraba.
Y todas esas mujeres que a las espaldas de ella hablaban
no sabían que una parte de su salario,
numerosas caricias, que a sus esposos negaban, por las noches,
en un hotel de la ruta, ella albergaba, los cobijaba, de ternura los
colmaba.
Cada mañana repetía a su hija que a las personas no juzgara,
le decía: “Mira y, atenta, escucha.
Sus esposos como reinas las tratan y para ellas son como dioses, pero...
De qué sirve en una familia tanta hipocresía,
si lo más valioso, el amor, las caricias,
quien los escuche, fuera de su hogar buscan y encuentran.
Pagar tienen, a “putas”, como nos llaman, para sentir que alguien
los ama,
escuchamos sus historias, les brindamos cariño, sonrisas les damos,
que no reemplaza el amor que anhelan y de sus esposas esperan,
por eso, niña mía, yo me denigro, vendo mi cuerpo,
para que tengas todo lo que yo no tuve;
estudia, que es lo que te abrirá puertas,
aunque la mancha que yo te dejo, borrar a lo mejor no puedas.
No olvides que, sin saber la historia, los porqué, los cómo, no analizan,
solo nos condenan, sin nuestra vida conocer, omitiendo
que, de niños, no elegimos en qué familia hemos de nacer.
Y aunque otra vida quise, no pude elegir.
Eso, mi niña, deseo con todo mi corazón y fuerza, que la vida te
conceda y retribuya todo lo que con amor no pude suplir.



SCHEJTMAN, ELGA

ATRAVESANDO MIS RECUERDOS II

No recuerdo
cuándo miré el sol, tu mirada,
que era la sonrisa
tu raíz, mi mano en tu rostro...

Cuerda de mi corazón
dentro de mi cuerpo y el tuyo
darme el aire
robados besos en los juncos
de mis pestañas...

Pesares inmaculados, impenetrables,
cuerpo en cuna de ojos ansiados
no recuerdo palabras
cerrados oídos
la luna y el amarillo...

Cuchillo que desgarró la pena
memoria sin caparazón
incognoscible,
no recuerdo el primer beso...



SEMINERIO, MARÍA LAURA ME APASIONA

Tu mirada sin verte me genera escalofríos,
de esos que no se pueden percibir
y, mucho menos, declarar.
Si te pienso, me apasiona sentirte a mi manera;
sin conocerte y sin escucharte
deliro con solo imaginarte.
Nada más cercano y más alejado,
todo lo que me provoca no estar a tu lado.
Me apasiona seguir esperando
no se qué, ni tampoco cuándo.
Suspiro, mientras tanto,
no sentirte a mi lado.
Me apasiona aún más
no saber quién estará a mi lado.

UNA MIRADA

Una **mirada** a lo lejos
de alguien que aún no intimamos.
Una **mirada** que advertimos sin voltearnos,
y la apreciamos porque nos atraviesa el alma.
¿Cómo podemos intuirlo si no la vemos?
Es que así se estima una **mirada**.
Se siente, se percibe, penetra,
y solo podemos atraparla
si todos nuestros sentidos se encuentran alerta.
Una **mirada** tiene certeza
cuando estamos despejados de confusiones.
Pero ¿cómo podemos intuirlo si no la vemos?
Despeja los sentimientos sin aprensión,
deja correr y atravesar sin juicio.
Una **mirada** a lo lejos
transforma un suspiro impalpable
en una percepción sublime.



SINCOVICH, DINA FORTUNATA

EL MILAGRO DEL AMOR

(Gratitud al Creador)

Dios, Hacedor de todo lo creado, irradió su inmenso Amor a este
Planeta Tierra.
La Creación brilló en Luz e inconfundible perfección.
Agua y praderas, caminos y montañas, cielo, esencias y frutos,
formas, lenguajes
con danzas de tiempos y sonidos ancestrales, dieron vida a la vida
misma.
Millares de estrellas salpicaron la noche con luciérnagas radiantes.
El **Logo Sol** estalló en oro fuego y el día nació.
Ambos, tan disímiles, sutilmente se amalgamaron en puro Amor.
Estoy aquí -**hombre terrestre**-, en medio de la naturaleza viva.
Una ligera brisa me envuelve y extasiado abro mi corazón. Sien-
to el silbido suave de las abejas bebiendo el néctar de cada flor y

el vaivén ondeante de las hojas en los árboles enhiestos -añosos algunos-... y me detengo.
Los pinos están teñidos con matices de verdes y dejan libres a los pastos que la tierra húmeda calladamente recibe.
¡Arte y diseño! ¡Emoción infinita y gratitud!
Mis sentidos admiran esta obra majestuosa en manos del Todopoderoso.
Mi Espíritu aprende del silencio y de la vibración que yace.
Es Preexistencia, Luz y Verdad Eterna.
Nada ni nadie podría Crear y Ser sin una **Consciencia Superior**.
Yo **-hombre terrestre aún-** alzo mis brazos al Cielo y, enraizado en mi **Madre**, la **Tierra**, recibo del **Padre** la **Energía Divina** y **Sanadora** que fluye a raudales.
YO SOY en unidad con el ritmo del **Universo**. Vibro en esa **Llama** que no se apaga jamás...
Es: ¡El milagro del Amor!



TONINI, WALTER

LLUVIA EN NOVIEMBRE

Hoy me di cuenta de cuánto te amo,
de cuánto soy capaz de dar por vos,
de que mi miedo es sólo una estrella en el cielo.

Hoy el sol entró por mi ventana,
alumbró mi pecho y mis ganas de luchar:
despertaron como una flor en primavera.
Él desenfundó mis espadas.

Tú has abierto mi ventana.
Tú fuiste la que regó mi jardín.
Tú hiciste de mí ser un arma.
Tú eres un laberinto que debo cruzar.

El miedo lejos de mí está.
Mi batalla ha comenzado,
por tu vida estoy luchando... necesito ganar.
O todo será en vano, estará terminado.

Flores negras sobre tu cama.
Un viento sopla desesperado
para lograr que al piso caigan.
No dejaré que duermas, por ti estaré velando.

EL VERDADERO

Yo te amo...
con todo el amor de mi corazón,
pero tú no lo sabes.
Me miras y comienzo a creer
que mi amor y el tuyo
se unen por siempre..., amor.

Pero presiento que no me miras
tú también con tu amor.
Es sólo que la bella mirada
me atrapa para ser otro cómplice de tu amor.
Yo seré quien te atrape
para vivir esta vida entre dos.

Todavía falta mucho
para que la cruzada termine,
pero no me he rendido, aunque tú
ya no me dirijas la mirada.
Ahora, estoy perdiendo la batalla
y, sin saber, estoy decayendo en ella.

Ya perdidas las esperanzas,
siento que muero sin tu amor,
y te digo, con las esperanzas
de que digas que sí, pero yo te amo...
Tú me amas y no me lo dijiste,
yo también te amo, y quiero vivir
contigo, amor, bello y verdadero... amor.

TOZZI, CÉSAR ARMANDO

¿ DICEN QUE 50 AÑOS NO ES NADA...!

¿Qué escribo para decir que pasó una vida?
Escalera infinita...
Levanta polvo el viento, más allá del tiempo,
En la edad desierta sin soles del planeta
¿Qué escribo para decir que pasó una vida?
Si en sus ojos se dibuja el tiempo, a puro tesón
entre los despiadados oleajes de los años
desde donde los trajo el tiempo
desde qué color, la ternura del más puro amor?
Hay secretos latidos?
Anónimos silencios?
Cincuenta años no es nada?
Debajo del temblar de la vida... La Vida!
Ir y venir, las calles sin comienzo
ir y venir, para que puedan, su color las cosas
ir y venir, los misterios, donde el amor resiste
ir y venir, a la extraña impaciencia del futuro
cincuenta años, no es nada?
¿Qué escribo para decir que pasó una vida?
Entonces la respuesta:
Hace en las ganas de entrelazar las manos
donde la ternura el tesón, y el amor, todo lo pueden
El Amor... Quien mueve el tiempo
¿Qué escribo para decir que pasó una vida?
Sí, CINCUENTA AÑOS NO ES NADA...

SIN TIMÓN

Para que tú oigas mis palabras
déjame que te hable en silencio
descubrirás mi alma...
déjame que te hable en silencio
sucede que me cansé de gritar
de navegar solitario

sucede que voy navegando hacia tu corazón
déjame que te hable en silencio
todo lo llenas tú, las olas me llevan a ti
ahora quisiera que me cuentes si descubriste mi alma
y escuchaste mis palabras
déjame que te hable en silencio
antes de ti, la soledad poblaba mi alma
si me preguntas ¿dónde he estado?
diría navegando sin timón...
el mar, ya dejado atrás hoy paseo en silencio
en la isla de tu corazón...



VIZIA, HERNÁN PABLO

MADRE

¿Cómo pueden saber
quienes contemplan mi fachada
los sentimientos que escondo
tras mi serena mirada?

Añoranza sin remedio
por los días del ayer,
que se han desvanecido
como luz del atardecer.

Regresar a casa tarde
para encontrar, desvelado,
la incondicional compañía
de mis seres amados.

Tiempos ya lejanos,
épocas muy distantes,
reducidas a fotografías
marchitándose en un estante.

Como se marchitan las flores
en el parque, solitario,
donde el olvido implacable
su honda huella ha dejado.

En vano visito lugares
intentando capturar la esencia
de cosas que ya no están,
evidenciando las carencias.

Triste, observo las plantas.
Ya no hay mascotas jugando.
Hierba sepia sobre el agua,
en la fuente se ha estancado.

Mi entorno ve día a día
un alma feliz que canta,
ignorando las tristezas
que se anudan en mi garganta.

Hoy la rosa ya no espera
que alguien cuide de ella.
Sólo tiene, como yo,
en su techo sólo estrellas.

La niebla ha cubierto el jardín,
ocultando la placa de bronce.
Ya no hay nadie que me reciba,
feliz, como en aquel entonces.

UN LARGO CAMINO

Descansa, mi mujercita preciosa.
Duerme tu sueño profundo
en tu aromada cama de rosas.
Aguarda por mi regreso,
que estaré pensando en tu piel de abril
a cada momento, como hasta ahora,
hasta que vuelva por ese largo camino
que separa mi realidad de tus cosas.
Descansa, mi amor lejano,
y atesora tu mirada de ensueño
en el cofre de tus joyas.
Guarda sólo para mí
tus secretos y tu figura graciosa.
Espera por mi ansiado regreso

con la misma actitud celosa,
que cuando al fin vuelva a verte
y latan juntos nuestros pechos
quiero hallarte hermosa,
tenerte entre mis brazos
acariciando tus cabellos ondulados
como en aquella tarde lluviosa,
y que me llenes de tus juegos,
me brindes tus tiernas caricias
y me cuentes tus sueños color rosa.



WENZEL, MARÍA TERESA HELMUT

Te sentí a mi lado: sutil, simple, gentil, bueno...
Te contemplé:
Se entrelazaron tus manos. Tu respirar se hizo lento.
Al inclinar la cabeza, se entornaron tus párpados.
¿Dormías, rezabas, soñabas?
Esperé unos momentos, para admirar tu silencio.
Te llamé con cariño:
tu resplandor de Amor y Esperanza
descubrió mi mirada...
Después, la imagen se fue desvaneciendo...
Era yo quien soñaba.
Tú descansas en Paz, en algún lugar del Cielo,
cerca de los que te amaron y partieron...
Me resigné, confiada en Tu regreso,
para esperarte, en las noches de mis sueños.
Nunca te olvidaré, mi querido Papi...

PRESAGIO

Me abandoné entre las sábanas:
los ondulantes pliegues recuerdan,
el abrazo ansioso de nuestros cuerpos...
Partí con nostalgias, sin un adiós.

Me alejé de Ti, sin dejar palabras.
Quizás adviertas mi ausencia,
al asomar la luz por la ventana;
recordarás que en la madrugada,
el frenesí del encuentro amoroso
aún permanece, en los pliegues
y en el perfume de las sábanas.
El viento fuerte llevará la lluvia fresca,
y preguntarás al céfiro por mi abandono:
¿Dónde está mi amor, o solo fue un ensueño?
Llegarán hasta Ti, atravesando cielos,
las imágenes de mi fugaz alejamiento.
El horizonte azul, brillante de esperanzas,
será el presagio anhelado y venturoso
de nuestro entrañable y feliz encuentro.



ZANETTI, LUIS ADALBERTO

BELLEZA DE MUJER

¿Qué secreto escondes en tu sonrisa?
¿Seducción, dulzura, suavidad, inocencia?
Que sabes del poder mágico de tus labios.
Que conmueves hasta el corazón malherido.

“Nunca nadie me escribió algo así, me conmoviste”.
Casi susurras, escondiendo tu mirada;
quizás no quieras gritar realmente lo que sientes,
tal vez en tu interior algo nuevo que despierta.

Qué difícil es verte, imposible no mirarte con deseo,
ese que nace en lo más íntimo
y convoca a la mente, dibujando
fantasías prohibidas, irreales, excitantes.

Imágenes nacidas de tu figura seductora,
de encontrarnos desnudos, piel a piel.
Que tu cuerpo, encendido por el fuego,
se pierda entre mis manos ardientes
que tiemblan de pasión y descontrol por poseerte.

La niña que siempre te veía
hoy ya no existe, solo un recuerdo.
Eres una mujer adorable, dulce, sensual,
para enamorarse, para amar por siempre.
Para desnudar la pasión que nace incontrolable
a partir de la magia de tus labios
dibujando tu sonrisa incomparable.

VIVIR EL AMOR

Comencemos a vivir nuestro amor pleno, único,
ahora que ya somos el uno para el otro.
Comencemos por sentirnos lentamente y con dulzura:
descubre mi cuerpo dejando volar cada secreto,
pues solo para ti él está hecho y solo por ti suspira.

Comencemos viviendo el amor, empezando con las manos,
lento, muy lento, amor; despacio muy despacio;
siempre con esa suavidad perfecta de tus labios
hasta llegar a mi boca y besarla como solo tú puedes hacerlo.

Yo, por mi parte, te llenaré por completo,
pero sin llegar nunca al fin,
pues el tiempo es mucho y nos pertenece.
Tú y yo así lo decidimos,
estar junto conmigo, estar siempre junto a ti.

Cúbreme con la suavidad de mil caricias
que despierten y te muestren mis ansias sin medidas por ti,
para que el comenzar la mañana
nos encuentre fundidos, cuerpo a cuerpo.
Que el amor se vuelva mágica sinfonía de susurros y gemidos
y las bocas sedientas comiencen de nuevo
ese concierto único de besos y caricias prohibidas.

HOMENAJE AL AMOR



CUENTOS

ADRIANZÉN PALACIOS, NOEL

QUE BUSQUE A CELESTE

José es un modesto fotógrafo, padre de familia. Cuando le dieron la noticia de que su menor hijo Manuel, de dieciséis años de edad, había sido encontrado muerto en un desértico lugar con todas las evidencias de haber sido asaltado, sintió que el mundo se le derrumbaba. Odio contra los asesinos y cólera contra Dios, porque creía que Él también era culpable por permitir que sucedieran estas cosas. “Me ha quitado la mejor de mis ovejas”, decía.

Manuel era un jovencito como, sin duda, habrá muchos más en este mundo: caritativo con el prójimo, respetuoso con sus padres y hermanos, y muy estudioso. Juntaba las propinas que su padre le daba y las repartía entre los necesitados. Su madre, esposa de José, después de transcurridos meses desde la tragedia, aún lloraba y se atormentaba diciendo: “Si por lo menos hubiera muerto en mis brazos”. Por su parte, José, cada vez que salía a la calle, veía en todo aquél que se le cruzaba en el camino al posible victimario de su hijo y sufría con su rabia contenida.

Una noche, su esposa debía terminar un trabajo de costura que le habían encargado, faltando poco ya para el amanecer, y se quedó dormida en el sillón. Ella no sabe si fue sueño o realidad, pero lo cree porque, a partir de entonces, encontró consuelo para su alma adolorida. Escuchó golpes en la puerta y, como si hubiera perdido la noción del tiempo y supiera de antemano quien era el que golpeaba, acudió presurosa a abrir. Era Manuel, quien efusivamente la abrazó y le dijo “¡Mamá!”. Cerrando la puerta, caminaron abrazados hacia el sillón. Ya sentados, apoyando él la cabeza en su pecho y le dijo: “Aquí estoy, me encuentro bien; dile a papá que no busque culpables, que lo sucedido es voluntad de Dios y que busque a Celeste; ustedes volverán a ser felices”. Al despertar, tenía todo tan claro en la memoria que le pareció real, y ansiosa abrió la puerta y miró a la calle para ver si podía alcanzar a su hijo. Contó luego a José lo sucedido, poniendo énfasis en las palabras de Manuel. Ella comprendió que él había vuelto para estar en sus brazos y despedirse. Lloró de felicidad. No dejaban de preguntarse: ¿Qué habrá querido decir con “que busque a Celeste”?

Días van y días vienen, una mañana, una vecina, mujer piadosa de buena reputación, acercándose a José le dijo que había soñado con Manuel y que en el sueño le había dicho que buscara una cajita negra. El mismo mensaje le dio días después una joven amiga del difunto que también había soñado con él: “Yo estaba cocinando, llegó con unos amigos y me pidió que les diera de comer; le pregunté por qué no iba a su casa, me contestó que porque había gente muy pleitista por ahí, y al final me dijo: Dile a mi papá que busque una cajita negra”.

“Primero que busque a Celeste, y ahora la cajita negra”, pensó José. Haber tenido el mismo sueño dos personas que ni siquiera conversaban entre sí le pareció mucha coincidencia, y decidió buscar en su casa una cajita negra. En el patio del fondo y sin perder mucho tiempo en la búsqueda, encontró debajo de una loseta apenas sobrepuesta la cajita negra. Contenía tres imágenes de la Virgen, un rosario y unas cuantas monedas. Dedujo que el contenido de la cajita no era un tesoro como para “penar”; “Manuel nos quiere dar a entender con este milagro que sigue vivo -refirió a su esposa-, para que vivamos también con la esperanza de la resurrección”. Y seguía inquietado con el mensaje “que busque a Celeste”.

Cierto día, cuando pasaba por el mercado de la localidad con su cámara fotográfica bajo el brazo, un sujeto desconocido se acercó y le dijo: “Oiga, amigo, usted es fotógrafo..., ¿por casualidad no tendrá una foto de la graduación de mi hija? Yo lo he visto en varias oportunidades tomando fotos en ese tipo de eventos. No tengo ningún recuerdo de ella en ese acontecimiento; falleció, ¿sabe?”. Conmovido y sin darle más importancia al asunto, José le prometió buscar y mostrarle todas las fotografías que había tomado en graduaciones. Le dio la dirección de su casa y lo citó para el día siguiente.

Aproximadamente a las nueve de la mañana del día fijado, José y el infortunado padre buscaban entre un fajo de fotografías. ¡Y ahí estaba! ¡La joven se llamaba Celeste y aparecía en una foto bailando con Manuel! Habían estudiado en el mismo instituto y se graduaron el mismo día. Lo acontecido revela que siguen siendo amigos en el más allá y ambos sabían de la existencia de esa foto en poder de José. Hoy el papá de Celeste tiene como consuelo, también, este recuerdo con proyección a la gloria de la graduación de su hija.

José, en la actualidad, tiene un nieto de cinco años con todas las características físicas de su hijo Manuel, con lo que ha comprendido también sus últimas palabras: “ustedes volverán a ser felices”.

Averiguando yo, el autor de este relato, acerca de la personalidad de Celeste entre quienes la conocieron, me he enterado de que ella poseía las mismas virtudes que Manuel, y aún más, en el barrio donde vivió, no muy distante de donde vivió él, la recuerdan todos los años el día de su cumpleaños con jolgorio y múltiples manifestaciones artísticas. Quiero agregar que la principal motivación que he tenido para escribirlo tiene que ver con la cajita negra encontrada por José, padre de Manuel, y su contenido. La cajita negra simboliza el lugar de los muertos o cementerio, donde me desempeñé rezando rosarios a cambio de algunas monedas y cantando acompañado con mi arpa, a pedido de los deudos, la canción que, según ellos, más gustaba a sus progenitores difuntos; su título: “Tres Vírgenes”. A este oficio que últimamente tenía muy a menos y pretendía abandonar, al sentirme aludido y parecerme la voluntad de Dios, me sigo aferrando.

AMPUERO, NATALIA BELÉN

QUERIDA MADRE:

Hoy estoy aquí esperando que me envuelvas con tus brazos como cuando era niño y cuides de mí, espero que apartes tus temores de mi mente y poder volver a ser ese hombre alegre y sin culpas en el que habías logrado convertirme. Pero fui demasiado cobarde para admitirlo y hoy, que lo reconozco, ya es demasiado tarde. Siempre me dijiste que ese amor que quemaba mi pecho no era correspondido, me lo advertiste muchas veces, pero yo no quise oírte.

Para mí la patria era mi abrigo, yo quería defender nuestro suelo ante cualquier amenaza (aunque debo admitir que esto lo veía como una posibilidad muy remota), y creía tener la bendición de Dios conmigo; solo me faltó la tuya.

El ejército fue mi hogar y mi cobijo. En mi último tiempo allí, ya noté ser el mayor en comparación con mis otros compañeros que eran simples niños.

Quise cuidar a uno en particular, se llamaba Jesús y era demasiado pequeño, escuálido. Cuando lo conocí, él acaba de llegar, su madre no quería (o no podía) soltarlo, le rogaba volver a casa mientras lloraba desconsolada. Me acerqué a ella y toqué su hombro, le prometí que cuidaría de su hijo y que iba a estar bien bajo mi protección. Pareció creer en mí y, tras un fuerte abrazo, lo dejó partir.

La guerra llegó como una piña silenciosa, una madrugada nos metieron a todos dentro de una camioneta y viajamos durante algunas horas hasta que nos hicieron subir al avión; Jesús siempre estaba a mi lado, asustado, intenté convencerlo de que esto no era más que un simulacro, pero ni yo mismo lo creía. Nos informaron al llegar que había una guerra, y desde allí solo fue para mí una película de horror. No estaba preparado para ver morir personas, y mucho menos, para matarlas. No podía dormir porque éramos bombardeados constantemente, nuestro batallón quedó aislado por el avance del enemigo y, en consecuencia, quedamos sin alimentos. Avanzamos lento, el último tiempo no sé bien para qué, ya nos sentíamos derrotados. Vimos unas casas abandonadas, sería nuestra salvación si encontrábamos algo de comida y agua, así que unos compañeros fueron a revisar el lugar; entre ellos estaba Jesús.

Quise detenerlo, ir yo en su lugar, pero mi superior me ordenó que me quedara, lo único que podía hacer era seguir su orden y cuidar su espalda, pero cuando entraron, la casa explotó y mi amigo voló en mil pedazos dentro.

No tuve consuelo ese día; era solo un niño, tenía sueños, quería ver a su familia, tener sus hijos y verlos. Le quitaron el derecho a vivir el día que lo obligaron a enlistarse; sabiendo que había una guerra, le ordenaron ir como carne de cañón.

Los que quedamos tuvimos la suerte o el castigo de que nuestros cuerpos resistieran hasta que los ingleses nos capturaron.

Sentimos el pavor de la incertidumbre, podrían habernos fusilado a todos ahí mismo si hubieran querido. Tomaron nuestra bandera, esa bandera que defendí con todas mis fuerzas, esa bandera que amé y juré proteger (igual que juré

proteger a Jesús), la descolgaron y la incendiaron dentro de un tacho. Por mi rostro caían lágrimas de bronca e impotencia, todo el infierno que pasé parecía no ser nada para ellos; unos pequeños soldados de juguete que fueron aplastados por la bota de un gigante, eso fuimos.

Fallé, madre, y entendí que ni a los mismos argentinos les importó, me metieron por la puerta trasera al país, como con vergüenza de nosotros.

Nadie fue a recibirme ni a buscarme cuando volví, pero ¿sabés a quien sí fueron a buscar? A Jesús. Ahí supe que había regresado el hombre equivocado.

Cuando llegue a casa, mamá, tenía tanta bronca, tanto odio de que no se hubieran inmutado por mi ausencia. Todo estaba oscuro al entrar, papá estaba ebrio en la silla del comedor, me miró como quien ha visto un fantasma. Corrió a abrazarme con lágrimas en los ojos y me dio el abrazo más cálido de mi vida, fue cuando me contó que mis superiores les informaron de mi muerte, por eso nadie fue a buscarme.

Pregunté por ti con el anhelo de verte para mostrarte que tu hijo estaba vivo.

—No soportó el dolor, hijo.

Fue cuando lloré por todo lo que no había llorado: por Jesús, por mi bandera, por mamá, por el dolor de mi papá, por el infierno que había vivido, por todo.

Hoy te pido perdón, madre mía, por no escucharte cuando me pediste que olvidara mis ganas de pelear, por ignorarte cuando me dijiste que este amor no me llevaría a ningún lado, que esta pasión latente en mi pecho solo era fanatismo.

Tenías razón en todo; hoy por hoy, este suelo nada me dió, en comparación con lo que yo dejé por él.

No consigo trabajo porque la guerra me dejó secuelas; tengo pesadillas cada noche hasta mojar la cama, no puedo llevar una vida normal, tengo que vender bolsas de puerta en puerta para poder vivir, y lo peor es que ya no estás conmigo, ya no puedes consolarme, ya no puedo sentir tu apoyo, ya no puedo volverte a ver.

Hoy solo me queda por decirte todo lo que he guardado en este papel y creer que sentirás, dondequiera que estés, cada palabra dicha en tu nombre.

Hasta siempre.



ARINOVICHE SCHENKER, MARTA

LA NOCHE

La noche, como un manto oscuro salpicado de plata por la luz de la luna, iluminaba tu varonil figura mientras bañabas tus pies descalzos en el encaje de la espuma del mar.

Mis ojos, semicerrados, te imaginaron corriendo hacia mí con los brazos abiertos hasta fundirnos en un solo cuerpo sobre la arena aún caliente, en la nocturnidad de aquel ardiente verano.

Fue entonces que la luna, escondiéndose tras unos nubarrones, hizo a la noche más noche todavía y a mis sueños los transformó en desilusión.

PREGUNTAS

¿Volveré a verte otra vez, amado mío?

¿Volveré a sentir tus dedos desenredando mi pelo y tus manos acariciando mi cuerpo en otro amanecer como éste, donde ya empiezan a asomar las sombras y perfiles de los árboles recortando el horizonte?

El clarear del día comienza a disipar las sombras de esta noche bella, ahora repleta de recuerdos.

Los dos entrelazados en una pasión indisoluble... casi prohibida... quedará como un imán incrustado para siempre dentro de mi corazón virgen de tanta loca intensidad galopando briosa dentro de mí.



CAMELE, GIULIANA AMORES QUE MATAN

Yacía en mi butaca luego de un prolongado día de imparable trabajo. Sentía que las articulaciones de mi cuerpo estaban a punto de desprenderse. Me hallaba en un estado frágil y deplorable. Llevaba en mis hombros una vida tan exitosa como solitaria. Yo, más que nadie, comprendía exactamente que lo material no era aquello que atraía a la felicidad. Las grandes paredes de esta morada habían sido testigos de toda clase de desgracias. Me la pasaba recordando aquellos días en los que mi vida abundaba de buenos momentos. En mi adolescencia y mi juventud, donde siempre recibía afecto de mis colegas cuyas sonrisas traían bienestar en mí.

Anhelaba mucho esa emoción que se sentía al tener un alma en quien depositar tu confianza, y me entristecía al saber que todos aquellos con quien compartía los mejores recuerdos, en este mismo instante, estaban vistiendo mortajas. Miraba y volvía a mirar mi tez frente al espejo, y cada vez comprendía más que, en cualquier momento, yo también estaría vistiendo mortajas, y por eso, me sentía un cobarde. Había llegado a estas alturas sin siquiera platicar con una mujer, sin atreverme a amar. Pensaba que nunca iba a necesitar a alguien así, pero la habitación en la que me encontraba se sentía tan vacía, y eso hacía que mis esperanzas cayeran.

Y así como caían mis sentimientos, el sol se ocultaba tras los edificios de la bella ciudad. Ya estaba oscuro y la noche ofrecía una cantidad inmensa de maravillosas estrellas centelleantes que, desde mi ventana, se podían ver muy claramente. Pero como todo humano ignorante, me encontraba escaso de tiempo, y sólo me dediqué a tratar de conciliar el sueño, debido que al día siguiente iba a tener otra jornada agotadora.

Estaba preparado. Me puse mis ropas, me metí en mi cama y apagué la luz. Di un par de vueltas hasta que logré dormirme. Pero, cumpliéndose las tres de la madrugada, un escandaloso ruido me despertó bruscamente de mi sueño.

Despavorido, busqué mis pantuflas y me dirigí al lugar donde se originaba. Bajé las escaleras sigilosamente, siempre alerta. Al llegar al living, miré con cautela, examiné muy bien el lugar. Todo estaba en orden. Di un suspiro, completamente aliviado, dispuesto a girarme para volver a dormir. Pero de repente una sombra apareció tras de mí, provocando que pegue un salto. Su figura era algo indefinida. Estaba tan oscuro, que no me permitía ver su rostro, pero sabía que estaba allí por algún motivo.

—Ha llegado tu hora —dijo dirigiéndose a mí con una voz desgarradora que parecía atravesar mi cabeza.

—¿Ha... ha llegado mi... mi hora? —intentaba platicar sin caer del sufrimiento que estaba padeciendo.

—Así es. Debo llevarte conmigo, tu alma no resistirá una sola lágrima. Te encuentras muy frágil.

No podía hacerlo, no podía entregarme a la parca sin haber concluido mi propósito en la vida, amar a aquella mujer cuyos ojos sean estrellas para mí. Por eso, sin pensar en lo que hacía, me arrodillé ante la tenebrosa figura implorándole que mantuviera mi existencia.

—Temo que no puedo mantenerte vivo por siempre.

¿En qué estaba pensando? ¿Por qué creía que me darían una oportunidad siendo un hombre común y corriente?

—Sólo puedo hacer una cosa —continuó la parca—: estarás vivo hasta que hayas realizado tu deseo. Al finalizarlo, vendrás conmigo y no habrá ningún otro impedimento.

Una alegría inmensa que hacía mucho no había tenido comenzó a brotar en mí. La parca se fue de muy mala gana, prometiendo volver cuando mi aventura terminara. Alzó su mano y, en un parpadeo, había desaparecido entre las tinieblas. Estaba realmente contento, pero mi sonrisa se esfumó cuando comencé a pensar y reflexionar acerca de lo sucedido. “Esto no tiene sentido”, me decía a mí mismo. “Una vez que la conozca y me sienta enamorado, tendré que dejarla. Me dañaré y la dañaré a ella”.

Una vez más reflexioné y dije:

—¡No puedo conocerla!

Poco después, esto se había vuelto una obsesión para mí. Renuncié al trabajo,

omitía salir de mi casa, en ocasiones no comía, así evitaba que mis alimentos se acabaran, cerré mis ventanas, por lo tanto, no podría ver nada que estuviera después de los muros de mi hogar. El amor, que era lo que más quería en el mundo, ahora era la causa por la cual estaba viviendo peor que antes. La soledad era mayor que tiempos atrás. No solo no tenía a nadie, sino que también la habitación se encontraba aún más oscura. Estaba desesperado. Eligiera lo que eligiera, al final me sentiría muerto.

Llamaron a mi puerta. Era la primera vez, luego de tantos años, que escuchaba el sonido de aquel timbre. Ya había olvidado su melodiosa resonancia. Me sentí tan conmovido que, con los ojos repletos de lágrimas, me deje guiar por mi alegría y... cometí el más grande error. Estaba destinado. Como tal lo había pensado, sus ojos me iluminaron como estrellas, sus rizos anaranjados brillaban en aquella habitación sombría. Me quedé impactado por un momento y luego recordé: “No puedo conocerla”. Como un cobarde, cerré la puerta tan fuertemente, que aquella hermosa mujer se marchó ofendida. Estaba confundido, sentía alegría porque sabía que no moriría, pero también tristeza porque era la primera vez que mi corazón se sentía vivo.

Sin embargo, aquella hermosa dama no se rindió. Al pasar las semanas, la oscuridad de mi habitación se vio iluminada nuevamente por la melodiosa armonía de aquel timbre. Y allí estaba ella, aguardando detrás de mi puerta. Sabía que esta situación llegaría y tendría que finalizar en algún momento, por eso, me armé de valor e, inhalando profundamente, coloqué mi mano sobre el picaporte y con una falsa sonrisa en mi rostro me dejé llevar.

Ante mi presencia, la reacción de esa mujer no fue nada más que una mueca de desprecio.

—Disculpe... —dije—, ¿puedo ayudarla en algo?

—Soy Estela... ¿No me recuerdas?

Me detuve unos minutos a pensar si aquel nombre siquiera resonaba en mis pensamientos, pero el silencio no hizo nada más que enfadarla.

—Me hieres mucho. Soy tu compañera de secundaria. Estela...

—¿Estrella?! —exclamé sorprendido. Y de un momento para el otro, mi mente se vio inundada de valiosos recuerdos que aquella mujer había creado

—¿Cómo pude olvidarte? Pasa por favor. Dime en qué puedo ayudarte.

—Estela, querido amigo, Estela. No me sorprende esta actitud tuya, también te olvidabas de mi nombre en la secundaria. Pero recuerdo que aquella carta que me escribiste me ayudó a comprender todo—. Diciendo esto, Estrella me entregó una carta con una bella sonrisa, pero en el fondo estaba dolida porque sabía perfectamente que lo había olvidado todo...

“Mi dulce estrella... Sé que no comprendes cuando me refiero a ti de esta manera. Pues he encontrado esta oportunidad para explicártelo. Como sabes bien, la humanidad es ignorante, dedican su tiempo a remarcar pensamientos dolorosos, recuerdos inválidos y sufren por aquello que carece de sentido.

Derraman sus lágrimas por lo inentendible y hasta a veces se hieren ellos mismos por conservar su orgullo, perdiendo así de vista las cosas más importantes. Centrados en sus propios problemas, ninguno de ellos invierte su tiempo en poder observar lo valioso de la vida, y así es como terminan perdiéndolo todo. Sabemos que muy pocas personas se toman el tiempo de observar la lindura de las estrellas, las cuales, con tan solo verlas, te ensañan que hasta en lo más oscuro siempre hay una luz que te ilumina. El único espectáculo maravilloso que puedes ver todas las noches y cuantas veces lo desees. Las únicas que siempre estarán presentes, lo quieras o no. Todos sabemos que las estrellas no son personas, pero un mundo sin estrellas no es un mundo, y yo sin ti, mi dulce estrella, no soy un mundo. Ahora entiendes, estrellita. Aunque sea un humano ignorante, puedo ver tu lindura que brilla cuando todo en mi vida está oscuro, sé que eres el espectáculo maravilloso que podré ver todas las veces que lo desee y eres la única que, a pesar de los conflictos, siempre estará allí para iluminarme”.

Me quedé impactado al finalizar. Acababa de descubrir que alguna vez, en algún momento, había amado a alguien.

—Yo amé —dije. —¡YO AMÉ!

De repente sonó un estruendo y supe que había llegado la hora...



CÁRDENAS, ROSA RAMONA

AMOR Y ESPERANZA

Nací en el Paraguay en una pequeña aldea y hace más de medio siglo que vivo en esta ciudad adoptiva. Durante toda mi larga ausencia, soñé con regresar a mi país.

Después de 48 años de una intensa vida laboral en esta ciudad, me jubilé. No fue fácil asumir que la vida laboral activa llegó a su fin, pero los años pasan inexorablemente para todos.

Alguien dijo que “El tiempo corre veloz, encanece nuestros cabellos, llena de arrugas nuestro rostro y NO lo podemos detener”.

Les cuento que mis hijos llegaron a mi vida un poco tarde. Tenía 37 años cuando nació el primero y 41 con la segunda. Por circunstancias adversas, no tuvieron vivencia con sus abuelos. Mis padres ya habían fallecido cuando ellos nacieron y mis suegros, ya grandes, vivían en otro país.

Al cumplir 78 años sin nietos, empecé a preocuparme. Quería estar aquí para recibirlo y arrullarlo entre mis brazos.

Como la mente es tan poderosa y actúa como un imán, me propuse desearlo con toda mi fuerza, imaginando su rostro, su llanto, su sonrisa y sus olores de bebé, tan especiales.

Ese ángel poderoso que me acompaña siempre, se hizo eco de mis deseos y, a mediados del año pasado, aterrizó mi primer nieto.

Con todo el tiempo que no tuve para su madre, los visito con frecuencia para acunarlo entre mis brazos y susurrarle en sus oídos “Primera cosa bella”, la canción escrita por Nicola Di Bari cuando nació su primogénita, hasta verlo dormido plácidamente entre mis brazos.

Muy pronto jugaremos tirados en el piso, le leeré los cuentos que seleccioné para él y le cantaré canciones de todos los tiempos.

Seguiré sus pasos y lo veré crecer hasta el fin de mis días. ¡Cien años, como mínimo, prorrogables por más!

Con todo el tiempo a mi favor, tan difícil de llenar, también se reavivó en mi mente y en mi corazón la idea de construir en mi tierra un pequeño refugio, un lugar de descanso, un lugar de encuentro familiar donde pasear con mi nieto, contarle la historia de sus ancestros, que llevo años escribiendo, y también del sueño que tuve con su abuelo, que desde una estrella me da la fuerza para realizar ese proyecto que juntos habíamos soñado durante décadas.

Mi pequeña aldea natal hoy es un pueblo, habitado por toda mi parentela.

Porque una década antes del inicio del siglo XIX, mi bisabuelo y un par de familias más fueron seducidos a habitarlo, adquiriendo hectáreas de bosques, lagos, montes y arroyos por pocos pesos; consecuentemente, fueron los primeros habitantes.

Tal es así, que la escuela del pueblo lleva el nombre de mi tío Pedro, primer maestro del lugar y encargado de la iglesia.

Al final de nuestra chacra, la calle que atraviesa la del violinista lleva su nombre. El mismo que con su orquesta, en cada cumpleaños, le regalaba una serenata a mi padre, quien, hasta el final de sus días, fue juez de paz del pueblo y, como tal, una calle lleva su nombre.

El actual intendente es mi sobrino; durante tres años y seis viajes, le pedí reiteradas veces que se ocupara de abrir la calle que atraviesa el bosque del predio donde nací, para llegar a mi futura cabaña, primer paso para pasar los materiales para la construcción de mi sueño.

En uno de esos tantos encuentros donde aparecieron las excusas, hicimos un trato. Yo me haría cargo de construir el puente y él de abrirme la calle y la instalación del extendido eléctrico.

En mi último viaje, al comprobar que todo seguía igual, muy decidida salí a buscar a su opositor, quien aceptó el desafío y con todo su equipo, en tres días de intensa labor, terminaron una obra titánica.

Entubar un arroyo, ensanchar el puente que construí para pasar con el camión con pala mecánica y derribar hileras de árboles del bosque para construir un camino de ripio.

Ese fin de semana, cuando vi la obra terminada, recuperaré la esperanza. Porque los años van pasando y ya no tengo edad para seguir esperando indefinidamente y también porque solo Dios sabe la fecha de vencimiento de nuestras vidas.

Desde hace tres largos años, con enormes dificultades, voy avanzando muy lentamente, con infinita paciencia, porque dicen que con ella se llega al cielo.

Finalmente, comienzo a vislumbrar una luz al final del camino y sé que llegaré porque cuento con el permanente apoyo de mi hermano mayor y su esposa, que viven allí, y la del arquitecto, esposo de mi sobrina, que me señala los pasos a seguir; y mantengo la esperanza de verlo terminado para disfrutarlo antes de partir hacia otras dimensiones, el destino final de todos los habitantes de este planeta.



DASSIE WILKE, MILENA

EL ASTRÓNOMO Y EL UNIVERSO

El Astrónomo observa la noche por un tubo de estrellas.
Es espectador de un acto que pocos pueden ver.
Que pocos saben admirar.

El Astrónomo cierra la puerta y se aleja silenciosamente del artefacto.
Descubrió una maravilla.

Y la quiere para el solo tanto como le sea posible.

El Astrónomo observa su secreto.

Sabe que es más grande que el pero se engaña con poseerlo.

Sabe que en unos segundos tendrá que volver abajo con su familia y fingir felicidad.

Pero por ahora sólo son ellos dos.

El Astrónomo y el universo.

El Astrónomo y si hija preparan una torta para su madre.

Echan chocolate al la mezcla grumosa.

El amarillo se torna marrón y al Astrónomo le recuerda las hojas en otoño.

Su hija echa azúcar en polvo.
Y por unos segundos el Astrónomo puede vislumbrar las constelaciones que tanto adora.
Su hija remueve la mezcla y las constelaciones desaparecen.
Cómo si con un simple movimiento el universo pudiera morir.
Rápido el Astrónomo corre a la sala.
A su sala.
Toma el tubo de estrellas con sus temblorosas manos y observa.
Todo sigue igual.
Las constelaciones siguen ahí como si no hubieran muerto hace unos segundos
Por eso el Astrónomo las adoraba.
El universo es indestructible.
Ni la estupidez humana puede borrarlo.

El Astrónomo sueña en ir con ellas.
En unirse a su baile sin fin en el manto negro que llaman universo.

Quiere ser una de ellas y que el mundo lo admire.
Por eso lo hizo.
Porque el no era esposo.
No era padre.
No era persona.
Era un Astrónomo, quien aprendió a amar.

Por eso tomo el último tubo.
Y se apuntó.
Ahora el Astrónomo no es astrónomo.
Ahora es una estrella.



DE VICENZO, IDA RECUERDOS

Tengo muchos recuerdos de mi infancia. Algunas imágenes se han ido borrando con el paso del tiempo; otras quedaron profundamente grabadas en mi alma: pequeñas historias, cosas cotidianas, son las cosas que ayudan a comprender la vida y el carácter de una familia. Cada historia vale, cada una de ellas es valiosa; muchas pueden ser parecidas, pero nunca serán completamente iguales. Podría decir muchas cosas sobre mi papá: fue un hombre sencillo, sensible; criaba conejos, chanchitos de la india, pero llegó un momento en que

nos encariñamos tanto con ellos que llorábamos y pedíamos por sus vidas. Finalmente nos negábamos a comerlos y entonces dejó de criarlos. Sufrió mucho las consecuencias de la guerra, evitaba hablar sobre el tema. Había sido herido en combate, yo sentía orgullo por tener un papá que era veterano de guerra pero, al mismo tiempo, no comprendía como él había podido dispararle a otra persona. Un día, venciendo mi timidez, me animé y, sin medir mis palabras, le pregunté cómo había podido hacerlo. Me miró y yo pude ver en sus ojos una gran resignación. Entonces, con mucha convicción y simples palabras, me dijo:

—Si yo no le disparaba, él me mataba a mí...

No había tenido otra salida, hasta hoy lo recuerdo y me conmuevo ante una verdad tan fría y absoluta. Cuando recién llegamos a la Argentina, comenzó a trabajar, pero un accidente laboral lo inmovilizó casi un año, consiguió trabajo en las cuadrillas municipales de asfaltado, y cuando le hacían bromas sobre él, siempre contestaba “ustedes no saben lo que es trabajar en la calle: en invierno, el frío que te congela los huesos, y en verano, con la brea caliente bajo el inclemente sol, se te quema el alma”. También teníamos en nuestra casa un almacén. Nuestra clientela era de lo más variada; en ocasiones era difícil entenderse. Muchas veces lo hacían por medio señas, se podrán imaginar lo que costaba charlar y a veces sucedían las cosas más graciosas; recuerdo una conversación entre mi mamá y una señora de origen paraguayo que trabajaba en la casa de una vecina: mi mamá hablaba de una cosa y la señora contestaba sobre otra muy distinta, pero ambas seguían un hilo imaginario de conversación, entonces yo, con inocencia infantil, le advertí a mi mamá, pero ella me miró y me dijo:

—Vos quedate tranquila, no te preocupes.

Teníamos en la casa un gran patio lleno de cajones y botellas donde mi papá, de vez en cuando, se sentaba en un cajón vacío de gaseosas y allí se ponía a escribir a su familia; les contaba lo bueno que era vivir aquí, pero en esos momentos, en sus ojos había una gran tristeza, volvían a él recuerdos lejanos, cosas sobre las montañas, las costumbres milenarias, las leyendas; estaba acostumbrado a las dificultades de la vida, pero se defendía de lo irremediable idealizando. Cuando le faltaban pocas líneas para terminarla, me llamaba: “Vieni, Vieni”, para que les escriba algo a las tías, pero en aquella época yo era muy chica y no sabía escribir, entonces él con mucha paciencia dibujaba las letras en un papel y yo las copiaba en la carta. Casi siempre eran las mismas palabras: “Care Zie”. Cuando terminaba de escribirlas, su cara se iluminaba con una gran sonrisa, era un momento mágico, saber que allá lejos, lejos, pasando un gran océano, había personas que nos querían y pensaban en nosotros. Las cartas tardaban mucho en llegar; el día que recibió la noticia de la muerte de una de sus hermanas, al leerla quiso hablar pero no pudo, sus ojos se empañaron, un llanto tranquilo, pero profundo, brotó de sus ojos. En ese momento, asumió la realidad y tuvo la certeza de que, a pesar de su añoranza, jamás iba a tener la oportunidad de

volver a sus montañas, de abrazar a sus seres queridos .Entonces, por muchas semanas, la casa se vistió de estricto luto. En el barrio fue una revolución cuando se mudó a él la Línea de colectivos 47; hacían tanto barullo que a veces no nos dejaban dormir. Mi papá siempre decía que no lo hacían a propósito, que estaban trabajando. Pero muchas noches tuvo que levantarse para ir a la administración y recordarles que él se tenía que levantar a las 4.30 de la mañana para ir a trabajar. Siempre les llevaba para tomar, algo caliente en invierno, y algo fresco en verano. Cuando se enfermó, todas las personas lo visitaban, nunca estuvo solo, tuvo la simplicidad de quien ve la realidad y sabe que, haga lo que haga, no podrá cambiarla. El día de su muerte hubo un cortejo muy largo para acompañarlo hasta su última morada.



DI BENEDETTO, FELIPE

EL AMOR

Desde niño escuché decir EL AMOR... EL AMOR... en mil ocasiones distintas, siempre se mencionaba EL AMOR... Así aprendí que si se usa esa palabra, enseguida se logra transformar lo más frío en un clima de profundidad, a veces menor y otras veces mayor, de gran belleza y aceptación, pero siempre se logra generar esperanza, sueños e ilusiones.

Hoy, siendo un hombre mayor, con tantos años en mi haber, veo con profunda tristeza cuánto daño se le ha hecho; de tal manera lo he visto maltratar y hasta golpear sin piedad, que, en la mayoría de ellas, también lo he visto morir, y cómo lo transformaban en todo lo opuesto: venganza, odio y rencor.

Cuántas veces una pareja decide intimar físicamente, y si se les pregunta si tuvieron relaciones, enseguida manifiestan “sí, hicimos **EL AMOR**”, como si un acto sexual asegurara que **HAY AMOR**.

Si alguien entrega años de su vida en proteger, alimentar, ayudar y todo tipo de acompañamiento a otra persona (familiar o no), siempre manifestará que es **POR AMOR**, pero cuando Él envejece y lo dejan, dice: “le di mi vida, tanto **LO AMÉ**, miren como me pagó”, debe quedar claro, **NO ES AMOR**, porque, en realidad, simplemente estuvo haciendo un negocio, que le salió mal.

Cuántas veces escuchamos decir “lo hizo **POR AMOR**, se quitó la Vida, no aguantó ese gran dolor de haberla/o perdido”; no, esa acción **NO ES AMOR**, obedece a otros estímulos que son exactamente opuestos.

También se dice que La Naturaleza **ES AMOR**; cuánta ceguera, viendo no ven y oyendo no oyen (como dijo **EL GRAN MAESTRO JESÚS**); acaso se puede ocultar el daño que causan los volcanes con su erupción, los tornados, los terremotos, los tsunamis, los excesos de lluvias que terminan en grandes

inundaciones, las sequías, los grandes fríos y tantas otras manifestaciones de la Naturaleza...

Pobre AMOR..., tanto te nombran, que te han convertido en vulgaridad, por eso tantas veces te has caído... Hoy aquí, en este lugar, te prometo solemnemente decir **QUIEN ERES, para reivindicar TU NOMBRE, elevándolo al lugar que mereciste y mereces estar**, ya nadie tendrá derecho a nombrarte, ignorando que:

“TÚ ERES SAGRADO...”

LO MÁS PURO, DESINTERESADO Y SINCERO QUE ESTA CREACIÓN HA GENERADO.

“TÚ SOLO PRODUCES ALEGRÍA, ESPERANZA Y FELICIDAD”.

NADA NI NADIE JAMÁS LOGRÓ NI LOGRARÁ SENTIR MAYOR ELEVADA VIBRACIÓN, QUE LA QUE TÚ PRODUCES.

¿Quién podrá nombrarte ahora y tener derecho a hacerlo? ¿Cuántos deberán repensar la acción antes de nombrarte?

Cuántos dejarán de sufrir POR AMOR, al saber que No Eres El Culpable... a quién ahora culparán, serán capaces de reconocer que la culpa fue de Ellos, por no practicarle.

EL AMOR, no hay palabras que contengan en ningún diccionario del mundo la explicación de lo que ES, y aún menos que pueda explicar la Infinita Inmensidad de donde proviene, de tal magnitud debe SER, que su abundancia no tiene fin, más se DA, y más puedes DAR, jamás va a fallar mientras lo DES DE VERDAD. Además, indefectiblemente, como resultante siempre sentirás lo mismo:

Felicidad indescriptible... Alegría sin fin... porque Eternamente Vivirá en Ti.

Qué distinta sería la Humanidad, si en las escuelas, en los hogares, en los clubes y en todos los lugares formadores de los primeros años de nuestras vidas, se enseñara más sobre EL AMOR y mucho menos en cómo correr para obtener el poder de las conquistas materiales, el éxito, la fama, los placeres mundanos, los grandes adelantos científicos, tecnológicos, las peleas y guerras en video juegos o las conquistas interplanetarias.

Si la Humanidad entendiera desde ahora que debe cambiar Este Mundo, YA BASTA de tanta desigualdad, donde es normal que uno solo tenga lo que a miles les falta, porque la soberbia, el egocentrismo, la ambición, el poder, la discriminación y la guerra es el común denominador para imponer su creencia. Debe terminar esta locura aparentemente sin fin; Reaccionemos, dejemos de correr detrás de un espejismo, de un idealismo que no existe, porque la consecuencia es que cuanto más tenemos, más necesitamos; dejemos de SER SOBREVIVIENTES...

LA ÚNICA SALVACIÓN POSIBLE SOLO SERÁ QUE:

NIÑOS... ADOLESCENTES... ADULTOS... MAYORES Y ANCIANOS...
TODOS SIN DISTINCIÓN... ACCIONEMOS

EL AMOR

DICENZO, JAVIER

EL ESPOSO

A Martín Acuña, escritor argentino

Un día, Pedro salió de su casa y pensó: “es buen día para regalar una rosa”.
Así, fue hasta una florería y compró un par de rosas blancas.
—Florencia, es el día de los enamorados, toma esta rosa.
Su mujer lloró de alegría y lo besó.
Los años pasaban y, un buen día, decidieron adoptar un perrito.
Ellos habían decidido no ser padres, y el perrito llenó sus vidas de amor.
Luego de meses, el animal sufrió un accidente y murió.
Los esposos dijeron:
—Vamos a enterrarlo y luego hablaremos, Pedro.
El esposo miró a su amada y le dijo:
—Estoy pensando en nuestra separación.
Su mujer le responde:
—Está bien, yo sé que quieres a otra mujer, es más joven.
Pedro salió de su casa, tomó un revolver y se dirigió a un río.
En el río tomó una maleta y tiró todos los dólares que había ahorrado durante toda su vida, tiró sus fotos, su celular, y el tablero de ajedrez que utilizaba.

Miraba el horizonte.

—¿Qué sentido tiene la vida?

Así que agarró el arma, la cargó y se apuntó en la cabeza.

—¡No! —repitió una voz lejana. —¡No!, no te mates.

Miró detrás y era una mujer, que lo había seguido.

La mujer miró al hombre y luego...



DRÖSE, CLEIA

EL PARTO

Ella lleva las manos a su vientre redondo, entumecido... lo acaricia y siente que ya llegará la hora... siente las contracciones cada vez más fuertes, una tras la otra... hasta que el dolor se hace insoportable... el sudor moja su frente, el aire no es suficiente para llenar sus pulmones por la fuerza que hace para ex-

pulsar de su vientre este hijo que necesita venir al mundo... llora y grita y, en medio de ese grito, se despierta transpirada, las manos todavía apoyadas en el vientre, y se da cuenta de que fue solo un sueño, o mejor dicho, una pesadilla...

Seca el rostro con las manos mientras la mente trabaja y se hace más consciente... Siente las arrugas en su cara y sonrío... ya no puede estar embarazada, ese tiempo quedó atrás, muy lejos, en una vida que ya no sabe si vivió o si fue un cuento que ha escuchado muchas veces y lo ha tomado como suyo.

Pero, sí, claro que sí... conoce este dolor muy bien, lo ha sentido más de una vez, en estos momentos que dicen son el portón del cielo pero que, a veces, a ella le pareció más bien la entrada a un infierno donde uno no sabe si sobrevive para mirar su hijo o si los dos sucumben juntos en esa agonía. Los hijos... ¿una bendición o un castigo? No lo sabe... A veces una cosa, muchas veces la otra... es así, al menos así fue con ella... Ella los ama y los seguirá amando para siempre, aunque su memoria a veces la traicione y no sepa muy bien si todavía son chicos, pibes, adultos o mayores... ve a sus caras todas mezcladas, tantos momentos felices y otros tan difíciles que cada uno de ellos le ha regalado...

Lleva las manos al vientre otra vez como para certificarse de que ahí adentro no hay un bebé... este vientre flácido y arrugado... después de todos los embarazos, partos, cirugías... su vientre está cansado.

Ya no tiene ganas de dormir... los recuerdos la hacen despertar hasta la última célula de sus entrañas... ya no logrará dormir esa noche.

Se levanta despacio y abre la ventana. La laguna sigue ahí, a esa hora sin olas, todo parado, tranquilo, nada se mueve... en ese momento, mira al horizonte y lo que ve la hace sentirse plena de felicidad y dicha. Es como un gran vientre redondo, entumecido, que se asoma desde adentro del agua. Rojo y brillante, el parto del sol esa mañana. El agua empieza a moverse despacio, las primeras olas de esa laguna que acaba de parir el sol para otro viaje por el firmamento.

Y así, por siglos, la laguna sigue pariendo al sol que se asoma en el horizonte y viaja por el cielo sin importarle si ella lo está mirando o no, hace su recorrido como un rey al que poco le importa el dolor de los mortales.



ELLDID, MARÍA ESTER

UNO A CERO

Ella despertó esa mañana sintiendo una energía nueva, salió al parque y el sol la acarició con su tibieza; supo que éste no iba a ser un día más.

Él despertó esa mañana con la misma energía de siempre, se ocupó de algún que otro arreglo doméstico y pensó que éste sería un día como cualquier otro.

Ella quiso caminar luego del almuerzo.

Él dijo que se quedaría a ver el fútbol.

Ella se encaminó hacia la playa en esa radiante tarde de cielo diáfano y brisa suave, sus pasos la llevaron hacia el sur; sumida en sus pensamientos, no se percató de que la playa se volvía más y más desierta, la presencia de turistas disminuía a medida de que se alejaba de los balnearios principales, hasta que sólo sus pasos dejaban huellas en la húmeda arena. Su meditación en movimiento impidió que percibiera a alguien más caminando tras sus pasos.

Él despertó esa mañana sintiendo una energía nueva, salió al parque y el sol lo acarició con su tibieza; supo que éste no iba a ser un día más.

Ella despertó esa mañana con la misma energía de siempre, se ocupó de alguna que otra tarea doméstica y pensó que éste sería un día como cualquier otro. Él quiso caminar luego del almuerzo.

Ella dijo que se quedaría a ver la televisión.

Él se encaminó hacia la playa en esa radiante tarde de cielo diáfano y brisa suave, sus pasos lo llevaron hacia el sur; sumido en sus pensamientos, no se percató de que la playa se volvía más y más desierta, la presencia de turistas disminuía a medida en que se alejaba de los balnearios principales, hasta que sólo pudo ver las huella de unos pequeños pies en la húmeda arena y, al levantar la mirada, divisó, a lo lejos, la figura de una mujer caminando lentamente, mientras el sol ya caía en el horizonte.

Él apuró sus pasos hasta alcanzarla.

Ella notó su presencia recién cuando estaban a la par.

—Hola, has caminado mucho; si continúas, será de noche cuando quieras volver.

—Hola..., sí, es verdad, no me había dado cuenta.

—¿Vivís por aquí?

—No, sólo los veranos y algún fin de semana cada tanto; me gusta esta paz, caminar y meditar. ¿Y vos?

—Vivo aquí desde que me expulsó la gran ciudad, también me gusta caminar y así pensar en el tema de mi próximo libro.

—Escribes...

—Sí, novelas.

—Yo las leo.

Él notó que el sol, al ponerse en el horizonte, dejaba sus últimos rayos en ese pelo cobrizo y enmarcaba su figura con un halo luminoso.

Ella notó que la luz del ocaso iluminaba ese rostro bronceado de ojos verde mar.

Se sentaron en la arena, frente al mar, observando en silencio el horizonte por un largo rato; luego se miraron como reconociéndose de otro tiempo, sus miradas se profundizaron al punto que pudieron ver los secretos de sus almas, hasta allí llegaron y supieron que no habría retorno.

El ocaso, el mar y la arena enmarcaron esa energía conjugada y las gaviotas fueron testigos de que ese no fue un día más para ellos.

Abrazados por la naciente noche, regresaron en silencio, cada uno a su lugar,

siendo los mismos, pero muy distintos.

Él: —¿Cómo estuvo tu programa?

Ella: —Bueno, ¿y tu paseo?

Él: —Muy bueno, ya tengo argumento para mi nuevo libro.

Ella: —¿Cómo salió tu equipo?

Él: —Mal, perdimos 0 a 1..., ¿y tu paseo?

Ella: —Muy bueno, ganamos 1 a 0.



FALLO, CARLOS ALBERTO

FIN DE SEMANA DE FIESTA

Este relato está dedicado a todos aquellos hijos de padres separados y, en especial, a la parte de los padres que no les toca vivir con ellos, y que, cuando se encuentran, tratan de disfrutar al máximo todos los momentos.

—Qué suerte que no hace frío —le comentaba Carlos al panadero, mientras compraba una docena de ricas medialunas para el desayuno.

—Quédese tranquilo, seguro que hoy va a estar lindo y templado. ¿Está por salir a pasear? —le preguntó el panadero.

—Sí, voy a llevar a mi hija al zoológico y solo espero que nos toque buen tiempo.

Era un sábado de agosto. Después de desayunar en la casa de su hermana Marta, donde se alojaba cuando venía a Buenos Aires, Carlos iba a pasar a buscar a su hija Sofía, de siete añitos, por la casa de la abuela de ella. Los planes para ese día eran: primero ir a desayunar, después dar un paseo por el zoológico, más tarde darse una vuelta por el shopping y, por último, traer a dormir a la nena a la casa de Marta para llevarla nuevamente a su casa al día siguiente. La cosa había arrancado bastante bien, primero porque hacía buen tiempo, y segundo porque el colectivo de la línea 166, que él tomaba para ir desde Haedo a Flores, había arribado a la parada a horario.

Sofía estaba levantada y ansiosa desde muy temprano, hacía un mes que no veía a su papá y tenía muchas ganas de verlo. Mientras pensaba en eso, suena el timbre de la casa de la abuela:

—Sí... ¿quién es? —preguntó Elvira, la abuela de Sofía.

—Soy yo, doña Elvira... —contestó Carlos.

—Ya salimos —dijo Elvira.

El pasillo tenía unos cuarenta metros; por supuesto, Sofía los hizo corriendo y se paró junto a la puerta de calle que la separaba de su papá. La abuela, que venía más lento, tardó un poco en llegar, y una vez que abrió:

—¡¡¡Hola, papi!!! —dijo Sofía.

—Hola, mi amor, qué linda estás —le contestó Carlos, e inmediatamente Sofía se abalanzó sobre su papá para darle un fuerte y hermoso abrazo seguido de un beso, y también para arrebatarse la bolsa de regalos que tenía su papá en la mano. Ella ya sabía que había una muñeca, unas ropitas y algunas golosinas, pues durante todos los días de la semana anterior habían hablado por teléfono y su papá siempre le adelantaba lo que le llevaría de regalo. Luego de abrir los paquetes, se aprestaron para irse.

—Sofí, ¿tenés ganas de ir al zoológico? —le preguntó su papá.

—Sííí, ¡me encanta la cebra! —le contestó Sofía. Y ya sobre la avenida J. B. Justo, se subieron al colectivo 34.

—Dos de \$ 0,85 por favor —le dijo Carlos al chofer, y se sentaron en un asiento de dos, Sofía junto a la ventanilla y su papá a su lado. Primero Carlos le preguntó cosas relacionadas al colegio y luego, por supuesto, jugaron a los juegos que siempre jugaban; en primer lugar, a tratar de adivinar de qué color sería el perro que aparecería en la vereda mientras el colectivo avanzaba, y después al Veo-Veo. Al llegar, y una vez dentro del zoo:

—Por favor, ¿me vende una bolsa con alimento para los animales? —le pedía Carlos a la vendedora para que Sofía les diera de comer a los animales.

—Papi, vamos a la calesita.

Después de hacer el recorrido clásico para ver a los osos, llamas, ciervos, monos y a las tortugas, llegaron al carrusel.

—Por favor, dos boletos.

A Sofía le gustaba dar dos vueltas y siempre elegía subirse al caballo. Al terminar, siguieron el recorrido para ver a la cebra.

—Papá, vas a ver que me conoce; cuando me vea, viene corriendo.

Carlos siempre pensó que lo que atraía a la cebra era el paquete con comida que Sofía llevaba en su mano, pero una vez tuvo que reconocer que algo de razón tenía su hija, porque un día ocurrió que llegaron sin comida a verla y, cuando el animal la vio, se vino corriendo hasta donde estaba ella.

—Bueno, papá, ahora nos quedamos un rato en los jueguitos y después nos vamos a comer.

La plaza de juegos era la última parada del recorrido.

—¿Qué tenés ganas de almorzar?

—McDonald's, la cajita feliz, vos también comprate una.

Sofía siempre elegía McDonald's por los juguetes de la cajita feliz, y su papá le daba el gusto y compraba dos. Después de almorzar:

—Bueno, Sofía, vamos al shopping. Tomaremos el tren por abajo de la tierra.

A Sofía le gustaba mucho viajar en subte, desde la estación Malabia hasta Carlos Gardel de la línea B de subtes de la ciudad de Buenos Aires. Al llegar al Shopping y después de subir las 3 escaleras mecánicas, llegaban al tercer piso donde estaban los juegos...

—Primero voy a ir a los caballitos ciervos —así llamaba Sofía a un carro tirado

por dos caballos, pero ella decía que eran ciervos y que el carro era el trineo de Papá Noel.

Después de haber jugado en varios juegos, emprendieron el viaje hacia la casa de Marta, donde Sofía se iba a quedar a dormir con su papá. Una vez terminada la cena, Sofía sacaba de su bolso el pijama que le había preparado su mamá y escuchaba los cuentos famosos de su padre: Un día... dos días... tres días... O Había una vez truz... O El gato Andrés... O alguno de terror... Y Sofía se quedaba dormida.

A la mañana siguiente, desayunaban y, luego del almuerzo, se preparaban para volver a la casa de la abuela. Tanto Sofía como su papá, sabían que se estaba por terminar un lindo fin de semana juntos y los dos esperaban que el próximo llegara pronto y que fuese tan hermoso como el que estaba finalizando.

Moraleja: Los momentos especiales hay que tratar de disfrutarlos al máximo.



FANELLO, VÍCTOR MATÍAS

MUNDOS GEMELOS

En algún punto del espacio, hay una estrella, parecida a nuestro Sol, pero a esta solo la orbitan cuatro planetas: Dresox, el más cercano, es un infierno abrazador; Crio, el más lejano, es un gigante gaseoso con un núcleo de hielo que le da un color azul; pero, a la distancia justa, en lo que los científicos denominan “Zona habitable”, hay dos planetas, gemelos, que comparten una misma órbita y se orbitan entre sí, Helium e Hydroxus. Estos planetas, a pesar de ser muy cercanos, al ser sus condiciones geográficas distintas, Helium, con casi la totalidad de su superficie cubierta por cadenas montañosas y ríos de deshielo, e Hydroxus, con muchas islas rodeadas por un océano global, han conducido a la evolución por distintos caminos: en Helium, los seres humanoides desarrollaron alas, y en Hydroxus, estructuras de nado y buceo.

En uno de los planetas, Helium, vivía un niño, llamado Dresandro, de unos diez años. El día de su cumpleaños caía en una fecha muy especial para las civilizaciones de ambos planetas: la Alineación de sus capitales; en ellos no había países, sino una política global. En este día, todos los pobladores de las capitales salen a sus jardines o balcones para ver con un telescopio a los habitantes del otro planeta. Es un evento que dura una noche, cada dos años.

Esa noche, Dresandro enfocó su telescopio hacia Hydroxus, a un jardín en el que había una niña, de su misma edad, que lo miraba a él, como él a ella, y lo saludaba. Dresandro le devolvió el saludo, y vio a la niña entrar en su casa.

Minutos después, ella salió con un cuaderno y lo apuntó hacia Dresandro. En

él se leía: “¿Cómo te llamas?”.

El chico agarró su cuaderno y le escribió: “Dresandro, ¿y vos?”

Acto seguido, la niña le contestó: “Criala”.

Estuvieron escribiéndose toda la noche, y, antes de que la Alineación terminara, Dresandro le preguntó a Criala: “¿Te veré de nuevo?”

Y esta le contestó: “En dos años”.

Ya era de mañana cuando Dresandro entró a su casa y le contó a su madre lo sucedido esa noche.

—Me enamoré, mamá —dijo Dresandro. Estaba en las nubes.

—¿De quién? —le preguntó la madre.

—De una chica que conocí anoche.

—¿Cómo se llama?

—Criala, tiene diez años, como yo.

—Y esta Criala, ¿dónde vive? —preguntó la madre mientras se llevaba una taza de café a la boca.

—Vive en Hydroxus —contestó Dresandro. Esto hizo que su madre escupiera el café, nadie nunca se había enamorado de alguien del otro planeta.

—Pero... solo la vas a poder ver una vez cada dos años —dijo la madre, preocupada de desilusionar a su hijo.

—Y la esperaré con ansias —le respondió Dresandro mientras miraba por la ventana el cielo.

Y así fue, Dresandro pasó los siguientes dos años pensando en Criala y en si ella lo recordaría. Contaba los días en espera de la siguiente Alineación.

Al fin llegó el tan ansiado día, y Dresandro salió al jardín con su telescopio y empezó a buscar a Criala. Encontró su casa, pero ella no estaba. Esperó cuatro horas, y cuando, desilusionado, se disponía a guardar sus cosas, Criala salió. A pesar de que ya habían pasado cuatro horas, el tiempo les alcanzó para recuperar el perdido.

Terminando la Alineación, Dresandro sacó un último cartel. En él se leía: “¿Quieres ser mi novia?”

Criala se ruborizó, pero antes de que pudiera contestar, amaneció, y terminó la Alineación. Dresandro quedó devastado al saber que debería esperar dos años más la respuesta de Criala.

Pasaban días y meses, y Dresandro esperaba.

Y llegó la siguiente Alineación, los dos años más largos de espera habían terminado, pero esta vez era Criala quien lo esperaba a él. Sostenía un cartel sobre su cabeza en el que se podía leer: “Sí”

Esto hizo a Dresandro festejar de la emoción. Al escuchar el alboroto, los padres del chico salieron.

—¿Qué está pasando, Dresandro?

—Criala me contestó la pregunta que le hice hace dos años.

—¿Cuál? —quiso saber la madre.

—Si quería ser mi novia.

—Y... ¿qué te dijo?

—Sí —dijo Dresandro mientras los acercaba al telescopio—, ella dijo que Sí.

—Es bastante linda —dijo el padre—, para ser de Hydroxus, claro.

—Es mucho más hermosa que cualquier chica de este planeta —dijo Dresandro mientras sus padres entraban a la casa.

Habían pasado otras dos Alineaciones cuando el gobierno de Helium anunció la búsqueda de voluntarios para el primer viaje a Hydroxus y, como era de esperar, Dresandro se ofreció.

Tras unos dos meses de preparación, Dresandro y otras dos personas estaban listos para ser enviados a Hydroxus.

Luego del despegue, a mitad de camino más precisamente, pasó otra nave en dirección a Helium. Dresandro trató, en vano, de imaginarse quien podría ir en aquel cohete.

Al llegar, tras dos días de viaje, a Hydroxus, Dresandro inmediatamente fue a buscar la casa de su amada, pero, al llegar, los padres de Crialia le dieron la noticia de que ella también había sido voluntaria para viajar a Helium.

—Entonces... ella estaba en aquel cohete —dijo con el corazón partido.

Esa Alineación la pasaron uno en el planeta del otro.

Para el siguiente viaje, solo Crialia volvió a su planeta. Cuando llegó, Dresandro ya se encontraba esperándola y la llevó a dar un paseo por la playa para ver el atardecer y la Alineación.

Estaban felices: tras diez años, al fin podían tocarse, abrazarse, besarse, viendo el ocaso, él volador y ella buceadora, almas gemelas de mundos gemelos.

En ese momento, Crialia recordó que era el cumpleaños de Dresandro, así que le preguntó:

—Dres, ¿cuál fue el mejor regalo que recibiste en tu vida?

—Mi mejor regalo... —repitió Dresandro pensativo—, mi mejor regalo lo recibí a los diez años, en una noche como esta...

—Y... ¿cuál fue?

—El haberte conocido.



FERRERO, JORGE JAVIER

LA RANA EN EL ARROYO

Qué lindas las tardes de Rosario, con sus viejas casas y los desagües al costado de las calles, que eran como arroyos en donde vivían ranas, caracoles y pececitos que se veían cómo jugaban a través del agua transparente en ese lugar tan tranquilo, en donde la gente apenas los molestaba. Hasta que un día llegó un

chico con ganas de divertirse y pasar un lindo momento; llevaba una caña de pescar formada por la rama de un árbol con un hilo que ataba con un nudito un caracol como carnada sacado de ese lugar.

Allí vivía Solcito con su familia, una rana que todas las tardes salía a nadar y a disfrutar del arroyo con sus hermanos y amigos, inventando todo el tiempo juegos nuevos y haciéndolos participar de las locuras que día a día se le ocurrían.

Solcito: —¿Hacemos una carrera hasta el puente?

Su amigo Pasti: —Dale... el que llega primero enseña al otro como nadar más rápido.

Entre las ranas no existen ganadores o perdedores, solo existe si son verdaderos amigos, el ser compañeros y ayudar a su rival contándole los secretos para ser más veloz, para poder escapar y sobrevivir de los que se las quieren comer y así seguir jugando juntos.

Y llegaron al puente algo agitados, felices, con muchas ganas de seguir jugando... Pero allí estaba Javi, un chico que todas las tardes iba a ese lugar con todo el entusiasmo de pescar una rana y volver contento a su casa; veía como las ranas rodeaban su carnada, pero nunca había podido sacar ninguna. Esa tarde Solcito, después de haber corrido una carrera con su amigo Pasti, le dijo:

Solcito: —¿Nos comemos un caracolito?

Pasti: —Dale... mirá ese rico caracol que está al lado del puente, es tan grande que podemos compartirlo.

Solcito se acercó y mordió con entusiasmo el exquisito manjar; en ese instante, sintió un golpe muy fuerte y fue llevado rápidamente hacia arriba y, sin entender nada, terminó en unas manos que la apretaban fuertemente.

Javi, contento por haber pescado su rana tan buscada, estaba feliz, y la depositó en un tarrito que llevaba a su costado, y allí estaba Solcito... muy triste, encerrada y, desde ese lugar tan oscuro, veía para arriba a una persona muy grande que la llevaba caminando y la alejaba de su hogar.

Javi continuó caminando hasta que se detuvo para ver de nuevo a su trofeo, la tomó entre sus manos y la puso enfrente de su cara, y los dos se miraron a los ojos. No hay idioma entre estas dos especies, pero Solcito, con su mirada triste y angustiada, llegó a comunicarse con él...

Solcito: —Tengo miedo, quiero volver con mi familia.

Javi: —Todas las tardes voy con mi caña de pescar para sacarte del arroyo y siempre te escabulliste... y si ahora te llevo, ya no vas a estar nunca más en este lugar y quiero seguir compartiendo mis tardes con vos...

Sin pensarlo, dio la vuelta, regresó al arroyo y dejó suavemente a Solcito en la orilla, que feliz regresaba su hogar. Ella, con un saltito... llegó al agua. Ya en su ambiente, nadó unos metros y miró para atrás guiñándole un ojo a Javi, y Javi, con su mirada, le prometía pescarla y devolverla enseguida, y así poder seguir jugando juntos todas las tardes en mi Rosario tan querido.

FILIPPI, VÍCTOR MANUEL

LLUVIA

El padre miró con severidad a su hija de cinco años y, tomándola de un hombro, la mirada fija en la de ella, lanzó la reconvencción:

—No está bien que tomes a la ligera lo que te digo; lo que hiciste me apena y me preocupa; sobre todo porque sabías que estaba mal.

Ella prometió no volver a hacerlo y, luego de enunciada la penitencia, reiniciaron la marcha a la largo de la calle barrial. La conducía tomándola de la mano sobre el rumor de los pasos, por las veredas de un Buenos Aires vespertino que amagaba llover.

Él había dudado antes de soltar la regañina, austero en su idea de que luego no podría cambiar de humor durante un buen rato, pero ahora estaba hecho y, aunque sin enojo, se veía obligado contra su deseo a mantener la impostura de padre estricto.

Cabeza gacha, la nena caminaba como contando las baldosas, escudriñando de reojo y de a ratos la actitud paterna.

Pasaban los minutos y pasaron casi dos cuadras sin decirse palabra el uno al otro.

Al rebasar una de las esquinas, ella dijo con timidez:

—Papi... sabés que me di cuenta de una cosa...

—¿Qué cosa? —respondió él, aliviado.

—Que es cierto lo que dice esa canción que cantamos a veces los dos juntos.

—¿Cuál de ellas?

—La que dice que cuando uno sonríe sale el sol, pero que si uno llora atrae la lluvia.

—¡Ah, sí!... Esa canción.

—Sí. ¿Viste que hace un rato había sol?

—Ahá.

—Bueno, después que te pusiste triste, empezó a nublarse en seguida, ¿te diste cuenta?

Fiel a su fingimiento, el padre no añadió palabra. “No puedo aflojar ahora”, pensaba, convencido de que su sacrificio era absolutamente necesario.

Una cuadra más adelante, la niña, ciñendo con ambas manos la diestra paterna, se detuvo bruscamente para decir en tono de súplica:

—Papi, por favor, ¿podemos tomar un taxi? No quiero que esta lluvia me toque ni con una sola gota.

GARCÍA GARACCILO, FRANCO

SU DULCE MIRADA

Esa noche la lluvia caía sin pudor destrozando todo a su paso. La baja temperatura y el viento agrietaban mi rostro como un niño que, por capricho, decidió sumergirse en el mar demasiado tiempo. Volvía para mi hogar, arruinado, con toda esperanza perdida -fruto de la ardua jornada laboral-. Cuando de repente, en ese ambiente nostálgico, por casualidad, vi su figura reflejada en un gran charco a pocos metros de mí. Fijé la vista para entender mejor.

Ella reposaba tristemente en un pequeño escalón. Su dulce mirada se escondía detrás de los ojos marchitados y el rímel corrido por el llanto.

¿Qué hacía ahí?

No lo pude resistir, detuve mi paso y contemplé la amarga escena sin pensarlo. ¿Qué le habría pasado? La ternura que me causaba verla no se podía comparar. Era increíblemente frágil, me provocaba protegerla y cuidarla por siempre. Qué idiota, ¿verdad? Pero dicen que esas cosas pasan, el amor llega y abre la puerta de tu corazón como si fuese su propia casa.

Tímidamente me acerqué para admirarla mejor. Estaba desabrigada, empapada, y temblaba por el frío. ¿Qué debía hacer yo? No podía dejarla ahí sola, llorando y congelándose. Si hubiese sido mi decisión, la hubiese invitado a mi casa en calidad de huésped permanente. Pero no pude hacerlo, mi propia sensatez y la realidad cayeron de golpe frente a mis ojos.

De nuevo, cobardemente, me fui aproximando hacia donde se encontraba mi repentino afecto, quien me había deslumbrado como una antorcha en esa cruel y gélida noche. Me quité el abrigo y, con una extraña combinación de precaución y osadía, se lo coloqué entre los hombros.

Aunque sorprendida de lo sucedido, entendió mis intenciones al instante, y esbozó una pequeña sonrisa para darme las gracias.

Eso fue suficiente. La magia de su expresión, por un momento, me hizo pensar que había vivido solamente para verla. Cada momento pasado, cada vez que sentí que ya no aguantaba más, había valido la pena y quedado en el olvido. Todo en un instante.

Seguí mi camino sin pensarlo, inconforme por no dirigirle unas palabras, pero satisfecho por el resultado.

Sé que es difícil comprender que un sentimiento tan fuerte nazca de esa forma, pero prometo que fue así como sucedió, en pocos segundos. En serio.

¿Qué si la volví a ver? Lamentablemente no, recorrí ese camino muchas veces más, pero jamás apareció. Aun así, me encuentre donde me encuentre, si la tormenta está presente, sigo buscando su silueta entre las calles oscuras, esperando algún día volver a encontrar esa sonrisa.

GIRALDO LÓPEZ, MARÍA ESTHER

¡¡CARTA A MI PADRE, EL PEƢCADOR QUE EN EL CIELO ESTÁ!!

Papá, mi José Román, haré que los peces salgan de la oscuridad para buscar tu figura de la luz y darte la noticia de mi boda, haré que te digan junto conmigo “Te amo, papá”, acompañándome con el estallido de las burbujas. Haré que te digan que me perdones por no haberte acompañado a tu última morada y despedirte para tu llegada al cielo. ¡Ay, qué dolor tan inmenso no haber podido verte por tantos años! Saber que te fuiste para siempre sin una mirada, sin darte un abrazo, un jalón de pelo como acostumbraba hacértelo cariñosamente. Aun así, papá, tu alma guerrera la llevo en mí, tu sangre está en mí. Quiero que sepas que siempre te he admirado y aún admiro lo que fue tu lucha a favor de los derechos humanos.

Papá, te dirán que me casé con el amor y la libertad. Que tu pronóstico al encontrarnos, después de un mes de tu muerte, una parte ya se ha cumplido. Y que toda tu otra profecía que me dijiste con la mano izquierda, poco a poco, se está haciendo realidad. ¡Lo lograremos, papá!

Increíble: yo pensaba que eras diestro y, después de tu muerte, me di cuenta de que eras zurdo; mi madre lo confirmó. Nadie lo sabía, excepto ella y, obvio, tú; ni lo sospechábamos, pues siempre escribías con la mano derecha.

Recuerdo, padre, que cuando te vi estaba despierta, eran las 10 am, no me asusté, pues esperaba tu llegada.

—No llores más, m’ija, por mi partida. Estoy bien y muy orgulloso de ti. Serás grande y te vendrán cosas muy buenas y maravillosas, aunque pasarás una prueba muy dura. Te quiero. Ahora, déjame partir.

Te cuento, papá, que aunque casi me muerdo del impacto, del susto, pudiste ver que reaccioné rápidamente y desde ese día dejé de llorar de dolor por tu partida, pues así te lo prometí y lo he cumplido. Mi corazón ha revivido, me quitaste un peso de encima y superé el ánimo después de tantos días postrada en una cama por la tristeza, la depresión de no haberte abrazado por última vez aunque estuvieras ya sin vida, pero lleno de luz y esperanza para mí.

¡Ahhh!, qué alivio para este cuerpo padeciente y atormentado, qué ánimo para mi fuerza perdida, que bella veo ya la naturaleza... ¡Qué bello que eres, padre, que bello que eres, Dios! Si supieras la paz que siento en este momento, qué rico que es soñar de nuevo, qué lindo que es amar, qué gusto se siente al estar en paz consigo mismo, con los demás, con la naturaleza y con Dios. Sí, el que ama y el que sueña me comprenderá.

Papá, ayúdame para no perder mi potencialidad, ni mucho menos este poder captar esta dimensión desconocida que me hace seguir y luchar por mis metas, y me refuerzan la fe para seguir de pie ante esta realidad aún desconocida y así convertirme en el espejo de lo que sucede en mi mente, al hacerlo todo una realidad.

¿Qué haré sin ti? ¡No te irás! Pues, cada vez que te recuerde, surgirán nuevas y espontáneas sonrisas, al recordar cada vez que llegabas de viaje a la casa con tu carro, “la bolita”, así como le decías, lleno de pescado y, al verme llegar corriendo casi siempre hacia ti, exclamabas:

—¡¡Ahí viene esa loca a joderme la vida!!

Pero, a su vez, a carcajadas, siempre me recibías con los brazos abiertos al lanzarme sobre ti para abrazarte, besarte y decirte: “¡¡Te amo, pa’!!”, “¡¡Que bueno que llegaste, pa’!!”, “¡¡Soy feliz, pa’!!”

Este poder sagrado de mi simple palabra te invita y te exalta a ti, que ahora lees esta carta, para que te atrevas a decirle a tu padre, si aún lo tienes vivo, que ¡¡lo amas!! ... No permitas que nada ni nadie te impida hacerlo ahora que puedes. ¡Hazlo! ¡Te amo, pa’!



GOVIRAN, MARCELO

NUESTRO ESPÍA EN SANTIAGO

Julio Linares, sobrino predilecto del Secretario de Relaciones Exteriores en el Gobierno del General Julio Argentino Roca, de quien es muy amigo, y con algún tipo de presión por parte del Secretario, el joven Linares, lleva como primer nombre el del Presidente de los argentinos.

Bajo el ala de su tío, Julio, brillante abogado, ingresa en el servicio exterior, donde comienza una exitosa carrera, tal es así, que logra que se lo destine a la embajada argentina en Santiago de Chile, como Agregado Cultural.

Además de ser un excelente profesional, Julio cuenta con una personalidad seductora, y su varonil presencia hace que al poco tiempo en que se mueve dentro del jet-set de Santiago, las damas de la alta sociedad cuenten con su presencia para dar brillo a sus reuniones.

Acorde a las instrucciones que ha recibido de su tío, Julio ha armado una suerte de sistema de espionaje propio, ya que el de la embajada no funciona adecuadamente, y en Buenos Aires se necesita información de primera agua. En ese preciso momento, Chile, Perú y Bolivia están por desencadenar una guerra, que puede arrastrar a la Argentina, y el procedimiento de investigación que debe manejar Julio debe ser eficiente y, sobre todo, fehaciente. Las fuentes de información deberán ser irrefutables.

En Argentina y en Chile, hay dos corrientes: una belicista y expansionista, liderada por Estanislao del Valle en Buenos Aires, y su contrapartida en Santiago, conducida por Adolfo Ibañez y Amunastegui, creando un clima belicista en el cono sur.

Estas estrategias llevan a los gobiernos a una fuerte carrera armamentista, y la

información de las adquisiciones bélicas que hacen es remitida urgentemente y al detalle a Buenos Aires. De tal manera que ninguno de los gobiernos que eventualmente puedan participar en un conflicto sean sorprendidos por un poderío mayor al propio.

Con tal propósito, Julio está en contacto con una de sus amantes, con quien desde hace tiempo mantiene una apasionada relación amorosa.

Ella, casualmente, es la esposa del Secretario de Relaciones Exteriores de Chile, y tiene acceso a una valiosísima información para Julio, que es bien aprovechada por él.

Ella le comenta que los bolivianos pretenden cobrar un canon sobre el transporte que Chile hace por medio de su ferrocarril desde Atacama al puerto de embarque. El nitrato y el guano, que es utilizado en Europa como fertilizante, es un excelente negocio para Chile, y estos se niegan terminantemente a pagar. Bolivia, en represalia, les quita la concesión y manda a remate todas las instalaciones. Al mismo tiempo, Julio se entera de que al día siguiente, y para impedir el remate de los bienes de la CSFA, fuerzas militares chilenas han de invadir la región sin resistencia alguna, ya que todos los pobladores, en su mayoría, son chilenos o europeos. Esta valiosa información es remitida con urgencia a Buenos Aires, ya que esta acción estará cambiando el balance de la región, pues Bolivia se verá envuelto en una acción bélica y será el fin de su libre salida al mar.

Esta actitud por parte de los chilenos obliga a Bolivia a denunciar el pacto de asistencia recíproca con el Perú, y Chile les declara la guerra a ambos.

Los tres países se ven involucrados en el conflicto llamado La Guerra del Pacífico, La Guerra del Salitre o La Guerra del Guano.

En el interin, a Julio le confirman, esta vez por medio de otra de sus queridas, en este caso la mujer del Cónsul de la Embajada de los Estados Unidos, que tanto Perú como Bolivia han firmado un tratado secreto de asistencia bélica en contra de Chile.

A su vez, la idea es convencer a la Argentina de que se una al pacto en contra de Chile, y en tal caso Perú, como compensación, cedería una área sobre el Pacífico al nivel de la provincia Argentina de Salta.

Para colmo de males, se presenta un serio problema entre los EEUU y Chile, a raíz de la muerte de dos marineros estadounidenses del crucero Baltimore, que estaba anclado en el puerto de Valparaíso. Los diplomáticos de los EEUU asumen que sus tripulantes estaban bajo protección de los gendarmes chilenos. El cuerpo diplomático de Chile hace mención a que estos salían de un cabaret totalmente borrachos y que fue una simple reyerta entre parroquianos.

De todas maneras, Julio debe informar a Buenos Aires, que por información muy confidencial (... de la mujer del Cónsul de los EEUU, que por una razón de recato, no lo menciona específicamente), los americanos están dispuestos a declarar la guerra a los chilenos en la medida en que no se reciba una disculpa diplomática acorde, y como indemnización, los EEUU podrían ocupar los sali-

trales del desierto de Atacama, como así también el puerto lindante.

Al saberse en Buenos Aires, el canciller Zeballos aprovecha su carácter belicista y declara que la Argentina estaría dispuesta a ofrecer a los EEUU alimentos y víveres en el caso de ocupar el puerto de Atacama, los que serían canalizados desde Salta, como así también facilidades en el puerto de Buenos Aires. Ante todos estos episodios, los chilenos ofrecen sus disculpas a los Estados Unidos y el tema con los Estados Unidos se calma.

No obstante, la Guerra del Pacífico aún no estaba concluida, y Chile, que en definitiva gana el conflicto, tuvo plena posesión de la zona que pierde Bolivia, es decir, el desierto de Atacama. A su vez, Perú pierde la ciudad de Arica y la región de Taracapa. Son finalmente incorporadas al vencedor, cuando finaliza la guerra.

En el mientras tanto, Julio mantiene una vida social muy intensa; el tema que lo mantiene muy ocupado es respecto a los avances de la compra de material bélico por parte de Chile siguiendo la orientación del General Roca, en cuanto a que “si Chile compra un barco, nosotros compraremos dos”. La tercera amiga de Julio es una dama de la alta sociedad chilena, donde ya se rumorea que hay algo de romance, y es tiempo de que Julio, cerca de los cincuenta años, se llame a sosiego, más teniendo en cuenta que su novia se encuentra en un inconfundible estado de embarazo.



JORGENSEN, OSVALDO ALBERTO

HABÍA UNA VEZ UN CASTILLO

Mis largas caminatas por los caminos que mi espíritu aventurero me inducía a seguir, a través de distintos países del Continente Europeo, me habían llevado esta vez a un país llamado Italia, donde el cielo es más azul y luminoso y donde el mar es más sereno.

Caminaba esta vez por los campos de Bolzano, cuando de pronto me encontré ante la imponente figura del primer Castillo que veía en mi vida, que, desafiante y majestuoso, severo y cargado de siglos, se erguía ante mí. Me enteré de que se trataba de una Fortaleza del año 1194, conocido como el *Castell Mareccio*.

Algo aconteció entonces en mi interior, como si secretas compuertas hubieran sido abiertas de pronto para dejar pasar recuerdos escondidos de mi lejana infancia. Volví a sentirme niño... a corretear por el único lugar del mundo donde la Realidad había sido superada: el Reino de la Fantasía...

¿Cuántas veces había imaginado que era un Caballero Andante? ¿Cuántos Castillos inexpugnables había atacado para liberar a Princesas Encantadas prisioneras en sus altos torreones?... ¿En cuántas batallas había enfrentado a Re-

yes y Magos poderosos creados por mi mente febril?. Soñé otra vez mis fantasías de niño y volví a viajar por esos insospechados lugares donde todo era a mi medida y donde el color y las formas exhibían mi misma radiante alegría. Pero... ¿cómo habían sido en realidad esos lugares seis, siete u ocho siglos atrás...? ¿Sus callejuelas, sus casas, su vida espiritual y la vida en el interior de esos Castillos, con habitaciones como las de la fortaleza que tenía ante mí, con maravillosos frescos con símbolos bíblicos y heráldicos?

Para saberlo, recordé que solo bastaría que pronunciara las palabras mágicas que me llevarían a ese momento tan particular de la Historia. Mundo mágico y maravilloso de los castillos: ¡habéis vuelto a hablarme desde lo más profundo de los Siglos, haciendo realidad mis sueños infantiles!

Ya no soy un niño, pero mi corazón sigue creyendo en ese Reino de la Fantasía que he recuperado al contemplar la figura del Castillo de Mareccio y de los muchos más que fui descubriendo en mi largo caminar por este país maravilloso, parte de ese mundo de mi infancia que había creado con mi imaginación y la lectura de tantas aventuras maravillosas salidas de las páginas de mis libros de cuentos...

Pero, para que el sortilegio no se rompa, debo cerrar la pesada puerta de mi Imaginación que me comunicó con este país de las Maravillas, preservando así, detrás de ella, las ciudades amuralladas, sus imponentes Catedrales y la beatitud de sus Claustros religiosos, sus Caballeros Andantes y sus Princesas Encantadas.

Allí quedarán por toda la Eternidad, esperando que otros espíritus sensibles vuelvan a sentirse niños y pronuncien las mágicas palabras que abrirán una vez más esa pesada puerta para que también ellos queden deslumbrados por todas las maravillas del mágico mundo de estas Fortalezas.

No las olviden jamás, y guárdenlas para siempre en lo más profundo de sus corazones, para que, cuando sientan la necesidad de disfrutar nuevamente del goce de ese período tan hermoso de nuestra niñez, puedan pronunciarlas una vez más:

¡HABÍA UNA VEZ UN CASTILLO...!



JURBERG, SILVIA

EL DUENDE DEL ÁRBOL

Érase un bosque, plateadas hojas cubrían las ramas que brotaban de cada tronco que había crecido de cada raíz plantada hacía más de un siglo.

Los pájaros buscaban reparo en su sombra, encandilados por tanto brillo, y descansaban hasta la caída del sol sobre un horizonte que nunca alcanzaban con sus alas.

A la misma hora de su partida, él salía de su cueva.

La había construido hacía mucho tiempo atrás en el tronco de un viejo y fuerte palo borracho. Solía dormir de día y deambular durante las noches. No siempre había hecho esto. Antes había sido obrero de la construcción.

Solía construir cuevas muy seguras para aquellos que se lo pidieran.

Hasta que una vez llegó a él una jovencita que le rogó le construyera una cueva para ella y, en lugar de irse y regresar cuando estuviera lista, se sentó sobre un trozo de tronco viejo y seco y lo observó día tras día.

De Sol a Luna, logrando ser la primera testigo de una obra casi perfecta.

El tercer día, mientras “el duende del árbol” -ese era su nombre- cavaba con cuidado, le preguntó si no tenía otra cosa para hacer mientras él terminaba la construcción; ella le había respondido que no.

— Estoy sola, ¿qué otra cosa podría estar haciendo que no fuera mirar cómo estás haciendo mi casa?

El duende del árbol no supo qué responder en ese momento y continuó con su tarea.

Al quinto día, la cueva, el futuro hogar de la joven, estaba casi terminada, y ambos descansaron sentados sobre el tronco en el que solía sentarse ella.

El silencio de las palabras fue reemplazado por el sonido casi metálico de las hojas al rozarse cuando la brisa las agitaba, sonando como pequeñas campanitas.

Esa misma tarde, le entregó una llave de madera tallada que abriría la puerta de su nuevo hogar. Se despidió y desapareció por el camino.

Esa noche no le fue fácil conciliar el sueño. Se había quedado pensando en la respuesta de la jovencita, porque él también estaba solo.

Siempre construyendo para otros y, al regresar a su cueva, nadie lo esperaba. Seguramente había muchos otros como él o como ella.

Y mientras cansado se durmió, encontró un nuevo trabajo.

A partir de entonces, cada día, con su sombrero y un arco fabricado con caña y flechas de azúcar, recorría el mundo buscando solitarios y solitarias que andaban deambulando buscándose y no lograban encontrarse.

Tímido, la primera noche logró dispararle su flecha de azúcar a un joven que estaba leyendo en el subte y a una señorita que subió en la anteúltima estación del recorrido. Satisfecho, al amanecer, regresó a su cueva y durmió como hacía mucho tiempo no lograba hacerlo.

La segunda noche, más confiado, se atrevió a disparar cuatro flechas de azúcar y luego volvió a dormir.

Cada día, el duende del árbol salía a buscar solitarios para lanzarles sus flechas de azúcar y feliz regresaba.

Ya no le bastaban lugares cercanos y poco a poco dejó de dormir durante el día para viajar, así en la noche cumplía su misión.

Cada vez tenía que proveerse de más flechas que él mismo fabricaba y, al terminar de hacerlas, se chupaba los dedos uno a uno comiéndose el azúcar que en ellas quedaba pegada.

Tanta azúcar de amor había chupado, que el duende del árbol no tiene edad; con tanta dulzura logró mantenerse joven, tiene algunas canas en las sienes que él dice que son por todo lo aprendido.

Una noche, el duende del árbol salió como las demás con sus provisiones y buscó el lugar exacto para cumplir con su trabajo.

Al cabo de unas horas, había disparado todas las flechas que llevaba consigo y eso que fue la noche que salió más cargado.

Miró hacia el cielo y lo vio tan maravilloso que no quiso irse a descansar; entonces, se dedicó a pasear por lugares por los que nunca había estado.

Enamorado del paisaje, del perfume, del color, no se dio cuenta cuando una flecha de azúcar lo había pinchado a él disparada desde el arco de un colega al que no conocía.

Continuó su recorrido y de pronto se encontró sentado en la rama de un árbol, que se remojaba en un frío río transparente.

Todo era perfecto, el agua del río traía una música suavecita, las luciérnagas danzaban en su entorno provocándolo, y en el único instante en que se sintió solo, ella estaba de pie frente a él, mirándolo.

Los ojos descubrieron pensamientos que sólo ellos podían leer y entrelazaron sus dedos para no soltarlos nunca jamás.

El duende del árbol ya no salía a disparar sus flechas de azúcar y muchos solitarios y solitarias se quedaron esperando que algún día regresara porque no podían encontrar lo que buscaban, y él era el único que había podido hacerlo por ellos.

Hace mucho tiempo de esto y ya no queda lugar para más solitarios ambulantes; lástima que el duende del árbol no los ve, está demasiado ocupado siendo feliz y parece hacerse el distraído.



KAPLAN, SILVIA

ACUARELA

Prepara el café como si fuera lo más importante en su vida; el de hoy, ahora, necesita el sabor justo que, como caricia, recorra su adentro, y precisamente después de emparar la almohada de la noche, la que, cual plumas, escapa por la ventana entreabierta. El insoportable cansancio la traslada hacia las estrellas, las que se niegan a dormir y parpadean al ritmo de sus ojos enrojecidos, y luego, como continuidad, hacia los primeros rayos del sol que intentan atemperar lo que sea necesario.

El primer sorbo permite quedarse en el silencio que llega desde el taller, en donde él permanece obsesivamente con sus pinturas y su trabajo de pseudoar-

tista. Nunca ha podido entender ni comprender los resultados de sus tantas horas, encerrado para terminar con algo que siempre la asusta. En todo momento la misma sensación, reiterada y repetida, esa locura de quizás un genio o la locura simple de un hombre loco, su hombre, al que ama y, a pesar de todo y de tanto, tal vez demasiado.

El rojo inicia la canción de la tela en el bastidor, hasta que el azul también se anima a mostrar su presencia. Entre los dos dan vida al violeta y, pincelada tras pincelada, una mancha comienza a bailar tímidamente. Aparece el amarillo y junto al rojo acomoda rítmicamente algunas naranjas, las que vibran en los verdes, y la canción sin música y sin letra se llena de notas multicolores. Una mancha que pretende ser mucho más y recién empieza. Las luces de color se superponen formando tonos más claros, los pigmentos mezclados forman tonos más oscuros y la naturaleza artística se fusiona en tradicional y empírica, colores vivos desde el rojo hasta el fucsia, pasando por los naranjas, amarillos, verdes, azules y violetas; los colores oscuros desde el granata hasta el color vino pasan por los marrones y los verdes y los azules, los agrisados desde el lacre hasta el fandangó, y los claros desde el coral hasta el rosado. Nada falta. Todo está presente.

En el sillón hamaca de la abuela que partió hace demasiado tiempo, la que la abraza como cuando era niña, se permite otro sorbo para el recuerdo distraído en el compás que él silba, esa extraña melodía, y la que se fusiona con el ronroneo del gato que se acurruca entre los pies descalzos.

Vuela una estrella para entretenerla en la sorpresa del parque, un rayo de sol la ilumina, ahí, en la distancia justa de su mirada, y se queda observando con curiosidad.

Alisa suavemente sus blancos cabellos que saben caer, aun en volteretas, sobre los jóvenes hombros. Desarruga el vestido, igual de blanco, el que cae cubriendo como con vergüenza su estilizado cuerpo, perfecto, tenso, sin sangre en las venas, frío de amor. Parpadea para quitar el largo sueño de días sin dueño. Mira los zapatos como para no lastimar los pies en el largo camino que se ha propuesto intentar caminar. Bosqueja una sonrisa para sonrojar las mejillas y comienza a bajar, despacio, cada escalón, ocultando sabiamente la prisa de una posible y buscada aventura.

Es la primera vez, después de tantos años, que se obliga a algo diferente, distinto de ese dejar de ver pasar a su lado la vida: se propone vivirla ella misma.

Mientras tanto, detrás de la puerta sin falsedades, rosas y celestes dibujan como al descuido un cielo sin tormenta y nubes traviesas. Con el violeta crecen las flores lilas que, al borde de caminos color de tierra descolorida, apenas dejan al negro señalar las sombras grises del día con olor a olvido. La paleta aquietta un instante la ansiedad de un arco iris de oscuros y claros. El pincel, bailando nuevamente sin temor sobre la tela, da lugar a un campo imaginado de techos y chimeneas, sembrados, un pequeño lago, árboles y algunas flores de regalo. La mancha ha dejado de existir.

Termina su café comprobando al mismo tiempo que ya no está nerviosa. Empapándose de olor a pasto recién acariciado por la luna o el sol, no lo sabe con certeza, pero que es cómplice, recoge una flor entre los dedos, se halaga con perfume fresco. Espera detrás del árbol el largo beso de enamorados, necesita recordarlo y, en puntas de pie, se acerca al mismo banco, para sentir entre las manos el calor del amor que han dejado. Se sienta junto al lago y una piedra, convertida en eco, la dibuja junto al viento cual espejo.

Algunas voces extrañas la asustan y, olvidando el temor junto al trino de un pájaro, sigue, ambos muy cerca, porque es igual a ella, una soledad... Cruza el parque un piropo que la obliga a mirarse con coquetería, al encontrarse en el reflejo de una vidriera un poco iluminada. Camina por la vereda al compás de luces y de estrellas, o tal vez aquel silbido que recuerda. Risas de patota la alejan para pisar otras baldosas con el mismo sudor de la pesada lluvia y, por calles abandonadas, recorre caminos sin encontrar respuestas.

El gato ronronea mimoso cuando descubre sentimientos trasladados con tiempo, sin prisa, mezcla de tristeza y alegrías. En igual tiempo, los reflejos del sol en las aguas en calma lo empapan de amor y sensaciones extrañas. Se queda mirando y sus manos, sin saberlo, apoyan la paleta y el pincel en la mesa de madera. Sonríe y comienza a caminar. Sigue caminando en dirección a su tarea. Sin la prisa del pasado, y dueño de una ruidosa carcajada, ya forma parte de su propia obra.

Las seis campanadas de la vieja iglesia la obligan a recorrer la vuelta. Se alisa el cabello para recuperar sus volteretas, desarruga el vestido ahora sin vergüenza, parpadea para evitar el sueño, limpia la sombra de los zapatos, y sube, cada escalón, por el mismo lugar que bajó al comenzar la noche o al terminar, no importa recordarlo. Ahora el sol ilumina su estilizada figura, y el pájaro solitario se posa sobre sus jóvenes hombros para besar la silenciosa estatua del parque.

Entra corriendo, repite el nombre de su hombre, asustada por la brisa que abre de golpe la puerta del taller. No lo encuentra. Se queda mirando, extasiada, la belleza del cuadro. Por primera vez, comprende y entiende la locura del genio, ya no recuerda la locura de su hombre loco.

Mientras se enfría el nuevo café del día, cuelga en la pared de su habitación la obra, justo frente a la cama de tantos encuentros y regaños. Sonríe. Afuera ya no llueve y empieza a esfumarse el olor a tierra húmeda.

La melodía continúa en el silbido. La estatua del parque ha desaparecido. El gato acomoda su larga y suave cola, y se queda dormido.

LOVINO, PAULA

EL AMOR Y SUS VICISITUDES

Está la campana sonando, se ve llegar a la novia, todos emocionados sacando fotos y recibiendo a ella; todo iba bien, hasta que una niña se da cuenta de que el novio no está. Empezaron a desesperarse, la novia se había largado a llorar, hasta que en un momento se desmayó. La madre del novio lo llamaba por teléfono, pero le daba el contestador, los invitados empezaron a suponer que el novio la había dejado, que se había ido con otra mujer, y muchas hipótesis más...

Hace seis meses, Matías se estaba preparando para proponerle casamiento a Sofía, había puesto en una rosa el anillo de compromiso y había preparado una hermosa cena. Llamó a Sofía y le dijo que, cuando terminara de trabajar, fuera a la casa de ellos porque él no se encontraba bien para salir a comer, ella aceptó y, apenas terminó de trabajar, se dirigió a la casa. Mientras tanto, Matías ya había puesto la mesa, en ella unas velas, y en un florero, acomodado las rosas. Al llegar Sofía se sorprende y muy emocionada abraza a Matías; en ese momento, ella no sospechaba nada, creía que era una cena para festejar sus ocho años de novios.

Terminada la cena, él le acerca las rosas y le pregunta si no ve algo raro, ella mira y al ver el anillo sonríe y llora de la emoción; Matías se le acerca y le dice: —¿Te quieres casar conmigo y formar una familia juntos, mi amor?

Feliz y segura, ella acepta.

Ya desde ese momento, comienzan los preparativos para la celebración. Van en busca de salones, decoradores, eligen juntos los centros de mesa, suvenires, torta, mesa dulce, música y todo lo necesario para que su boda sea perfecta.

Pasa el tiempo y cada vez falta menos para su día tan deseado; Sofía va a lo de su modista para ver los últimos retoques de su vestido y Matías ve lo de su traje; ya estaba todo listo, ellos decidieron que el día de la boda no se verían hasta el momento en que se encontraran en el altar. Todo iba a ser perfecto.

Al despertarse Sofía de su desmayo, pregunta desesperadamente por Matías, sus familiares que estaban ahí presentes le dicen que todo está bien y que no se preocupe ahora, que descanse y que, cuando vuelva a despertar, ellos le contarán bien lo sucedido. Sofía comienza a desesperarse, su ritmo cardíaco empieza a acelerarse, pide a gritos que llamen a Matías. En ese mismo instante, vienen corriendo las enfermeras para calmarla y agarrándola entre los familiares presentes, logran colocarle un sedante. Sofía se iba tranquilizando poco a poco, sus pulsaciones volvían a normalizarse, apenas podía mantener sus ojos abiertos y con mucha fuerza pudo ver su vestido de novia colgado en una percha frente a ella, logra observarlo con mucha nostalgia unos segundos hasta que se queda dormida.

Al ver que se encontraba dormida, sus familiares comienzan a hablar entre ellos y se preguntan que le habría pasado a Matías; mientras hablaban, les sur-

gió una gran pregunta: ¿cómo le podían contar a Sofía sobre lo sucedido? Ya que ella no podía alterarse.

Mientras tanto, en la ciudad, ya se estaba buscando desesperadamente a Matías; se preguntaba casa por casa, ciudadano por ciudadano, si alguien tenía alguna información que los pudiera ayudar. Lograron encontrar a una persona que lo había visto por última vez en la ruta 17 conduciendo su auto junto con un acompañante, y que aclaró que no pudo identificar de manera certera el sexo de este.

Al obtener esta información, la policía comienza con operativos en esa ruta que se encuentra en las afueras de la ciudad, en un espacio descampado. La intención era poder encontrarlo y entender lo sucedido.

El rumor corría rápido sobre la pequeña ciudad, se empezó a decir que “la había hecho cornuda”, que él “siempre había sido infiel”, entre otros rumores más.

En la sala del hospital, Sofía comienza a despertarse y vuelve a preguntar por su futuro esposo; sus familiares, dudando, le dicen que está bien y que había tenido un pequeño desmayo por los nervios, que se había ido a la banquina cuando iba para la iglesia, pero que justo una vecina lo vio y enseguida llamó a la ambulancia. Sofía, preocupada, interrumpe el relato y le pregunta desesperadamente cómo se encontraba Matías, si se había lastimado mucho y dónde estaba. Contestan que se tranquilice, que él estaba bien y que solo le estaban haciendo unos controles para asegurarse de que todo estaba en orden y que, cuando terminaran, vendría a verla. Cuando terminaron de decir eso, entra el médico y les pide que se retiren un momento para poder hacerle los chequeos a Sofía, los familiares aceptan y salen de la habitación.

La madre de Matías se dirige hacia la casa de los futuros esposos y logra observar que el auto de su hijo se encontraba en el garaje; entonces, llama inmediatamente a la comisaría y comunica lo que pudo observar, la policía le agradece la información y comienzan a comentar entre ellos y a sospechar de la persona que les había dado la información errónea.

Comienzan la investigación sobre aquello, quién era, si tenía alguna relación con la pareja, algún antecedente, entre otras cosas. Descubren que esta persona fue ex novio de Sofía y que se encontraba bajo tratamiento psiquiátrico. Inmediatamente, llaman a la madre de la chica y le preguntan si conocía a esa persona y si sabía dónde la podían encontrar, ella les dice que sí y les pasa la dirección de la casa, preocupada les pregunta si había sucedido algo y si tenían alguna novedad de su yerno, le contestaron que no se preocupara, que todavía no tenían nada claro, pero que, cuando tuvieran información precisa, se comunicarían con ella.

Desde ese instante, la policía se dirige hacia la casa de este y comienza a hacerle algunas preguntas y, mientras se las realizaban, se dan cuenta de que se encontraba nervioso e indeciso. En ese mismo momento, reaccionan y deciden recorrer la casa.

Sofía estaba siendo dada de alta, su familia la lleva a su casa para que espere ahí hasta que le den el alta a Matías. Al llegar a la casa, logra ver el auto de su futuro esposo y comienza a sospechar, pero decide no decir nada.

En la casa del ex de Sofía, logran encontrar a una persona atada de pies y manos en una silla, con una cinta en su boca. Cuando comienzan a desatarla, el secuestrador trata de huir, pero logran atraparlo y confirmar que esa persona que estaba atada era Matías.

Lo llevan a la jefatura junto con el secuestrador y, mientras tanto, llaman a sus familiares para informarles que lo habían encontrado, que se quedarán tranquilos, que estaba en buenas condiciones y que, cuando terminaran de investigar lo sucedido, lo llevarían a su casa. Al cortar la llamada, la madre le explica a Sofía lo sucedido con Matías.

En la comisaría se interroga al secuestrador y se llega a descubrir que este sujeto no había aceptado la separación con Sofía y, mucho menos, la nueva pareja de ella. Por eso decidió secuestrar a Matías en el momento en que se estaba preparando para ir a su boda. Lo durmió, lo llevó a su casa, lo ató a la silla y salió a la calle para darle la información falsa y mantener alejada a la policía de la ciudad; así lograría cargar a esta persona atada a su auto y tirarla viva al río Trico que se encontraba allí cerca. Los policías, sin rodeos ni dudas, lo encerraron en la cárcel para que esperara allí su sentencia.

Matías por fin va a su casa, donde pudo encontrarse con su futura esposa y su familia, que lo estaban esperando con mucha ansiedad.



MARCÓ, JUANA

LA NATURALEZA

La Vida y la Muerte siempre fueron grandes amantes, aunque tuvieron grandes problemas por este amorío; la Vida siempre se llevó los elogios, mientras que la Muerte siempre fue muy temida y odiada por todos los humanos, únicos seres conscientes de su muerte.

La Vida traía felicidad a las familias al traer a la vida pequeños bebés, pero la Vida era consciente de que ella traía seres para entregárselos a su gran amor, la Muerte. Esta los recibía con gran amor, los cuidaba eternamente en su gran hogar, aunque le dolía horribilmente ver como los seres la miraban cuando se aproximaba a ellos, presintiendo que su momento de partir ya estaba llegando. La Muerte sabía que luego los seres que ella se llevaba eran felices y estaban tranquilos en su morada, pero los seres cercanos al recién llevado sufrían muchísimo, extrañando y sintiendo que sufriría más en las tierras de la Muerte que en las de la Vida.

La Muerte estuvo muchos años molesta con su amada, la Vida, ya que ella era

felicitada, pintada como la más hermosa y buena, mientras que la Muerte era sombría y malvada, y era todo lo contrario: la Vida traía al mundo seres para sufrir, para que vivan el desamor; también eran felices, pero por poco, en cambio, la Muerte los llevaba a sus tierras donde nada les afectaba y cuando sus parejas también morían, podían estar eternamente juntos, disfrutando de la tranquilidad que en esos lugares había.

Quienes también sufrían así eran el Cielo y la Tierra. Ambos estaban enamorados, pero no podían estar juntos, porque, al igual que la Vida y la Muerte, no podían acercarse sin causar una destrucción total del planeta.

La Tierra solo podía acercarse a parte de sus hijos, las aves y las copas de los árboles a su amado, esos hijos eran fruto de los regalos que le daba el Cielo a la Tierra, al igual que el resto de los seres vivos que vivían sobre ella. Él le regalaba sus lágrimas cuando ella estaba tan seca y sin vida, le regalaba el sol para que sus brotes crecieran fuertes, le daba la luna cuando la mayoría de sus animales necesitaban dormir y otros necesitaban vivir por la noche, como los murciélagos.

El Cielo le mostraba a la Tierra que cada estrella que él tenía simbolizaba el amor que él le tenía; millones de estrellas brillaban para que ella tomara fuerzas para darle el mejor entorno posible a sus millones de hijos.

Tanto el Cielo como la Tierra eran amigos de la Vida y la Muerte; jamás se enojaron con ellas por el trabajo que cumplían, la Vida hacía que los hijos del Cielo y la Tierra vivieran por un corto tiempo, la Muerte los llevaba con ella a una tierra donde el dolor y las preocupaciones no existían. La Tierra dejaba ir a sus hijos con dolor, le costaba mucho despedirse de ellos, pero entendía que así debían ser las cosas. Todo era parte de un ciclo que ellos no podían controlar, pero todos juntos formaban la Naturaleza en sí misma. Si alguno de ellos faltaba en su deber, el equilibrio de la Naturaleza se vería destrozado. Por eso, la relación entre la Vida y la Muerte y la del Cielo y la Tierra eran tan fuertes: ninguno quería ver a su pareja sufrir por sus errores.



MAURIÑO, FEDERICO

AMIGO

Le dije que nunca lo iba a dejar solo y cumpliré; él hubiese hecho lo mismo.

Cuando la caravana se detuvo al costado del interminable paredón, sobrevino la realidad. Escuché el cierre de puertas de los vehículos, al unísono, como un hachazo en la nuca. La muerte iba hendiendo la vida a su paso.

Yo no tenía por qué presenciar esa ceremonia absurda, ser cómplice... Claro que no. No me hacía falta ver gente llorando detrás de un cofre de madera. Los más cercanos lo acariciaban. Los que iban unos pasos atrás, susurraban con la

boca ladeada para no llamar la atención, y los postergados conversaban abiertamente, con ademanes.

Amainando el paso, busqué quedarme atrás; por suerte pude deshacerme de los conocidos y amigos con facilidad. Una vez que estuve a la altura de los curiosos, de los que no sentían el más mínimo dolor, pegué la vuelta y me fui a casa.

Miré la tele, hice *zapping*, tomé un té, me produjo acidez; intenté acomodar un poco el living, pero ciertas fotos sobre los estantes me hicieron desistir. Pensé en dormir una siesta; di vueltas en la cama, pero mi mente no se apartaba de la escena matinal del cementerio. Aguanté media hora más en posición horizontal y renuncié al descanso. Todo el tiempo me lo imaginaba encerrado en ese cofre hermético, me gobernaba la impotencia; sentí culpa por estar vivo y él no. “¡Todavía está!... ¡Todavía está! —me dije—. No pasó tanto tiempo. Algo se puede hacer; apenas trascurrieron veinticuatro horas desde que tomamos una cerveza juntos en lo del Turco”.

El crepúsculo me hizo volver al cementerio. Nunca te voy a dejar solo. Tené paciencia, esto es nuevo para ambos. ¿Leés mi pensamiento desde donde estás? Espero que sí. Sólo estoy echando mano al significado de “inconsciente colectivo”. ¿Viste cómo es...? Todos suponemos que los que se van a otro plano pueden conocer nuestras ideas... pero tampoco tomes al pie de la letra lo que pienso. ¡Todo va a salir bien!, vas a ver... No quiero acercarme más, porque no soportaría leer tu nombre grabado sobre una lápida. Estoy próximo, bajo el dintel de una familia noble. Desde aquí puedo ver tu tierra húmeda, recién removida. No te dejo solo, ¿viste? Lo prometido es deuda, amigo del alma.

¡Aguantá!, todavía estamos a tiempo. Algo se me va a ocurrir; no me rindo fácilmente. Algunos, esta mañana, decían: “¡Hay que seguir!... ¡Hay que seguir adelante!”. Yo me pregunto, seguir qué... Seguir hacia dónde... ¡Marmotas! Qué saben ellos de nuestra vida juntos: el jardín de infantes con la señorita Inés, el preescolar con la señorita Raquel, la primaria con la señorita Pochi. Secundaria y Universidad también juntos... ¡Tontos! No los necesitamos. Estoy acá, con vos. ¿Y ellos? ¿Dónde estarán ellos ahora? Tratando de distraerse para no pensar, leyendo, hablando por teléfono, mirando la serie que quedó cargada en el *pendrive*; estarán en las redes sociales comentando lo tuyo, subiendo fotos en *sepia*, organizando el día de mañana, porque hay que seguir adelante, nomás. Aquí no ha pasado nada, la comedia debe continuar...

Te digo la verdad, todavía no entiendo cómo pasó, pero estoy a veinte metros de vos, con el celular en la mano; pronto para hablar, si me necesitás. Miro tu foto en la pantalla. Deseo que en cualquier momento suene el tema de Sting, atender y poder hablar con vos. Necesito contarte algo que pasó en tu velatorio para reírnos un rato. De ninguna manera me resigno a que esa anécdota quede trunca. Llamame. Si no me llamás, no podré reírme y te aseguro que la situa-

ción fue graciosa, casi grotesca, diría... Sólo vos podrías hacerme estallar en esa carcajada que me ahoga..., si no, se convertirá en amargura, impotencia. ¡Estoy esperando tu llamado! Sé que todavía andás por acá. Sé que vas a llamar... ¡Por favor, llámá! ¡Estoy esperando!

Bueno... si no nos comunicamos hoy, no importa, vendré mañana. Rompimos el invicto; inauguramos el primer día de nuestras vidas sin hablarnos. No quiero exagerar, pero creo que es así. Está oscureciendo; me voy. De todos modos, voy a dejar el celular encendido toda la noche, por si acaso... Si tenés miedo o te sentís solo, ¡llamame! Vengo enseguida para estar con vos. No lo dudes, hermanito del alma. ¡Algo se me va a ocurrir! ¡Tranquilo! No estás solo. ¡Todavía estamos a tiempo! No dejes que la naturaleza proceda. ¡Aguantá! Fue un día larguísimo, interminable, agotador, surrealista. Te confieso que me duele todo el cuerpo, como cuando íbamos a *taekwondo*, ¿te acordás? No te voy a dejar solo. Esta noche me pido una pizza y mañana vuelvo, después del laburo, al pie del cañón, para seguir sin poder creerlo...



MEDEOT, FERNANDO FRANCISCO

SUBIBAJA

“¿Y qué es la vida, sino un conjunto de gajos eternamente mortales...?” escribió un amigo en su Facebook. Las relaciones entre hombres y mujeres no obedecen a reglas predeterminadas, sino a giros inexplicables donde las circunstancias, los estados de ánimos, el humor y hasta el azar, juegan su partido aparte. Gajos eternamente mortales, casualidades y causalidades que conducen una relación por caminos inesperados.

Él y ella se conocieron en un *after*. Ella de novia, él casado. Ella recién estaba inaugurando sus treinta, él se despedaba peligrosamente de los cuarenta. Sin embargo, esos temas nunca fueron un punto en discusión. Descubrieron que tenían muchas cosas en común. A los dos les gustaba la poesía, leer buenos libros, amaban a Borges, Cortázar y González Tuñón, deliraban con cada canción de David Bowie, morían por el cine inglés, se interesaban por la política y por los temas sociales. Y cotizaban un malbec mendocino en copón de vidrio, a 18 grados, bien aireado, como diez gramos de oro en Wall Street.

Con la complicidad del *Whats App*, quedaron en encontrarse otro día. Fue la siguiente mañana de sábado en el Parque Sarmiento. Ella llevó su perro. Él su alegría. Hablaron nimiedades. El mundo estaba tranquilo y podía seguir girando sin interrumpirlos.

Continuaron viéndose en forma alternada durante más de un año. Nunca dis-

cutieron. Y siempre se bañaron con sugestivas sonrisas. Ella y él se sentían muy a gusto estando cerca. Él de ella y ella de él. Sin embargo, jamás dieron un paso más allá. Solo compartieron tiernos momentos, traducidos en profundas o superficiales charlas. A veces, el contenido no importaba, solo valía estar cerca.

Él nunca se animó a tocarla. Ella tampoco a él. Ni un roce, ni un beso, ni una caminata a la luz de la luna tomados de la mano. Sin embargo, los dos habían dejado la puerta abierta para que esas cosas pasaran.

No perdieron el contacto, pero dejaron de verse hasta un tiempo más tarde. Casi dos veranos. Parecía que el *stock* de pequeñas complicidades se había agotado. Sin embargo, cuando estuvieron frente a frente, él la descubrió más bella que antes. Su profunda madurez intelectual contrastaba con su juventud. Su pelo lucía inolvidablemente rojo y su rostro era de una insolente hermosura.

Él acusó el impacto. Y no supo cómo actuar. Recordó la frase de su mejor amigo: “*Un día, Caperucita dejó de temerle al Lobo y éste no supo qué hacer*”. En realidad, nunca tuvo un GPS para sus emociones.

Ella le contó que seguía de novia, con otro, y que estaba trabajando de lo que había estudiado. No era fácil ejercer de bióloga marina en una ciudad sin mar. Pero en su fuerza interior estaba el secreto. El diploma no solo mencionaba su título, también aseguraba que rendirse no figuraba en su vocabulario. Él le dijo que seguía con el mismo trabajo, aunque cada vez le gustaba menos ser médico pediatra.

Se vieron de nuevo en su casa. La de ella. Él le llevó un libro de regalo. Y la sentencia de su divorcio. Ella lo esperaba con una cerveza fría y algo parecido al guacamole. Durante el diálogo se pusieron al día con algunos temas colgados. Se mimaron con las palabras, coquetearon con las miradas, jugaron con los silencios. Se contaron varias cosas: algunos problemas, algunos viajes, algunas alegrías, algunas decepciones, algunos proyectos. Los sueños son más lindos si se pueden compartir.

En un momento se quedaron solos. Empezaron a ver fotos. Él quedó tan impactado por la belleza contenida en esa historia de imágenes, que sufrió otro irrefrenable deseo de besarla y abrazarla hasta que los músculos se quejasen. Eran dos adultos y estaban solos. Pero volvió a contenerse.

No obstante, tal vez por la fuerza poderosa de las feromonas, ella no se con-
tuvo más. Tomó la iniciativa y, de frente, le dijo que era el hombre de su vida, el que se metía de contrabando en sus sueños, el que le hacía un nudo en las tripas cada vez que estaban cerca. Él le pidió que se lo repitiera. En el fondo era un vanidoso, especulaba con los elogios y los disfrutaba más cuando se los reafirmaban.

—*Sos el hombre que siempre quise tener a mi lado* —le volvió a decir. —*Siempre lo fuiste...*

Él no alcanzó a responderle. Desprolija, desesperadamente, juntó sus labios en un beso eterno, buscando el tiempo perdido. Cuando logró despegar la

emoción, ella le devolvió la sonrisa más dulce que jamás había visto.

Sin embargo, con ninguna explicación a mano, él sintió que su fuego pasaba de máximo a mínimo. Era como si esa explosión de felicidad se hubiese convertido en un agujero negro que se devoraba todas las estrellas de la pasión. Y ella también percibió que algo no estaba bien. “*En algún momento —pensó—, tus demonios te piden un infierno más grande*”.

Con parsimonia, casi con dolor, despegaron sus cuerpos. Ella lo despidió en silencio con un beso en la mejilla. Él tomó el primer taxi que pasó, marcando el camino de regreso a su casa.

Gajos eternamente mortales. El manual del amor tiene, a veces, misteriosas lecciones ocultas.



MILANESE, SILVIA

CON OJOS DE NIÑA

Mi pequeña niña recuerda bien aquellos años. Amaba tanto la naturaleza, que ya a partir de julio señalaba en el almanaque cuánto faltaba para las vacaciones. Sus ansias crecían según pasaban los días. Y finalmente, antes que iniciara el verano, ya estaba en el campo. Sus ojos brillantes y vivaces miraban como en un pantallazo las dimensiones sin final. Solo el cerro, que parecía tan próximo, indicaba una frontera. De ese mirar lejano nacían sus más extrañas fantasías. “Allá arriba, en la cima, hay una laguna enorme y azul”, decía. Y aseguraba que, además, reflejaba y multiplicaba los rayos del sol. Mi niña trepaba en ascenso vertiginoso un Himalaya de bolsas de maíz. Edificaba casas, clínicas y bancos con restos de arpillera colgados de los paraísos. Pasaba tiempo hablando con sus amigos. Solo ella veía a Lucas, el de la gorra a cuadros; Octavio, el de las piernas lijadas por los cardos rusos; y Zulma, la niña rubia y de ojos de esperanza. Aprendió de los secretos de la vida jugando en el gallinero. Los pollitos emergían en un milagro de grietas y pío-pío. Las gallinas cacareaban cuando ponían huevos, pero antes el gallo las trepaba y se sacaban plumas en este juego. Un día, almorzando, entendió los extremos del existir. Supo o intuyó que esas espumitas amarillas y adorables podían terminar dentro de una olla de agua hirviendo. Y allí estaba una, junto con papas, zanahorias y ramas de apio. Entonces comprendió que no hay distancias entre un milagro y una fatalidad. Porque comer gallina era, en su pequeño entender, una fatalidad masticable.

Sin poder evitarlo, el vómito asomó. Saltó de su silla y corrió al baño a enjuagarse la boca. Como una hoja arrastrada por un huracán, disparó hacia el gallinero y contó una, dos, tres veces las gallinas y las cuentas nunca le dieron exactas. Lloró con desesperación. Faltaba aquella de bonitas y brillantes plumas negras y blancas, la que jugaba con ella cuando le daba las hojas de morenita. Se habían almorzado su juguete.

MINEO, MIRTA BEATRIZ

AMOR INCONDICIONAL

¡Él la amaba tanto! ¡Cuánto la amaba! Bastaba verlos juntos, cómo él le tomaba la mano y la miraba con esos ojos penetrantes que lo habían hecho famoso.

Ella siempre lo había admirado; tenía veinte años menos, pero eso no importaba. Lo había seguido a todas sus conferencias, con la esperanza de conquistarlo. La situación ideal se dio finalmente en el Caribe. Ella estaba en una excursión, en una lancha colectiva, cuando pasaron delante de su yate. Lo vio en cubierta y se lanzó al agua fingiendo un accidente, él era un nadador extraordinario y fue a rescatarla. Así comenzó el romance entre el exitoso empresario divorciado y la hermosa locutora. ¡Él la amaba tanto!

¡Fueron tan felices! Ella pasó a tener gran suceso como productora de televisión, él continuó aumentando su fortuna. Vivían en una casa de ensueño, sus dos hijos iban a las mejores escuelas y los viajes en su avión privado eran soñados. Siempre bienvenidos en los lugares más exclusivos, pero para ella lo más importante era su amor, nunca dejaba de llevarle rosas rojas, sus favoritas. Eran la envidia de muchos. ¡Él la amaba tanto!

Todo fue maravilloso durante quince años, hasta que él comenzó con algunos problemas de salud que lo volvieron algo hosco, malhumorado. Estudios y chequeos con los mejores médicos dieron un diagnóstico terrible, la única salvación era un trasplante.

Allí comenzó un largo peregrinar. La lista de espera era larga, él perdía la paciencia muy fácilmente, los tratamientos eran complicados y difíciles de soportar. Ella, con infinita dulzura, se ocupaba de él y de sus necesidades; al fin y al cabo, ¡él la amaba tanto!

Un día, providencialmente surgió una solución: ella era compatible, podía donarle una parte de su hígado para salvarle la vida y devolverle la salud. ¿Cómo no hacerlo? Era lo más natural. Él se conmovió ante tanta generosidad y recobró sus esperanzas. También volvió a su natural amabilidad. Mientras esperaban la operación, él le demostraba lo feliz que estaba con ella, le hizo mil promesas de otros viajes y años de perfecta felicidad. ¡Él la amaba tanto!

Todos sus conocidos alababan la abnegación de ella y el amor de ambos; seguramente, cuando él recuperara la salud, los deslumbrarían de nuevo con esas reuniones que tanto extrañaban. Incluso comentaban cuánto más amoroso se veía él en los días previos a la operación.

Llegó finalmente el día tan esperado. La intervención fue exitosa, sólo faltaba ver la evolución del post operatorio. Los médicos eran optimistas.

Ella estaba feliz de haber colaborado en devolverle la salud. La convalecencia sería larga y delicada, pero todo indicaba que él se recuperaría completamente, eso era lo único que le importaba, porque ¡él la amaba tanto!

En las semanas posteriores a la cirugía, él parecía algo ausente, los médicos adjudicaban este comportamiento a la cantidad de medicamentos que debía tomar para evitar el rechazo al trasplante. En cuanto su organismo se adaptara al cóctel

de drogas, volvería a la normalidad.

Pocas semanas después del alta médica, lo encontraron en el living de la casa de la playa, en medio de un charco de sangre. Hacía varios días que ella había denunciado su ausencia. La policía sospechaba un secuestro, era bien sabido que estaban en una excelente posición económica.

El resultado de la autopsia fue por demás sorprendente: el médico forense constató que le faltaba el hígado. Sospecharon de una banda roba órganos, pero no era coherente en este caso: un trasplantado no era el mejor donante.

La confusión reinaba por doquier, la gente se compadecía de ella, ¡después de todo lo que pasó! ¡Cómo pudieron matarlo! ¡A él, que la amaba tanto!

La policía continuaba con la investigación. Ya habían liberado el cuerpo para que se hiciera el funeral y poder llevarlo a su descanso eterno.

Una multitud la acompañó al cementerio, un poco por curiosidad o por lástima y mucho por morbosidad. Ver a la viuda, todavía joven y bella, llorar la muerte injusta de su marido, era un espectáculo imperdible.

-Sólo quise recuperar lo que era mío -confesó ella ante el juez.

El escándalo fue mayúsculo cuando los detectives descubrieron el arma homicida: un enorme cuchillo de carnicero escondido en el sótano de la casa, todavía con su sangre y las huellas de ella en el mango.

-Iba a dejarme por una bailarina de *pole dance*, veinte años más joven que yo. La conocí hace seis meses, pero como necesitaba el trasplante, siguió fingiéndome amor. Cuando salió del sanatorio, descubrí sus mensajes en el celular. ¡Hipócrita! ¡Desagradecido! ¿Qué se creía? ¿Qué lo iba a dejar ir así? ¿Con mi hígado? ¡De ninguna manera! Si él quería irse, que se fuera, pero primero tenía que devolverme lo mío. ¿Qué hice? ¡Me lo comí, claro! ¡Mejor en mi panza que en la suya!



MONTENEGRO, ANA

LA CHICA DEL BAR

*“Que la hermosura física es un sublime don
Que de toda ignominia sabe obtener clemencia.
Tanto como el Infierno, el Purgatorio ignora,
Y cuando llegue la hora de internarse en la Noche,
Contemplará de frente el rostro de la Muerte,
Como un recién nacido -sin odio ni pesar.”*

Baudelaire, Charles, (Alegoría, de: “Las flores del mal”)

En la mesa de un bar antiguo del barrio La Recoleta, una anciana de finos modales lee el diario, bebe café de a pequeños sorbos de una diminuta tacita

blanca. El bar está casi vacío, los domingos por la mañana la ciudad duerme, si uno tiene la suerte de levantarse temprano puede apropiarse de bares, calles, plazas o quizás algunas historias.

En una mesa contigua, una hermosa y esbelta joven con actitud extraña, simula leer el diario y se esconde detrás de él; sus cabellos dorados brillan con los primeros rayos de sol que asoman por una enorme ventana del bar. El nerviosismo de la joven llama la atención de la anciana.

En el cuarto piso de un departamento pequeño y antiguo, en el barrio de San Telmo, vive Sabina, una joven fotógrafa, alta, delgada, cabellos rubios sobre los hombros. Trabaja para un medio periodístico como reportera gráfica.

Es de madrugada, las luces artificiales de algunos edificios desaparecen para dar lugar a la luz natural del alba. Sabina entra al escritorio con una taza de café humeante, el timbre del teléfono la asusta y de súbito suelta la taza sobre la alfombra, atiende el teléfono, escucha un instante, se paraliza, contiene la respiración, sus ojos se agrandan, en un acto reflejo corta la llamada, con desesperación toma un sobre con fotos, vacía el sobre en la mesa, las imágenes que se reflejan en las fotografías son de una pareja besándose, elige algunas fotos, las envuelve en un papel, entra a la cocina, toma una cacerola del armario y esconde el paquete, vuelve al escritorio, reúne todas las fotos de la mesa, las coloca en un sobre y las guarda en su bolso.

Sabina sale de su casa, lleva puestos anteojos oscuros, vestido corto color beige claro con mangas largas, camina apresurada por la vereda de una calle solitaria, sus piernas largas llaman la atención de algún que otro transeúnte, atraído por el eco de los tacos de sus botas color marrón que le llegan por debajo de las rodillas; lleva su bolso al hombro y lo que sujeta con fuerza. Muy nerviosa, con mirada inquieta espía para todos lados, por momentos casi corre, la frenada brusca de un coche que casi la atropella la hace volver en sí.

Las botas de Sabina asoman al piso, ella baja de un colectivo, la calle solitaria acentúa cualquier sonido, el ruido de tráfico de autos, fuera del campo visual, da cuenta de la cercanía de alguna calle más transitada. Sabina camina con paso apresurado; al cruzar una calle de piedra, el taco de una de sus botas queda trabado en un hueco, hace un movimiento brusco para sacarlo del hueco, pero el taco se desprende de la bota, un gesto de malestar se dibuja en su rostro, quita el taco del hueco, se quita la bota y muy nerviosa trata de acomodarlo, lo golpea contra el piso con movimientos torpes, finalmente el taco queda en su lugar, se calza la bota y sigue su carrera alocada, cruza un parque cubierto por una alfombra de hojarasca pintada de colores ocres y amarillos. El sol de otoño que apenas se asoma hace que las texturas y tintes de las hojas de los árboles se intensifiquen con la luz.

Un hombre de traje negro, con anteojos oscuros, entra al bar antiguo y se sienta en una mesa cerca de la puerta, en el otro extremo la anciana de finos modales lee el diario. El hombre toma un vaso de agua y mira su reloj reiteradas veces, se para y se acerca hacia la puerta del bar. Por la otra puerta del bar, entra Sabina apurada, hace una mirada circular por todas las mesas, se acerca al mostrador del bar, habla con un mozo, toma un diario y se sienta cerca de la mesa de la anciana, el mozo le acerca una botella de agua y un vaso. Sabina

simula leer el diario. Desde otro extremo, el hombre de traje oscuro y anteojos la observa con insistencia, Sabina descubre al hombre, sus miradas se cruzan, la anciana observa con curiosidad a la joven y percibe los movimientos extraños de Sabina.

El hombre sale del bar, Sabina lo hace después, a unos metros hay un auto negro estacionado; el hombre se acerca al auto, Sabina camina hacia él. El hombre abre la puerta del auto, hace un movimiento brusco, saca un arma, apunta a Sabina y le dispara. La joven emite un grito seco y cae al piso. Desde la ventana del bar, la anciana aún sentada y con el diario en mano, observa la situación y, sin emitir palabra alguna, ve perderse el automóvil raudamente. La anciana, perpleja, graba una imagen en su mente; la imagen de la hermosa joven sentada en el bar con el diario en las manos y su extraña actitud. Los gritos de la gente, el sonido de sirenas de ambulancias y los policías que corren la sacan de su estado de shock.

La ciudad puede ser el lugar donde ronda el mal o quizás entre el mal podemos soñar, encontrar lo bello o lo sublime. Respecto de la muerte, dice Poe: *"La muerte de una mujer hermosa es, sin duda, el tema más poético del mundo"*.



NIETO, RICARDO DANIEL

LEYENDA DE ARENA

Cuenta la leyenda que un viejo poeta caminaba descalzo por una playa cubana esperando a que regresase aquella mujer, su bella morena de piel de seda y ojos color mezcla de razas. El cielo era el único testigo de los más largos suspiros que morían en el mar.

Se habían jurado amor eterno. Un amor escrito en la arena, que las olas y el viento les supieron robar.

Luego, ella partió hacia tierras desconocidas.
Pasaron los días, los meses, los años, y ella no volvió.

Al poeta se le pintó de gris el cabello, la mirada se le volvió triste, la cara se le tajeó tras eternas madrugadas. El insomnio y el ron hicieron su hoy.

Él nunca quiso perderla -ella era su mayor inspiración, dueña de todos sus versos-, pero pasó. Y su vista se volvió cansada, enrojecida por tantos soles y atardeceres de lágrimas solitarias.

Él ya no escribía: en su corazón se había abierto una herida profunda. Solo tenía ojos para el inmenso cielo, tan grande como su amor. Y sin dejar rastro, el viejo poeta una tarde se echó a la mar y desapareció.

Nadie supo más de él. Solo quedaron grabados en el fondo de la arena sus eternos poemas dedicados a esa morena que nunca regresó.

Su arte no fue en vano, porque en él se inspiraron muchos corazones enamorados y ladrones de sueños. Cuentan en las calles de La Habana que, en noches de luna llena, el alma solitaria de aquella bella cubana recorre el malecón con lágrimas en los ojos, buscando poemas, buscando perdón.



PONS, ALBERTO JOSÉ

ANDAMIO

—Subite al andamio y tirame el balde.

Yo tenía la edad en que uno pregunta todo y el silencio de la noche, en mi pueblo, se vivía como algo natural y mágico. Algunas veces sabíamos que volvía Pedro al pueblo, era la única moto, y desde el puente, a diez kilómetros, ya lo escuchábamos. Otras, muchas otras, vivíamos el diálogo perruno con interminables voces, sentíamos cómo se ladraban, queriéndose o no, los perros a distancia. En ese intercambio de sonidos incompresibles, yo armaba historias que intentaba verlas hechas realidad al día siguiente cuando salía temprano para ver si el perro del vecino tenía amoríos con la cocker de la esquina. ¿Sabrán ellos, los perros, que les descubrimos sus lenguajes de la misma forma que nos entienden con sólo mirarnos? Era pequeño, pero me enseñaron a pensar en esas cosas. En verano solía ocurrir que al silencio se le sumaba la oscuridad, era frecuente que un corte de energía dejase al pueblo con el solo resplandor del firmamento. Parecía que se agudizaban los oídos; la luz de la vela, encendida para la cena, nos sumergía en un mundo de sombras, con historias reales o inventadas para que el tiempo transcurriera, llegara la hora de dormir y entonces de nuevo a descifrar los sonidos de la noche.

Había momentos en que papá se me acercaba y comenzaba a contarme alguna andanza, de forma que lo que se escuchaba de lejos, la voz de un hombre gritando, se mezclase astutamente con su propia voz, y la confusión se volviese oscura como la noche. Me intrigaba su conducta. Pocas veces logré escuchar algo así como “quito mío”.

Pasaron los años, los perros, los silencios, las noches, las sombras de las velas, mi infancia. Un día, como tantos otros, cuando mi viejo intentaba tapar aquellos gritos con sus fantasías, enmudeció. Dejó que el pueblo se inunde con los sonidos. Me miró con lágrimas en los ojos y dijo, como pudo:

—Ese hombre grita y llora por amor. Es lo único que dice siempre: “Chiquito mío... Chiquito mío... Chiquito mío...”. Es un buen albañil, se emborracha desde que su hijo murió cuando cayó del andamio.

PORRAS, MARÍA

CARTA DE UNA EMIGRANTE A SU MADRE...

Enero 20, 2017

Adorada madre, hoy tengo los sueños rotos; se me abrió una enorme herida desde que te dejé aquella tarde de junio, deshecha pero sin llorar, como toda una Mariana, en el aeropuerto internacional; dándome los últimos consejos, mimos y ternuras que solo una madre sabe dar...

Madre mía, hoy tengo que confesarte que desde que dejé mi Cuba tengo los sueños rotos. Extraño las palmas verdes que adornan los campos perennes de mi añorada tierra. Hoy, echo de menos la sonrisa de los niños empinando papalotes; aquí nunca percibo las cosas insólitas que se le ocurren a los pinareños; sus dicharachos, sus piropos y su generosidad infinita que como tal nos define...

Mi tesoro, tengo que confesarte que aquí la gente es tan vacía; no siento en ninguna parte el alboroto que nos identifica, ni el grito de mi vecina para que no pierda el pan o el del viejo Juan para que le preste una aspirina. Jamás he escuchado palabras trilladas como las de la dulce Serafina que, sin previo aviso, se aparecía en mi cocina a saborear mi cafecito. ¡Oh, cafecito! ¡cafecito divino!, aquel que ligado con chicharo negociaba algún vecino...

Mamá, desde que dejé mi barrio tengo los sueños rotos. En las noches, la nostalgia me consume y las pesadillas me persiguen. Son tantos los recuerdos lindos que tengo mi alma en ascuas. Vivo pensando qué sería de mi humilde casa; de mi perra fiel (Carmela); de la más tierna de las vacas (mi Isabela); a pesar de todo el desarrollo de aquí, nada me hace olvidar mi fogoncito inventado, mi delantal de retazos ni tu amor de colibrí...

Madre, todavía llevo en mi alma a la gente del barrio -¡ay, mi barrio!, ¡mi barrio descalzo!-; que a la hora de partir se hizo presente, dándome fuertes abrazos, los cariños de mi gente...

Mamita, perdón por agobiarte con mis problemas, imagino esto es un proceso que vive cada emigrante y si como dice la gente, “el tiempo lo cura todo”, tal vez él se encargue de sanar estas heridas y crearme nuevos sueños que me hagan adorar mi nueva vida. Espero algún día volver a abrazarnos, sonreír felices y apapacharnos, y que mis sueños rotos solo sean un lejano eco de momentos que vale la pena guardarlos para siempre en el baúl de mis recuerdos...

Con ternura, tu hija, La Guajira MP.

PROSSER SANTANA, GERMÁN

LAS CUATRO ESTACIONES QUE AMABAN LA VIDA Y EL VIVIR

Cuando las estaciones del año dormían soñolientas, llorábamos y despertábamos alegres para admirarlas y disfrutar de sus hermosas flores y brotes verdes de promisorios sabores, que una vez maduros nos hacían trepar a sus árboles cargados y desafiantes, para que el más humilde de los seres humanos pudiese probarlos y deleitarse con sus generosos frutos o acariciarlos al pasar por sus fuentes de lindos colores y apetitosos néctares que llenaban de dicha a los paladares refinados y también los nuestros, los más pequeños, que en un dos por tres estábamos encaramados a aquellos cerezos del tío Lucho. Cariñosamente nos decía, después de haber contado los cuescos que quedaban en el suelo y dividirlos por los voluntarios a tomar cerezas:

—Cada uno se sirvió veinte cerezas, por lo que daré cuatro más a cada uno para que se las sirvan sentaditos a la mesa, que luego les serviremos once, así como está.

Cuántas historias habrán escrito miles de niños de esos tiempos, en sus cálidos veranos de juegos entre numerosos hermanos y primos, más los adultos que compartían y daban vida al veraniego compartir de descanso para sus hijos que estaban de vacaciones, ya que los tíos eran como padres. Recuerdo que al tío Pacho lo dejamos amarrado a un novel pino y llegó así a la casa, con el pino en sus espaldas, lo que fue compartido con risas y alegres exclamaciones mientras era desatado. La verdad que las vacaciones familiares y en el campo eran tan apetecidas, como los viajes a la playa, fuese de río o de mar, o empinarse en las colinas, para apreciar la belleza de la naturaleza, por algo ese invierno frío, lluvioso, de intensos vientos, donde las fonolas (techolín) y las incipientes planchas metálicas (zinc, en 1949) de vez en cuando volaban, como también los letreros de las casas comerciales más grandes de las ciudades, que hoy al menos son capitales regionales y con letreros o anuncios murales y de numerosas vitrinas iluminadas y decoradas por maestros de la presentación de enseres y productos, y, de vez en cuando, una bella promotora que nos invita a pasar, mientras nos entrega un multicolor folleto tan atractivo como ella.

Es que vivir el verano en su plenitud, donde frutos y hortalizas deleitan las mesas y cocinas de furtivos comensales, donde la conversación familiar pasó a un segundo plano, donde cada comensal vive su propia historia con el exterior, la que se transforma en un verdadero lavado de platos, donde el hondo con el bajo se juntan, donde el aza y la cuchara no le hacen un “kuick” al agua caliente o fría y, si no la hay, ahí se queda la loza, hasta que una mano generosa las envuelva en el resuello de la limpieza, total, sea verano o invierno, otoño o

primavera, ya llegará el momento de avasallarlas y compartir el momento de volverlas a llenar y escanciar, a la usanza de los habitantes del comedero y la pradera, donde el horario es de hambrientos, que dejan caer su hocico sobre el alimento que calmará sus ansias de llenarse, porque ellos no tienen cultura ni modales, que son costumbres de nosotros, pero que así como vamos pronto seremos sus más fieles acompañantes.

Sin embargo, aquí está nuestra señal de esperanza y futuro para nuestros niños y jóvenes que merecen un amor de verdad. Quizás ya con la naturaleza lo estamos perdiendo casi el cien por cien, porque seres humanos igual a nosotros, no sólo destruyen la fertilidad de los suelos maravillosos, que se nos dieron para producir lo que necesitásemos, sino que también nosotros mismos contaminamos el aire que respiramos, por egoísmo y placer al acelerar motores y combustiones, que acaloran el bolsillo de débiles y poderosos, los unos trabajando y los otros fortaleciendo sus haberes. Los invito a escuchar estas voces silenciosas, ya que gritar es la expresión de los desesperados, marchar no tiene sentido cuando al primero le han tocado un pito con visos de mandato irrenunciable, sólo nos queda una gran solución: reflexionar, y mucho, sobre la vida, hombres y mujeres con almas de sentido social, con espíritu de creatividad, bondad y profunda solidaridad, porque esta tierra que Dios nos dio es para todos, y quienes mejor se la merecen son nuestras futuras generaciones, niños y jóvenes que deseamos aprendan a pensar siempre, a dialogar cuantas veces sea necesario, a amar a los demás más que a nosotros mismos, a amar la verdad por sobre todas las cosas, así tendremos paz y justicia permanente, para toda la humanidad, de esa forma lo aprendimos de nuestros padres y abuelos. Nos enseñaron a trabajar humildemente con sincero amor, gran confianza y mucho coraje, como nos dice el Santo Padre Francisco, que convoca a millones de jóvenes, como no hace mucho en Brasil, colmando la playa de Copacabana. También el Papa Francisco ayudó a obtener un encuentro de paz y amor entre los cubanos separados por más de cincuenta y seis años y que hoy, lamentablemente tarde para muchos, no pudieron ver a sus familiares desde un exilio inmisericorde, ahora pueden visitar a sus familiares y amistades, y a quienes no están, llevarles una hermosa flor y dejarla donde reposan cristianamente, y si ellos reúnen bienestar y amor al prójimo, algún día en el cielo, podrán decirse: “Hola mamá, hola papá, hola tíos, hola hermanos, hola abuelitos” y tantos saludos, que por más de medio siglo no pudieron decirse.

Las cuatro estaciones fueron creadas para el amor de la humanidad, donde todos podamos decirnos cuánto nos amamos, porque el amor es para mirarse a los ojos y estrechar nuestras manos, según sea quien esté frente a nosotros, la familia, una amistad, y lo más hermoso: una ella o un él que nos estira sus brazos, para caminar juntos por la vida.

PULIZZI, MARTA SUSANA

MENSAJE DE AMOR

Eran casi las cuatro de la tarde, pronto comenzaría su turno en la guardia rotativa de ocho horas.

Miró el cigarrillo consumiéndose entre sus dedos, dio las últimas pitadas, aspirando profundamente el humo. ¡Cuánta nostalgia!... retuvo la colilla un instante más, para arrojarlo después a las negras aguas.

Apretó contra su pecho el papel que acababa de garabatear, una carta dirigida a sus padres, ya vería como hacérselas llegar, ¡los extrañaba!, quería que supieran que estaba bien... aunque no fuera cierto.

Era la primera vez que se separaba de ellos, necesitaba reflotar en su memoria, y evocar, para poder seguir cuerdo en aquel lugar, los aromas, los espacios, la pertenencia... todo eso que determinaba su identidad y el amor incondicional para con los suyos.

Con dieciocho años recién cumplidos, Juan había terminado la secundaria. Soñaba con comenzar la Universidad. Estudiar Medicina era su vocación, pero antes... ¡el Servicio Militar!

Le había tocado Marina, y fue destinado a integrar la tripulación de un "buque escuela", en el sur del país.

No eran tiempos fáciles, pero nada malo podría sucederles.

Les dijeron que seguramente no entrarían en la contienda bélica, estaban fuera de la zona de exclusión, todo acabaría rápidamente.

Estaba guardando la carta en el bolsillo del pantalón, cuando se produjo la primera explosión. La detonación ensordecedora precedió al silencio sepulcral. Las luces se apagaron. Juan sabía que debía moverse, pero estaba paralizado, la imagen de sus padres cubría totalmente su pensamiento. Era como deslizarse dentro de un sueño, en cámara lenta.

Volvió a la realidad cuando los demás comenzaron a sobrepasarlo, empujándolo, corrían hacia la cubierta principal. Los siguió.

Todo se desencadenó en minutos. Hubo otra explosión.

El "General Belgrano", habiendo perdido parte de la proa, comenzó a inclinarse hacia babor, hacia el abismo. Estaba ileso, solo golpeado, pero a su alrededor el espectáculo era dantesco. Gente muerta, soldados amputados, algunos muy heridos... gritos de dolor, llanto, desolación.

Las balsas salvavidas iban cayendo al mar inflando sus contexturas en el trayecto, como puentes hacia la nada o hacia la salvación.

Dieron la orden de abandonar la nave.

Acarreando sobre su hombro a un soldado herido, se deslizó por la borda hasta alcanzar un bote.

Se acomodaron como pudieron; la mayoría, desabrigados. Casi no podían

pensar. El frío y el viento lastimaban la piel. Eran como agujas que se clavaban en la carne, los inmovilizaban, haciendo insoportable, y casi imposible, el intento de salvación.

Heridos, quemados, inconscientes muchos, todos padeciendo hipotermia, presas de pánico... ¡estaban en el infierno!

El bote fue encontrado cuarenta y ocho horas después. De los treinta naufragos, solo cinco estaban con vida, los demás, muertos, entre ellos, Juan...

Lo encontraron congelado, con sus ropas en jirones. Por debajo de su chaqueta militar, ceñido junto a su corazón, había conseguido preservar un espacio de luz y amor dentro de una botella que seguramente encontró flotando a la deriva. La carta, aún protegida por el vidrio, les fue entregada oportunamente a sus padres, y decía:

“Queridos mamá y papá: hoy es domingo 2 de mayo. Estamos en alta mar, viviendo una muy buena experiencia.

No se preocupen por mí, estoy feliz y estaré bien.

Pronto recuperaremos las islas, las queridas islas Malvinas, que son argentinas, tal como siempre me enseñaron.

Los extraño, pero quiero que estén orgullosos, porque su hijo es ahora ¡un soldado de la Patria!, estoy creciendo, haciéndome hombre, defendiendo mi bandera, nuestros derechos ciudadanos y los de la República.

Los abrazo con toda mi alma. Los amo. Juan

PD: ¡Viva la Patria!”



RAMUNNO, JUAN PABLO

NOK 01

Aún dormía plácidamente, recostado como de costumbre sobre mi lado derecho del torso y la mano pasante por debajo de la almohada, cuando Verónica, con vos amodorrada, me sacudió diciendo:

—¿Escuchaste eso?, me parece que algo está sonando. ¿Vas a ver?

Medio atontado y sin saber bien qué estaba pasando, crucé el pasillo totalmente a ciegas. Me detuve un momento. Un ruido distante, como un eco lejano propio de las altas tierras, avanzaba hacia mí. El sonido cesó, yo seguí. Tal era la negrura del ambiente y mi torpeza somnolienta, que golpeé directamente mi frente contra el marco de la puerta maldiciendo en voz baja mi opacada suerte. Seguí pausadamente. Ya parado en la mitad de la cocina, intenté agudizar mis escasos sentidos en busca de alguna respuesta. Giré, miré, pensé, pero nada, todo estaba como debía ser. Ya me estaba dando por vencido, cuando un molesto “ti-ti-ti-ti”, “ti-ti-ti-ti”, que me parecía conocido, irrumpió de golpe.

Miré el reloj pulsera, el celular, la tablet, pero nada era, todas las pantallas hibernaban. De repente el sonido cesó; esperé un rato, seguía sin aparecer, y aún más embobado que antes, me fui a la cama de nuevo.

No llegué ni a acomodarme en la horizontal, que otra vez empezó el “ti-ti-ti-ti”, “ti-ti-ti-ti”. Esta vez salté de la cama, más despierto, sorprendido y asustado que la vez anterior, pero más decidido a solucionar el entredicho.

Llegué corriendo a la cocina, tanteando las paredes y sin encender la luz para no perder tiempo. Como si fuera una cacería por la supervivencia, deseaba hostigar al sonido, abría los cajones con tanta rapidez, que más de uno superó los topes yendo a parar directamente al piso. Al llegar al último de ellos, la sorpresa fue total: se veía una luz tenue que prendía y apagaba a la vez que repetía el “ti-ti-ti-ti”, “ti-ti-ti-ti”. Corrí un par de trastos viejos y apareció ante mí el “Nok 01”, el olvidado, tan usado en otros tiempos, pero puesto fuera de servicio hacía varios años. Ya en mis manos, el viejo celular se volvió a apagar. Me quedé un par de segundos viéndolo fijamente y, sin entender si era un sueño o una neurosis aún no descubierta, lo volví a su lugar y cerré el cajón.

Me di media vuelta a oscuras, una vez más tanteando la pared, con intención de volver a la pieza y olvidar todo rápidamente, cuando el “ti-ti-ti-ti”, “ti-ti-ti-ti” empezó más furioso que antes. Me frené, volví a abrir el cajón, y la pantalla prendía y apagaba una luz con la palabra “alarma”. Titilaba como queriendo señalarme algo. Lo tomé nuevamente y me fui a sentar al comedor.

Aún era de noche, supuse que debían ser cerca de las seis, porque la penumbra del amanecer comenzaba a hacerse visible; miré el reloj y sus agujas afirmaban mi postura. Con la cabeza baja fija en el “Nok 01”, seguía buscando una explicación a su extraña aparición en escena. Lo desarmé, miré la batería, lo volví a cerrar, intenté prenderlo, pero nada. Era lo único razonable en todo este raro suceso teniendo en cuenta que desde el 2012 estaba dado de baja.

Buscaba y buscaba algún indicio, pero no podía hallarlo. Con la boca seca, me levanté y fui a la cocina para sacar una botella con agua de la heladera. Al abrirla, se me cayó un calendario imantado mal pegado en la puerta y, al agacharme, y con un asombro mayor al vivido hasta ese momento, encontré en el 28 del almanaque la respuesta.

Me quedé tieso en cuclillas unos segundos intentando reflexionar. No entendía que pudiera ser cierto. Asombroso, mágico, espiritual, cómo definirlo. Era inútil, cómo poder encontrar respuesta a lo inexplicable. No, sin duda, era perder el tiempo. Con una sonrisa entre cómplice y nostálgica, me levanté, olvidé la botella y fui en busca de su foto.

Ya en el patio, y ante la inmensidad del cielo, como una tradición solo nuestra, alcé la vista y besé su cruz suspirando un “feliz cumpleaños”, imaginando en el amanecer su celestial rostro que continúa iluminando mi camino, mientras una pequeña gota rebalsada de dolor estrellaba toda su angustia contra el rocío.

REMPEL, GUADALUPE

CANCIÓN DE AMOR

Bajé los escalones del autobús escolar y me dirigí a la entrada de la escuela. Era una mañana de otoño. El sol ya brillaba en un cielo sin nubes, pero no llegaba a calentar lo suficiente como para hacer que yo dejase de tiritar por el frío. Estaba entrando en la escuela cuando, de repente, un escalofrío me recorrió la espalda. Tenía la sensación de que alguien me estaba observando. Instintivamente, dirigí mi mirada hacia la esquina de la escuela, y me di cuenta de por qué había sentido esa sensación.

Su mirada estaba posada sobre mí, analizándome como nunca antes lo había hecho, como si yo fuera la receta de algo muy especial que él tenía que preparar, y no debiera escapársele ningún detalle. Le eché una rápida ojeada a mi reloj. Faltaban diez minutos para el comienzo de clases. No iba a perder nada por retrasarme un poco.

Caminé hacia la esquina, y pude ver que tenía puesto su buzo especial de color verde, que indicaba que ese año en su curso eran los egresados, y que el año próximo ingresarían a la universidad. “También significa que dentro de unos meses no lo vas a volver a ver nunca más”, acotó una pequeña parte de mi cerebro que había aceptado que el amor de mi vida era dos años mayor que yo e iba a graduarse dentro de cuatro meses. Traté de acallar esa voccecita mientras me acercaba a su encuentro. Su mirada seguía explorándome y no se apartaba de mí ni por un instante. Cuando al fin me detuve a tan solo tres pasos de él, suspiró y comentó:

—Me gustó mucho el video que subiste ayer a Internet.

Para aclarar: tengo dos pasiones, escuchar música y cantar. Últimamente, había estado desarrollando mucho la segunda, ya que iba todos los meses a grabar un *cover* de alguna canción al estudio de grabación que tenía mi profesora de canto. Y junto con la ayuda de mi maestra, entre las dos habíamos compuesto una canción propia, en cuya letra yo podía ver reflejada la situación por la que estaba pasando: el chico más lindo de la secundaria se estaba por ir, y todavía no sabía lo que sentía por él.

Habíamos decidido subirla a Internet. Muchos chicos conocían mi canal en YouTube donde publicaba mis *covers*, y la nueva canción había sido furor tan solo unos instantes luego de haberla subido.

—Qué suerte. Nos costó mucho componerla —contesté.

Él esbozó una sonrisa pícaro. Sin que yo me lo esperase, tomó mi mano y empezó a arrastrarme suavemente hacia atrás de la pared de la esquina, cosa de que las personas que estuviesen entrando a la escuela no pudieran vernos. “*Siete y cuarto es cuando llego, y es cuando te veo*”, él susurró una parte de la canción. Solté una risa nerviosa.

—Parece que en verdad te gustó —comenté.

Suavemente, él comenzó a empujarme contra la pared de la escuela.

—¿Acaso pensás que soy tonto? —preguntó.

Mi pulso se aceleró tanto como el de un ratón enjaulado. Mientras me seguía acorralando, volvió a entonar la canción: “*Me atraés como un imán, pero algo se interpone en mi camino*”.

—Me doy cuenta de cómo me observás cada vez que nos cruzamos en un pasillo de la escuela —aclaró.

Me sonrojé como un tomate al oír su declaración.

—¿Y? ¿Tenés algún problema? —pregunté.

—La verdad es que sí —respondió. —Desde que vi el video y me di cuenta de que te referías a mí, no has dejado de pasarte por mi cabeza. Así que te quería pedir un favor: dejá de pasarte por mi cerebro. Quiero concentrarme para los exámenes de fin de trimestre.

Si con su anterior declaración me había sonrojado, con esta me quedé sin aire. No supe qué responder, por lo que él siguió cantando: “*La edad no ayuda mucho en este problema. Tal vez si yo fuese más grande podría funcionar*”.

Mientras lo decía, su rostro se iba acercando cada vez más al mío. Sus brazos me encerraron entre su cuerpo y la pared.

—¿Y te digo una cosa? —susurró a mi oído—: yo no creo que la edad sea mucho problema.

Entonces sus labios se fundieron con los míos en un beso, que no era tan apasionado como si ya hubiésemos conocido la boca del otro desde hace mucho tiempo, pero tampoco demasiado suave como para parecerse al de una princesa. Presionó su cuerpo contra el mío, reteniéndome contra la pared. Me rodeó con sus brazos, acercándose e intensificando el beso. Me habría agarrado un paro cardíaco de no ser porque estaba viviendo un sueño. A él no le importaba mi edad, solo me besaba por el hecho de querer hacerlo... O al menos eso era lo que yo pensaba.

Al cabo de unos segundos en ese estado, empecé a sentir algo extraño. La manera en que me besaba comenzó a tornarse fría, forzada, carente de sentimientos. “¿Amor?”, escuché que decía una voz. Rápidamente me soltó y se apartó de mí, dejándome ver a una chica rubia que reconocí de la escuela, ya que ella y él iban al mismo curso. Y le había dicho “amor”.

Se me hizo un nudo en el estómago, y de repente comprendí por qué el beso me había parecido tan forzado y frío. Señalándome con una mano y sonriendo burlonamente, la rubia dijo:

—¿Usaste a esta pobre chica para... darme celos?

RIVADENEIRA, ROSA

¡UN KILOVATIO DE AMOR! EL RELATO DE UN AUTISTA

Este no es un relato que resuelva la pregunta que miles de veces gira en nuestra mente acerca del amor. Ya desde hace siglos atrás, considerables temas hablan de amor... grandes autores hablan de amor..., cientos de poesías en el mundo os dicen qué es el amor, mas pienso que el amor es esa fuerza que mueve el ser sin límites de tiempo y espacio.

Alguna vez me pregunté si el amor tiene medida..., ¿o existe un peso determinado para decir que existe amor?... ¿o será tan grande que no cabe en nuestro pensamiento?... ¿o quizás tan pequeño como una molécula imperceptible?, ¿o es que quizás no existe?

En mi condición autista, me gusta comparar el amor con “un kilovatio”, aquella medida empleada para fuentes luminosas de gran potencia. El kilovatio representa una fuerza capaz de iluminar la oscuridad del ser humano, una fuerza de arranque que produce un manantial de luz.

Muchos piensan que quienes poseemos autismo no tenemos amor. Quizás no tenemos cara de amor, nuestro rostro no demuestra amor... Pero eso no significa que no exista en nosotros el amor. Mil y una vez podemos dar “un kilovatio de amor” a cada instante, porque al amor no se lo nombra, el amor se demuestra; solo quien conoce a un autista, quien vive con un autista, quien quiere a un autista, sabe que cada gesto es “un kilovatio de amor”, cada palabra que sale con esfuerzo es “un kilovatio de amor”.

La sociedad se presenta frente al autista con múltiples códigos indescifrables, una sociedad que no acepta con facilidad a quienes son diferentes, una sociedad que piensa que amar es solo para “normales”, piensan que solo pueden amar quienes no poseen ninguna discapacidad, piensan que el amor es solo para quienes la sociedad considera perfectos.

Sin embargo, esta es la voz de una autista, esta es la voz de quien, sin ser “normal”, puede amar y sabe amar, aun sin demostrarlo, aun sin pregonarlo, aun sin escribirlo.

He conocido el amor y lo he podido palpar con tal fuerza, en la mano amiga que apoya sin condiciones, en la paciencia de quienes han esperado más de una hora para que hablemos aunque sea una palabra, en el cariño de quienes se han acercado a nosotros sin miedo y con compasión, el amor de quienes han soportado nuestras limitaciones y errores porque conocen que en el corazón de un autista no hay maldad, solo una fuente luminosa potente que quiere demostrar amor... “un kilovatio de amor”.

La ciencia ha hecho grandes esfuerzos por entender el autismo: investigacio-

nes van surgiendo en la medida que la tecnología avanza, psiquiatras, neurólogos, psicólogos y médicos van ingresando nuevos términos al diccionario de este trastorno. No niego que sus estudios han hecho que quienes lo poseemos tengamos una ventana abierta al cambio, a la inclusión en algunas áreas de la sociedad; pero sus saberes no han podido descubrir el amor que existe en un autista, sus publicaciones no hablan del amor que existe en el corazón y en lo profundo del ser de un autista.

Ser autista no es malo, lo malo está en el corazón de quienes ven el autismo como una enfermedad que nos impide amar, quienes creen que el autista no tiene un corazón capaz de amar con un amor tan grande, semejante a un “kilovatio”. Soy autista, solo tengo una forma diferente de amar, una forma diferente lejos de toda comprensión.

Tenemos parámetros diferentes en el amor, que nadie los conoce, pero que luchamos por demostrarlos porque, aunque nuestro rostro no lo demuestre, aunque no tengamos palabras para expresarlo, aunque muchos incluso no podamos derramar lágrimas ante la pérdida de alguien querido, somos capaces de entregar “un kilovatio de amor” e iluminar la vida de quienes llegan a entregarnos un poquito de su corazón.



RODRÍGUEZ, VERÓNICA ALEJANDRA

NO ES UNA TARDE CUALQUIERA

Sábado; cuatro y media de la tarde marca el reloj, y ella de a poco se prepara para el ritual de fin de semana por medio. Agarra un morral chico, lo suficiente para que entre un buzo extra por si a la noche refresca, la billetera, las llaves, unos pañuelos descartables y el carnet; guarda todo, se termina de cambiar: tarda en decidir qué remera (la roja, la azul o la musculosa blanca). El reloj marca las cinco. Hora de irse. Vuelve a revisar el bolso. “Sí, esta todo”, piensa, agarra las llaves y se va.

Mentalmente, calcula la hora de llegada a lo que considera su lugar en el mundo, la conclusión la conforma. Sigue caminando, tres cuadras la separan del tren.

No sabe cuándo, pero se da cuenta de que en su cara tiene dibujada una sonrisa enorme, la que trata de disimular por miedo a sentirse loca. Sin embargo, no puede y termina por no importarle, porque tal vez es la descripción perfecta de su alma. Trata de resumir su sentimiento y lo encuentra complicado; se obliga a dejar descansar un poco la cabeza y decide disfrutar de cada cuadra, aunque ya las conozca de memoria; sabe que cada paso la acerca a su destino. En un momento las ve interminables.

Llega a la primera meta, la estación de tren. Mira para varios lados en busca de algo, pero no sabe qué es, o tal vez sí: busca a otra persona cuyo destino sea el mismo que el de ella pero no ve nada; se queda quieta. Ya no busca nada, solo espera el tren. Se fija en el reloj. “Estoy bien con el tiempo”, piensa. El tren por fin llega; entra, se sienta y mira por la ventana. “En 20 minutos tengo que estar en Retiro, ¿me conviene el subte o el colectivo?”

Mejor sigo con el subte, para la próxima me estudio bien el recorrido del colectivo, creo que el 100 me deja bien”. El tiempo pasa como van pasando las casas, los árboles y todo aquello que se interpone en sus ojos. “Falta menos, falta menos”, piensa y se alegra, y la sonrisa vuelve a surgir. “Mirá, ellos también van al mismo lugar que yo”, se ríe y vuelve a dirigir su mirada al vidrio; el tren se detiene en una estación, “¿cuál es?”; encuentra el cartel y sabe que está en Saldías. “Cada vez menos, no lo puedo creer. Después queda el subte y el tren en Constitución, un largo viaje pero vale la pena”. Claro que vale la pena; es una de las pocas cosas que la hace feliz. Es consciente de los riesgos que puede sufrir: ir sola, el largo viaje, el regreso a la noche, pero no le importa. A ella no le importa nada porque aquello le hace bien.

El tren llega a Retiro; el malón de gente baja de manera apresurada, se empujan. Del otro lado, los que quieren subir rápido por miedo a no conseguir asiento. “¿Por qué no esperan? Dejen de empujar”. Logra alejarse del tumulto y llegar a los molinetes, los pasa y camina hacia la boca del subte. Se agarra muy fuerte de la baranda de la escalera mecánica, tiene la sensación de que se va a caer, y eso le da miedo. Camina rápido, casi corriendo cuando ve que el subte está a punto de salir. Paga el boleto y siente que se lleva el mundo por delante, una actitud que marca personalidad. Mira de un lado a otro, hasta que su mirada se encuentra con alguien vestido del mismo color que ella; los dos se ríen, seguramente piensan lo mismo. El subte arranca y en cada estación va subiendo gente: de repente está lleno. Gente que baja, gente que sube. Se mezclan las diferentes conversaciones, algunas se entienden con más claridad que otras. “Falta menos, solo el tren y caminar un par de cuadras”, se sonríe y trata de acordarse por dónde tiene que entrar. Estaba tan concentrada en sus pensamientos que no se dio cuenta de que había llegado a Constitución; se levanta de manera apresurada y sale del vagón; la gente la lleva, y ella se deja llevar. Sube unas escaleras, camina por el pasillo ancho y logra llegar a la boletería del tren. Saca boleto. Se fija cuál es el primer tren en salir y camina hacia el andén; sube. Se sienta. Duda. “Sí, sí, todos pasan por Avellaneda”.

Se da cuenta de que tan solo tres estaciones y unas cuantas cuadras la separan de su destino, de su felicidad. Siente vergüenza por el motivo de su felicidad, siente que la situación es insignificante para tanta alegría. El corazón que late a gran velocidad y que pide espacio en el pecho la trae a la realidad. “En la próxima estación me bajo”, y no es la única: la mitad del tren baja, y el andén se llena de color rojo, éxtasis, cantos; llaman la atención las diferentes edades y tamaños.

Todos caminan en la misma dirección. Cruza la calle y la sonrisa vuelve a surgir; ella sigue su camino prestando atención a cada detalle. “Ya estoy. La veo, es hermosa”. Su pensamiento hace que el corazón se vuelva a agrandar y pedirle espacio al pecho.

Pasa el primer control policial, orgullosa muestra su carnet y, con la cabeza bien en alto, ingresa. “Todavía no lo puedo creer, ¿por qué tarde tanto?”. Ya está adentro, inmóvil; quiere grabar en sus ojos cada centímetro del lugar y siente que no tiene capacidad para guardar todo. Disfruta cada segundo, cada detalle como si fuese el último de su vida. No sabe qué hacer: se ríe, llora, observa; encuentra un asiento, va hacia él. Mira a sus pares y entiende que está donde debe estar: alentado a sus colores.



ROMERO, MARÍA DE LOS ÁNGELES

AMOR DE ADOLESCENTES

Una frondosa y florecida glicina cubría gran parte del antiguo patio. Refugiándose en su sombra, dejó caer el bastón a un lado y se sentó en la desvencijada mecedora; lentamente fue cerrando sus ojos.

Tan solo una semana atrás, había despedido a su amada Clarita, esa mujer a la que amó apasionadamente toda la vida. Como en un sueño, recordó esa historia de amor...

Con doce años recién cumplidos, se enamoró de una compañera de clase unos meses menor que él. Ella también respondió a ese amor de dulces miradas, recreos juntos, tomarse las manos debajo del pupitre, escapadas en bicicletas a la hora de la siesta... ese amor puro, inocente, íntegro, sin malicia... amor de adolescentes. Un día llegó la triste noticia para Alberto: había que hacer una mudanza. A su padre, gerente de un importante banco, lo trasladaban a una sucursal de la ciudad de Buenos Aires.

Esa tarde... como lo hacía siempre... volvió a montar la bicicleta y fue al encuentro de su bella Clarita, pero no tuvo suficiente valor para decirle que ya no se verían más, que esa era la última vez; tomó la cadenita que colgaba de su cuello y se la colocó a ella prometiéndole amor para siempre. Con el corazón dolido, dejó el tranquilo pueblo de Ceres, provincia de Santa Fe, de casas bajas y sencillas, de dorados trigales que fueron testigos silenciosos de ese amor.

Qué sorpresa que hubo en clase cuando la maestra dijo que la falta de un compañero era porque a su padre lo trasladaron a otra ciudad. Pasaron años y más años; con exactitud, treinta.

Alberto forjó su camino desempeñándose como visitador médico. Una tarde, esperando para entrar a un consultorio, cautiva su atención una bella dama con

dos niños, a la que ve salir de allí. Sus miradas se encontraron y en un instante se reconocieron: ese amor seguía vivo, no lo había apagado el paso de los años, así es que concertaron una cita y en pocos días se vieron en un café del barrio de Montserrat. El encuentro se extendió por varias horas... Clarita le contó que se había casado, pero con tal mala suerte, que su marido a los pocos años falleció trágicamente en un accidente, quedaron dos hijos que crio con amor y mucho esfuerzo; para darles un mejor futuro económico dejó Ceres. Alberto le cuenta su breve historia amorosa... él nunca formó una familia.

Pasaron los días y siguieron las citas, hasta que una tarde de primavera, cuando todavía se escuchaba el canto de las aves y las flores abrían sus capullos, Alberto le propuso casamiento. Hermosa y radiante se la veía a Clarita al entrar al templo acompañada por sus hijos... Él, con el amor intacto que sentía de su adolescencia, la esperaba en el altar. El paso del tiempo ayudó a Alberto ser un padre de corazón; cuidó y velo por esos muchachitos hasta que se hicieron hombres. A los pocos veranos, Clarita y Alberto volvieron a Ceres; tomados de las manos recorrieron sus calles, la escuela, se sentaron en el mismo pupitre, corrieron por los trigales dorados, volvieron a ser esos dos adolescentes que prometieron amarse más allá de la muerte. Vivieron cuarenta maravillosos años de amor.

Ahora, la que se había marchado... era Clarita... y esta vez, para siempre. Él solo deseaba ir pronto a encontrarse con ella, en su corazón seguía latiendo ese amor adolescente... con fuerzas apretaba en sus manos la cadenita.

—Abuelo, abuelo, ¿duermes?; la cena está lista...

—No, querido, no duermo. Solamente estoy recordando.



RUMBO, JORGE ÁNGEL DECIME CARLITOS

Estaba esperando que despegara mi avión con destino a Montevideo. De pronto la azafata que contaba los pasajeros, antes de la partida, se me acercó y me dijo con simpatía:

—¡Qué parecido a Carlitos Gardel!

Sorprendido, pensé que podría ser porque me había peinado un poco distinto de lo habitual. Le sonreí y me preguntó:

—¿Viajás por trabajo?

Le respondí afirmativamente.

—¿Cuándo regresás?

—Estaré hasta el viernes a última hora de la tarde.

—Entonces, creo que nos volveremos a ver, porque yo también tengo que

prestar servicio en ese viaje.

—¿Cómo te llamás?

—Sonia, ¿y vos?

—...Decime Carlitos.

Cuando la aeronave alcanzó posiblemente su máxima altitud, recapacité sobre el acierto de ser Contador Público y dedicarme a la especialidad de auditoría que, aparte de ser muy importante en el campo de las ciencias económicas, me permitiría viajar al mundo, aunque en este caso comenzaba por un destino bastante cercano. Los auditores somos profesionales que, además de estar bien preparados para nuestra actividad específica, también debemos tener un adecuado control emocional sobre nuestros actos. Cuando estaba en esas disquisiciones, vi a Sonia haciendo un recorrido por el avión, y entonces me di cuenta de que debajo del elegante y discreto uniforme de la compañía aérea, se podía apreciar su peculiar belleza, un repertorio de formas armoniosas.

Al descender del avión, la tripulación saludó a todos los viajeros en la escalera. Sonia me saludó con un beso en la mejilla y me dijo:

—Mucho gusto en conocerte. Espero verte el viernes.

Retribuí su saludo y pensé que era un día de suerte para mí. Era recién lunes, y ya tenía que agendar que vería a una atractiva azafata el viernes siguiente. Esperaba que, hasta ese entonces, no se me quemaran los papeles y que pudiera concretar ese encuentro.

En el aeropuerto de Carrasco, hice el trámite de migraciones; el empleado que me atendió me indicó que allí, no obstante la rivalidad futbolística con los porteños, se admiraba mucho a Carlitos Gardel, que además, según él, realmente había nacido en la Banda Oriental, y me dio la bienvenida.

En el mismo vuelo viajó el conjunto de Les Luthiers. Al ir a retirar mi valija de la plataforma giratoria, ellos también estaban esperando para recuperar sus pertenencias y los instrumentos musicales que usan en sus espectáculos. Uno de los asistentes del aeropuerto que ayudaba a los pasajeros con sus maletas, al verme, me dijo:

—Oiga, don, ¿cuándo viene usted a cantar? Porque a nosotros los tangueros nos gusta más escucharlo a usted, que a esos artistas.

Cuando bajé del taxi que me llevó al hotel donde me iba a hospedar, el chico que me abrió la puerta del coche me pidió “Una monedita, don Carlitos”, y una señora que pasaba por el lugar gritó “¡Pero si es Carlitos Gardel!”, y me pidió un autógrafo.

Al llegar al hotel, fui a registrarme como pasajero a la recepción. La empleada que me atendió me informó que en la cadena hotelera a la que pertenecían no había piso trece, porque había sido cambiada esa numeración por la de “doce bis”. Agregó que, además de tener una hermosa vista de la ciudad, ese lugar traía suerte y que me asignaba una habitación allí, porque su astro de cine preferido era Carlitos Gardel.

Cuando terminó el horario de trabajo, fui al hotel a cambiarme de ropa porque quería hacer un recorrido por la ciudad. Le pedí al conserje la llave de la *suite* que me habían designado y hacia allí me dirigí rápidamente. Nunca supuse que, al abrir la puerta, me esperaba una sorpresa extraordinaria: estaba en la habitación una blonda mujer despampanante, vistiendo ropas tenues y vaporosas, que hacían entrever curvas infartantes. Todo ese cuadro estaba inmerso en un intenso y delicado perfume, envuelto en una tenue media luz y enmarcado en una suave música ambiental que predisponía al romanticismo y la sensualidad. Era una deliciosa criatura perfumada y comencé a desear el beso de su boquita pintada. La rubia, con su cabellera dorada que daba envidia a las estrellas, se sorprendió en un primer momento, pero después –entusiasmada por mi presencia– se abalanzó sobre mí, alegre como un cascabel, al grito de “¡Gardel, mi ídolo favorito!”

—Decime Carlitos.

—Cantame algo, Carlitos, y después festejamos este encuentro como vos quieras.

Entonces, di un paso al frente, respiré hondo y con mi mejor voz entoné:

“Pero hay una melena / que me tiene loco / y es su melenita / su melena de oro”.



SAN MARTÍN, CARLOS

EL PÁJARO Y LA FLOR

Terminaba un largo y frío invierno. La avecilla, al llegar la época del frío, se había refugiado y aletargado en un pequeñísimo y profundo hueco de un viejo roble. Lentamente empezó a sentir como le fluía la vida nuevamente con los primeros rayos del cálido sol primaveral. Su corazoncito comenzaba a latir más rápido y sus músculos a desentumecerse poco a poco.

Al ir pasando los días, el tintinear de las piedras que resbalaban arroyo abajo al aumentar este su caudal, lo iba atrayendo y tentando a abandonar el refugio.

Los primeros días, débil aún, comenzó a asomarse por la ventana de su nido y a deleitarse con la primavera que fluía por aquí y por allá.

Pronto le llegó el perfume de las flores del bosque, a las que comenzó a reconocer, y serían de las cuales se alimentaría en su nueva etapa de Colibrí Tornasolado. Vio rosas, aljabas, campanitas silvestres y un sinnúmero de hermosas flores en esta parte de su bosque preferido, todas ellas atractivas, de muy rico perfume y nutritivo néctar.

Descubrió desde su ventana una nueva flor, desconocida, hermosa, cautivante, la cual fue despertando su curiosidad, y se propuso que sería a la primera que visitaría en su primer vuelo. Estaba justo frente a su nido, a pocos metros y,

aunque no tuviera muchas fuerzas, a ella llegaría sin duda alguna.

Energizado por el sol, brillante su colorido plumaje y tentado por el perfume que emanaba de la nueva flor, una cálida mañana partió como un destello de luz hacia ella.

Detuvo el vuelo casi encima de la flor, retrocedió un poco, avanzó y comenzó a admirarla, de arriba, de abajo, de un costado y del otro, era tan rico e intenso el perfume que emanaba que lo embriagó, de manera tal, que casi se detuvieron sus veloces y aun frágiles alas y estuvo a punto de caer al suelo.

Pronto se dio cuenta, al verla de tan cerca y oler su perfume, de que era la flor más bella y perfumada que jamás había visto en su vida.

Apuntó su pico hacia el cáliz rosado y perfumado que le ofrecía la hermosa flor, busco por aquí y por allá unas gotas del néctar que necesitaba para comenzar nuevamente a vivir, pero nada, ni una mínima gotita de nada.

Sin fuerzas, se posó en su tallo, volvió a contemplar tan hermosa flor y, sin poder comprender ni creer lo que había sucedido, se esforzó con las pocas energías que tenía y volvió a intentar beber del ansiado y necesario néctar... Nuevamente nada, pero sin advertirlo, una minúscula motita de polen quedó perdida entre las plumitas de su cabeza.

Necesitaba néctar en ese mismo instante, por lo que decidió visitar a las flores que él ya conocía, y así las recorrió una por una llenando de vitalidad su debilitado cuerpecito y energizando sus alitas.

Volvió por la tarde al hueco del viejo roble y desde allí observo a la flor sin néctar, más hermosa que cualquier otra... pero solo eso, hermosa pero vacía.

Agotado por su primer vuelo primaveral, se durmió aquella noche, pero la motita de polen de la bella flor que escondida aún estaba en las plumitas de su cabeza, inundó su casita de un perfume embriagador e, inquieto, soñó y soñó con ella. A la mañana siguiente, al despertar, lo primero que hizo fue volar raudamente a la bella flor y buscar y rebuscar en su cáliz, aunque mas no fuera un simple atisbo de humedad de néctar... Nuevamente nada de nada, solo perfumadas motitas de polen entre sus plumas.

Así fue transcurriendo el tiempo; pasó la primavera, empezó el verano y el Colibrí cada día se enamoraba más y más de la hermosa flor, quizás hechizado por las motitas de polen que entre sus plumitas estaban.

Fueron pasando los días y cada vez se quedaba mucho más tiempo posado en el tallo de su bella Flor, susurrando gorjeos, volando de tanto en tanto a su casita del viejo roble y, cuando se sentía débil, volaba al bosque a buscar alguna gotita de néctar, pero rápidamente volvía a su cautivante, hermosa, pero vacía flor.

Un día ocurrió el milagro.

El enamorado Colibrí despertó y, como todas las mañanas, voló anhelante a su querida flor, la admiró desde todos los ángulos posibles y, cuando iba a posarse en su tallo para cantarle, decidió besar como tantas otras veces, miles de veces su interior y... ¡¡ohhh, sorpresa!!, su pequeña lengua tocó una gota de néctar, increíblemente dulce, tan mágica su esencia, que el ave sintió tantas

energías, que creyó podía lograr lo que se propusiera, y eso fue lo que sucedió.

Se transformó en un colibrí increíble como jamás existió otro: fuerte, hermoso, tan pero tan lleno de vitalidad, que un día mirando el cielo pensó “como me gustaría poder volar hasta las nubes” y apuntando su alitas al cielo, casi sin esfuerzo alguno, llegó tan pero tan alto que vio a la tierra como ningún otro colibrí la conoció jamás.

A la mañana siguiente, bebió de su flor una nueva gota de néctar y decidió recorrer todo el arroyo, el cual luego se transformó en río y, luego de mucho andar, llegó hasta el mar, al que sobrevoló de una punta a la otra y, feliz como nunca lo había sido, retornó cantando por lejanas montañas a su casita del viejo roble, no sin antes, posado en el tallo y muy cerquita de su amorosa flor, contarle lo que sucedía con él cada vez que bebía de su mágico elixir.

Muchas veces buscaba en la mágica flor el dulce néctar y nada encontraba, pero sus energías seguían siendo sobrenaturales, su plumaje hermoso, su canto melodioso, y podía volar como ninguna otra ave lo hiciera jamás, aunque transcurrieran días y días sin beber el mágico elixir.

El ave se sentía muy feliz igual, viviendo enamorado junto a su flor.

Pasó el verano y comenzaron a llegar los días fríos. Todas las flores del bosque se marchitaron y cayeron a tierra, menos la Flor Encantada, aunque esta se sentía muy triste y dolorida en su interior, pues no podía generar una sola gota del mágico néctar para su enamorada ave y esta se fue debilitando día tras día, hasta que en un frío atardecer cayó a tierra el agotado Colibrí, exhausto, moribundo, sin energía alguna.

Llegó la fría noche de invierno y, sin poder refugiarse en su nido del viejo roble, allí quedó para siempre, al pie de su amor, su Flor mágica.

Ha pasado mucho tiempo ya. La Flor Encantada sigue siendo hermosa todo el año y el viejo roble que cobijó al hermoso Colibrí tornasolado es mudo testigo de las gotas que como lágrimas de dulce y mágico néctar todos los días a través de los años, derrama la bella flor en el lugar exacto donde cayó su enamorado Colibrí.



SEFAIR, MILAGROS

EL CÍRCULO

Las alas sacudidas del ventanal enredaron una pesada cortina de seda. El frío no la hizo estremecer, sino transportarse. Salirse de su cuerpo octogenario y ser devuelta a la chiquilla que fue. La enamorada de aquel muchacho prohibido, quien hoy se encontraba frente a ella tendiéndole una mano para bailar la pieza que días atrás anotara en su libreta. Una entonada orquesta ejecutó el *Charles-*

ton crazy de su preferencia. *Yes Sir, That's My Baby*. Ya no los huesos oxidados, ni la carne flácida o la piel agrietada. La rosa fresca de la primavera toda estalló en sus labios cuando don Munilla le hurtó el primer beso.

Siente calor con su vestido de gasa. Su abuela siempre le ha dicho que la elegancia abriga; sin embargo, algo en el aire le está hablando de una sudestada filtrándose por los televisores. Mareos la traen nuevamente a sus años ancianos. Con el bastón, golpea tres veces el piso de parqué llamando a su ama de llaves. Que cierren los ventanales y le acerquen su mantón de Manila. Pero Esculapia le trae un chal de vicuña.

—*A su edad debe cuidarse del frío, señora, hágame caso; lo hago por su bien.*

La elegante dama berrinchea cual colegiala.

—*Que le dije que el mantón de Manila.*

—*Que le digo que se ponga éste que es más calentito.*

—¡Qué atrevida!, la haré despedir por mi padre inmediatamente si no me obedece.

—¡Su padre, señora! Su padre murió a fines del siglo pasado...

La viejecita se ha quedado en silencio tan seria, que su cara es una roca de rugosa superficie. Algo consternada, suelta una lágrima y Esculapia siente pena.

—¿Qué pasa, señora?

—*Niña, llámeme niña...*

—*Niña, ¿qué le sucede? ¿Por qué llora?*

—*Es que no he estudiado para la lección de geografía, mañana la maestra va a aplazarme. —Ya veo, llamaré a su hija.*

—¿La hija de quién?

—*La suya.*

—*Si yo no tengo hija, ¡faltaba más!... a mi edad. Usted está muy rara; si no se comporta, le informaré a mi padre. Usted me quiere confundir.*

El ama de llaves se ha ido a la cocina para prepararle a su señora un tecito de tilo que tal vez le acomode las ideas.

—¡Faltaba más, hacerse la niñita ahora! ¡Algo le pasa a la señora! *Está bien rara.*

Casi se quema la mano con la hornilla al sobresaltarse cuando escuchó desde los cercanos aposentos de la anciana la voz temblorosa y altiva indicando que ensillen los carros.

—¿Qué? ¿Carros? ¿Caballos? Ahora sí hemos retrocedido casi un siglo, que la señora dice que le llamen niña, que la señora debe estudiar geografía, que si no obedezco llamará a su difunto padre... Pero venga pronto, señora Silvina, su madre se está poniendo malita cada vez. Si se puede dar una vuelteita por aquí cuanto antes, se lo agradecería.

Una, dos, tres, seis, diez semanas han pasado y la señora Silvina no ha venido a saber de su madre. Y ya Esculapia no sabe si en verdad su ama no tiene razón. Jamás tuvo hijos. O es que de tanto no verlos se ha olvidado de que alguna vez

existieron y solo recuerda hoy sus años mozos. Su amado don Munilla, con quien nunca se casó, y el ancestral miedo a la maestra de geografía. Hoy preparará la comida predilecta de la señora, lenguado al rockefort, y mientras pica las cebollas siente una ternura que la conmueve hasta activar los lacrimales. Cae la noche en total silencio, mientras está pensando en los placares del altillo. Allí donde descansan las almas y ropajes de todos los muertos de aquella aristocrática familia. Entonces es que... podría ser ella el severo padre que gusta consentirla. Y Esculapia se imagina también embutida en un traje de maestra para aprobar la lección de la niña de una buena vez y para siempre... y...

Apenas abre la crujiente puerta, suelta un estornudo. Pero no dirá nada, pues de ella es la culpa de que en esa parte del viejo caserón jamás se limpie. Lo primero es trapear el espejo, pues frente a él desfilarán las múltiples siluetas que conforman el pasado de la señora anciana. Toda la hora de la siesta se la pasa probándose aquí un sombrero de copa, Allí una mantilla de gasa bordada. Todo sea por hacer feliz a su ama... *“¿Quién vendrá hoy a la hora del té?”*. Retratos en sepia ayudan a personificar a cada ser querido de la infancia y juventud de la querida viejecita.

5.00 pm. trina el timbre.

—*Esculapia, fijate quién ha llegado...*

—*Sí, niña, es don Munilla... Ha venido a pedir su mano en matrimonio...*

Se sonrojó la anciana y en sus pómulos dibujóse una sonrisa niña. Las manos temblorosas. Mueca de labios prensando el pánico.

—*Pero, Esculapia, papá no va a querer, pues don Munilla se dice es anarquista y pobre y poeta* —agregó la octogenaria ya desesperanzada.

Un silencio ensordecedor se ha apoderado de todo lo tangible e intangible. Las sombras de un pasado lejano tomaron asiento sobre las alfombras. La platería fue perdiendo el brillo y, cuando ya estuvo a punto de saltar la primera lágrima de sus ojos, apareció. No por la puerta, sino por la ventana, cual ladrón de corazones. Con su mirada altiva e insolente, raptó a la anciana alzándola en sus brazos, y nadie, ni siquiera Esculapia, supieron jamás de su paradero.



SINTADO, MARCELO EDUARDO

CONTRASTES DE MI VIDA

Sin saber muy bien cómo comenzar, inicié estas líneas para mi hija Sofía, quien transita un momento único e inigualable de su vida: ser madre. Ya va por su séptimo mes de embarazo. Mi estado de angustia no me lo permitía, más bien me lo dificultaba. ¿Podré despegarme algún día? ¿Dejaré de ser un egoísta? Es tal mi aflicción, que vuelve y vuelve, monotemáticamente, sin de-

jarme ver la salida. Esa sensación tan aplastante me domina, sugiriéndome ideas terminales, las que pugnan dentro de mí, sin entender cómo siquiera las puedo pensar.

Tengo tres hijos que enorgullecen mi ser: Juan, el menor, un ser muy querible, quien profesa un gran amor por sus hermanas. Anto y Sofi, con sus compañeros de vida, quienes las aman, son los cinco muy compinches... Con lo que, entiendo, conformamos una linda familia y, lo más importante, una nieta en camino, Justina, a la que esperamos con una gran felicidad. En este contexto me siento aún peor, mi tristeza me ciega. Mi mente regresa: ¿soy tan egoísta?

La falta de mi compañera de vida fue inevitable; entiendo que mi padecer no la va a regresar. Por instantes, inconscientemente, quisiera juntarme con ella en la otra vida y terminar con tantos sufrimientos. Me digo: “ese no soy yo, siempre afronté avatares de todo nivel, tipo y gravedad... ¿Y ahora? ¿Curiosamente no puedo resolver mi propia vida?

¿O será que verse en la intimidad es lo más duro? Ver cosas que no te gustan, aceptarlas, entender que uno no es perfecto y perdonarse... ¡¡¡Perdonarse!!!”

No es tan fácil como escribirlo; ruego a Dios, para que me dé la fuerza y me indique el camino para aceptarme... ¡sí, es eso!

Conocí a Laura y me abracé desesperadamente a ella, la quiero y respeto profundamente. Digo abracé, porque literalmente fue así, sin percibir que la ahogaba en mi desesperación, creyendo que ella era la solución a lo que me acontecía. Mi vaivén interior, exteriorizado en reclamos o actitudes que no aportaban al bien de ambos, todo esto provocó daños a la relación.

¿Qué siento? Es una pregunta que me atraviesa, sin poder hallar el disparador que la causa. Saturación por la rutina diaria, una negatividad total, sumadas a una falta de motivación, se han vuelto un cóctel no muy saludable. La profunda soledad que me invade no me deja ver con claridad. ¿Estaré actuando como si fuese el “ombligo del mundo”? Repetidas veces me han reprochado: “*lo tuyo pasa por lo que te sucede a vos, no al otro ni al entorno*”. Esa frase me trepana el cerebro. Sí, es realmente así, hoy lo confirmo. Es una venda que ciega mis ojos. Pienso en tanta gente que pelea por su vida a causa de alguna enfermedad y me siento peor. Tengo mi salud plena y, aun así, no puedo encaminar mi vida.

Pensar que era de los que decía: “¡que se deje de lamentar! ¡tiene todo lo que necesita! ¡no sé por qué esta así!”. ¿Quién era yo para decir qué necesitaba alguien? ¡Qué ignorante! Muchas veces, gente que te aprecia te lo dice... ¡Y hoy, lo vivo!

En la misma noche de la tardecita en que comencé a escribir esta triste reflexión, la vida nuevamente me dio señales. Mis hijas me insistieron en que cenásemos juntos, en casa de Sofía. Intuí que percibían mi estado de ánimo y querían sacarme de mi círculo rutinario. Estuve varias veces por declinar la invitación, pero me bañé, cambié y salí más temprano.

Tomé para el centro, caminé un par de cuadras mirando las vidrieras, sin verlas; compré un helado para el postre y partí rumbo a la cena, sin mucho

convencimiento, pero de mejor ánimo.

Se armó un ambiente de charla amena; mientras esperábamos que se cocinara un costillar de cerdo al horno, que hacía Mati, Fran abrió un vino malbec, muy apetecible, y continuamos con una velada sumamente amena. Mati, después de revisar su punto, sirvió el costillar con una salsa de mostazas, miel y condimentos ahumados traídos del sur, con batatas en su misma salsa. Todo el plato fue una exquisitez. Finalizada la cena, en los postres, Antonella, mirándome a los ojos, me dice:

—¡Pá!, queríamos decirte algo importante, por eso te insistimos en que vengas.

Mi estado pesimista, con suma rapidez, me llevó a lugares lejanos. Pensé: “me va a decir que se van a vivir al exterior, como les escuché en algún sueño de juventud”. Indefectiblemente me angustié, para no perder el hábito.

—Estoy embarazada —me dice con una sonrisa de lado a lado.

Me levanté de la silla y la abracé fuertemente, rompiendo en un llanto los dos. Seguí con Fran, su pareja, tan emocionado como con ella. Nos dimos esos abrazos en los que no se necesita decir nada, de una intensidad que lo colma todo.

La felicidad los hacía brillar; ver a los cuatro me reconfortaba enormemente. Sofi, mi otra hija, hermosa y dulce, con su gran panza. El mutuo amor que se profesan con Mati fluía en el ambiente. Los dos inmensamente felices de que Anto y Fran vivieran la misma experiencia.

Me aislé un poco de la mesa escuchando sus charlas tan lindas y positivas sobre los enseres de los bebés y los nombres a elegir. ¡Cuánta vida! ¡Cuánto futuro! ¡Cuántos proyectos! Pensé: “se agranda la familia”. Me hubiera gustado poder ver la cara de Alby, su mamá, en este momento tan único y particular. Solo faltaba Juan, quien trabajaba esa noche y había sido previamente anunciado.

—Tendrías que haber visto su cara al escucharme —dijo Anto.

Sé del amor que tiene por sus hermanas.

El *shock* de energía que me transmitieron fue tan poderoso, que me reacomodó, y tomé un nuevo impulso, para seguir en la búsqueda de mi camino...

City Bell, 14 de diciembre de 2016



TATTOLI, CAMILA

EL OBSEQUIO DE LA VIDA

En un fantástico mundo, donde todo era alegría e ilusiones, vivía una niña llamada Alba que decía que la vida le había dado un regalo. A nadie le había contado de qué trataba dicho obsequio, ese era su secreto. Ella insistía en que era algo tan especial y único, pero a la vez tan obvio, que no podía creer que nadie lo hubiera notado aún.

Con el paso del tiempo, la niña fue creciendo, pero su fantástico mundo seguía intacto a pesar de las miles de tormentas que habían amenazado a su reino.

Ella seguía sin revelar su secreto y se sentía un poco decepcionada de que la gente siguiera con sus máscaras lúgubres paseando por las calles de su maravilloso universo.

Alba un día dijo que su regalo era algo que no se podía ver, que sólo las grandes mentes podrían decodificar lo que ella decía y que serían ellos los que verían la vida como ella la veía. Para las mentes cerradas, no existía tal alegría en un mundo de cemento, ladrillos y humo. Entonces, la pequeña Alba a sus doce años, ya cansada de la ceguera humana, decidió contarles el secreto a sus padres.

El amor dijo Alba con su melodiosa voz es lo que le da color a mis paredes de cemento, lo que le da vitalidad a este mundo.

Albita, deberías dejar de soñar tanto dio como respuesta su padre sintiendo pena por su pequeña hija. Ella un día abriría los ojos y se decepcionaría tanto... El mundo no estaba lleno de almas caritativas ni de mentes comprensivas.

Papá, yo sé muy bien de lo que hablo. Es amor a mi familia y amigos, amor a lo que me rodea. Amor a una mejor vida. Le tengo amor a la idea de que el mundo puede salir de sus problemas, que podrá ser verde de nuevo y que tendrá gente buena. Alba observó a su padre y sonrió con ternura al verlo emocionado por sus palabras. Tengo amor para dar y sé que hay amor para recibir. Amar es el mejor regalo que me pudo haber dado la vida, papá. Sin amor sería infeliz y estaría todo el tiempo amargada. El amor es esperanza, es algo que te envuelve y te hace sentir feliz, es el sentimiento que te permite danzar en la oscuridad y levantar a los caídos, es lo que te permite sentir fortaleza en los peores momentos y es lo que te incentiva a siempre tratar de ser mejor, de superarse a uno mismo. Me amo a mí y eso también es importante, amo mis defectos y virtudes, amo poder soñar y vivir iluminando las penumbras, amo mi cuerpo, mi sonrisa, amo lo que hago.

Su madre estaba complacida por haber escuchado las palabras de su hija; estaba tan orgullosa de ella, que se había largado a llorar y a susurrar cuánto la quería. Su porotito había crecido y les había dado una paliza usando las palabras más dulces jamás oídas.

A la edad de catorce años, cuando ya había sufrido muchas más desilusiones y sentía que nada tenía sentido, Alba decidió escribir, porque de esa forma su agonía y su furia se disiparían:

“Nuestro pulso se acelera, nuestras manos sudan, nuestras piernas tiemblan y una estampida de elefantes se lleva a cabo en nuestro estómago. Nos emocionamos por un mensaje, un comentario y por un simple “hola” lanzado en el momento. Suspiramos por fotos, por ilusiones y por cualquier tontería que venga de aquella persona especial. Y lloramos por las desilusiones, por los pensamientos que acosan nuestras mentes y por aquellas veces en las que somos ignorados o menospreciados por aquel ser que vemos con ojos ciegos.

Somos tan felices dentro de aquella nube de estupor y alegría, que cuando nuestra nube se desvanece es demasiado doloroso. ¿Eso es a lo que nosotros llamamos amor? Da repulsión. ¿Pero quién nunca sintió aquella alegría por una tontería que realiza otra persona? Parece no tener sentido. ¿Cómo es posible que algo tan hermoso y placentero pueda hacernos tanto mal? Es como todo. Tiene un lado bueno y un lado malo.

Podemos dejarnos llevar y volar tan, pero tan alto, que ya no sabemos dónde estamos y no nos importa. El problema es aterrizar. En el piso no nos espera un lindo colchón para evitar los rasguños, no tenemos un paracaídas que ayude a que la caída sea más suave, no hay nada que nos frene hasta llegar al suelo y destrozarnos nuestro cuerpo contra este.

Es volar y caer. Pero ¿por qué caemos? Por estereotipos, infidelidades, mentiras y maltratos.

Nuestros estereotipos del amor son que una mujer y un hombre deben amarse incondicionalmente, cuidarse y serse fieles hasta su muerte. ¿Qué diferencia el amor que se tienen las parejas homosexuales del amor que se tienen las parejas heterosexuales? El sentimiento es el mismo. ¿Entonces debería haber algún problema con aquello? ¡No!

Las mentiras hacen que le demos tantas vueltas a todo, que ya no hay confianza. ¡Y qué duro es amar a alguien en quien no se tiene confianza! Nunca se sabe si lo dicho es verdad o mentira y eso agota a las personas. Sinceridad antes que todo.

Los maltratos pueden afectarnos tanto física como emocionalmente y, por más divertido que le pueda parecer a aquellos abusadores, ya sean hombres o mujeres, deberían saber cuán equivocados están al realizar aquello. La paciencia no se acaba nunca hacia quien le regalarías tu vida, las opiniones de los demás se respetan y ni se te ocurra desahogarte con alguien que es inocente.

Valorá a quienes decís amar o querer y a quienes dicen amarte o quererte, porque esas personas notaron en vos algo que tal vez otros no notaron, porque tal vez esas personas sean las que van a estar cuando te derrumbes y porque esas personas son tan humanas como vos y se merecen un mínimo nivel de respeto.”



VALDEZ PÉREZ, RICARDO

HOJA EN BLANCO

Han pasado, si no tengo mala memoria, más de 40 años para escribir nuevamente sobre una hoja en blanco: ¡Querido Santa Claus!

Y escribo gracias a Carolina, una linda persona que Dios, la vida o no sé qué fuerza misteriosa ha puesto en mi andar de vida.

“Querido Santa Claus”, frase que de niño traía a mi día una emoción enorme. Y ahora, que te escribo ya siendo un hombre, recobra ese significado casi mágico de antaño. Difícil tarea intentar pedirte algo en este momento. Pero lo intentaré, porque sé bien que, de alguna manera, me lo darás. Ciertamente, mis deseos han cambiado desde aquel entonces, han cambiado como yo mismo lo hago sin percatarme del todo. El orden no es por importancia, sino es como a mi mente llegan. Que en cada despertar tenga delante de mí un día claro, soleado y propicio para preparar mi huerto interno. Y así sembrarlo día a día. Te pido también la lluvia necesaria que haga germinar mis sueños en realidad.

des inolvidables, que moje mi rostro al levantar mi mirar al encuentro de las gotas incontables. Te pido la paciencia y sabiduría que necesito para esperar los frutos que el huerto y la vida me ofrecerán sin reparo. Te pido la capacidad invisible para abrir mi corazón y romper esta armadura en la que está ahora guardado. Abrir mi corazón mi ser completo al amor propio, al amor hacia Iván, al amor hacia mi familia, al amor hacia la mujer que ha de acompañarme, al amor hacia el mundo entero. Te pido, también, la fortaleza de espíritu que sea necesaria para afrontar los retos y superarlos. Agradezco por los deseos cumplidos. ¡Gracias, Santa!

P. D.: ¡Ah! Casi se me olvidaba: ¡también te pido un carrito *Hotwheels* rojo!



VALERGA, MARIO ENRIQUE

ISABEL Y PABLO

La plaza estaba ubicada en el medio del pueblo y ocupaba una manzana. En el centro había una estatua con personas rompiendo cadenas que simbolizaban la libertad y, por detrás, se encontraba el mástil con la bandera patria. Desde cada esquina surgían caminos que concluían en esta escultura. En una de las esquinas había una calesita que todavía giraba. Había pasado de tener caballitos y carruajes a naves espaciales y monstruos alienígenas, pero seguía siendo un foco de atención para los chicos más pequeños. Detrás de la calesita se encontraba el ombú. Debía de tener más de cien años, y sus ramas enormes servían de entrenamiento de alpinismo a chicos no tan pequeños. En este ombú, a las cuatro de la tarde, se citaron Isabel y Pablo.

Pablo llegó puntualmente. Vestía un pantalón negro y una remera azul con un velero rojo en el medio del pecho y calzaba zapatos negros recién lustrados. Su cabello oscuro, habitualmente enmarañado y descuidado, se encontraba prolijamente peinado con raya a la derecha. Tenía los ojos azules y una sonrisa de dientes blancos de fácil aparición. Pasados un par de minutos después de las cuatro, llegó Isabel. Tenía un sencillo vestido celeste y sandalias blancas sin taco. Su melena rojiza caía haciendo suaves ondas sobre sus hombros. Tenía los ojos celestes y la cara salpicada de pecas. Se encontraron bajo la espesa sombra del ombú. Sus miradas se hallaron y, cuando Isabel sonrió, se iluminó la tarde.

Quedaron frente a frente y sobraron las palabras. Pablo acercó sus manos a las de ella y sus dedos se entrelazaron suavemente. Sus frentes se tocaron y las puntas de sus narices se rozaron con delicadeza.

Una nube se corrió y un haz de luz atravesó el follaje del ombú, iluminando solo a la pareja. Una hoja se desprendió y cayó haciendo espirales hasta casi detenerse sobre sus cabezas. No se escuchaba ningún sonido, excepto el canto lejano de una calandria. El tiempo pareció detenerse en un momento único, inolvidable e irrepentible.

El hechizo se rompió con la voz de la mamá de Isabel:

—¡¡¡Isabel, vamos a tomar la leche y a hacer la tarea!!!

Isabel parpadeó dos veces y sus manos se soltaron. Dieron torpes pasos hacia atrás sin dejar nunca de sonreír y quedaron en verse en el mismo lugar a la tarde siguiente.

Después de todo, no es fácil el amor a los nueve años.



ZAMORA, MARÍA LAURA

LA SONRISA DE VALERIA

Qué simple y distante parece el mundo cuando una sonrisa llega a tus ojos, cuando apenas sientes que puedes respirar, cuando cada día se torna el pasatiempo más regular y repetitivo que tienes, cuando sólo hay oscuridad y en tus sueños sólo desgracia y sufrimiento.

Cuánto cambia tu día esa sonrisa que, dada con el más sutil encanto, difumina aquellos oscuros y tristes recuerdos y los lleva a lugares extraños, trayendo luz y esperanza. Aquella honesta sonrisa, debajo del matiz de unos ojos llenos de bondad, cubre el interior de tu mente y cuerpo de armonía y tranquilidad, y todas las preocupaciones que hasta ese momento desgarraban tus pensamientos y tu alma en mil pedazos, son reemplazadas por una paz que anteriormente te era ajena. Ya no hay tristeza, el dolor ya no se refleja en tus ojos, el único reflejo que ves es aquella sonrisa y aquellos ojos que parecen robados de alguna divinidad desconocida.

Qué simple parece la vida cuando una sonrisa así te es dada. Cómo hace palpitarse tu corazón a un ritmo incontrolable y cómo lentamente sientes que las comisuras de tus labios, que hacía tiempo que no se elevaban, se extienden por tu rostro en respuesta de tan magnífica expresión de la que estás siendo testigo. Con qué claridad ves todo ahora, con qué esperanza anhelas tu futuro y cuánta felicidad inunda tu alma.

Como puede esa simple expresión cambiar tu día tan insignificante, si viene de la persona correcta.

Un ser en cuya alma no existe rencor ni maldad, un ser que no es llamado ángel solo por el hecho de no tener alas, un ser que quizás tiene la mente limpia de los miserables conocimientos que llamamos normales, un ser que no entra en la clasificación común porque su bondad y su amor lo llevan a un nivel extremo. Aquella pequeña persona cuya sonrisa podría acabar con las más terribles guerras y enfrentamientos, cuya sonrisa calmaría hasta el más desesperado ser de este mundo, cuya sonrisa hace que cada día tenga un significado.

Ya ni siquiera recuerdas el motivo de tu enojo, de tu tristeza y tu desesperación, lo único que en ti habita es el deseo de recompensar aquel gesto, pero

sabes que no hay materia suficiente que lo haga y sólo eres capaz de devolver la sonrisa.

Qué preciso es el sentido de tu vida ahora y tu misión en este mundo. Qué seguro estás de lo que debes hacer y lo que sientes que tienes que hacer y desbordas en deseos de hacerlo. Con qué claridad ves todo ahora, cuando la razón de tu existencia te está sonriendo con tan humilde gesto ajeno a este mundo.

Y ahora deseas vivir más que nunca, ahora deseas que cada día de tu vida esté destinado a recompensar esa sonrisa. Ahora tienes fuerzas que no sabías que poseías y ganas de enfrentar las cosas que te parecían imposibles de resolver.

Cuando ella sonrío, tu mundo palpita y se acrecienta en amor y felicidad, que antes creías imposible.

Pero ahora lo sabes, sabes lo que tienes que hacer y corres con todas tus fuerzas mientras extiendes tus brazos en un abrazo que te será eterno. Ella suavemente acaricia tu rostro y dice tu nombre, y tú te inundas de sensaciones que no puedes explicar. Cuando el abrazo por fin termina, no sientes tristeza, sino fuerza y seguridad y, mientras te alejas sin quitar tus ojos de aquella angelical imagen, ella vuelve a sonreír.

Das media vuelta y sigues tu camino a tus tareas, pero la diferencia que causó esa sutil sonrisa es lo que le dio significado a tu día y, ahora, cada cosa que haces, lo haces por ella, lo haces sólo para volver a ver esa sonrisa.

Qué esperanza y qué alegría entra en mi vida cuando mi pequeña Valeria me sonrío.

(María Laura dedica este relato a su hermana Valeria, de 18 años, nacida con Síndrome de Down).



ZELAJA, MARÍA ISABEL LUCIANA Y EL CAVERNÍCOLA

Decían que no parecía humano; tenía corazón de perro. Se trataba de un sujeto que vivía en una cueva en la montaña. Había sido abandonado por sus progenitores y criado por una perra montaraz. Todos, en la comarca, sabían de su situación. Sentían compasión por él. Era algo así como una leyenda viva. Su aspecto no difería mucho del de un muchacho fornido de treinta años, sólo que su nariz era alargada y sus ojos similares a los de un can.

Luciana, una muchacha pobre, oriunda del lugar, cerca del reducto del montañés, se ocupaba de lavar ropa en el río. Era una más de las serviles lavanderas de aquel territorio; huérfana de madre, vivía en la casa del padre alcohólico, motivo por el cual siempre estaba triste. No sonreía nunca. No sabía qué era la felicidad.

—Tengo un corazón de ave y algún día volaré; volaré hasta las montañas con las alas desplegadas y desde allí los veré. Seré cóndor, tendré garras. Desde cimas elevadas miraré. Mañana cuando yo vuele, desde el cielo los veré. A sufrir no volveré... no volveré...

Su canto atrajo la atención del habitante de la cueva, quien se le acercó sigilosamente. Al contemplar la hermosura de la muchacha, se sintió confundido. Él no sabía de ternura, ni de amor. En sus recuerdos, había sentido algo parecido, cuando mamaba confiado la teta de una perra salvaje.

Tales rememoraciones le provocaron un cosquilleo en las mejillas. Llevó sus manos al rostro barbudo, tocó las comisuras de su boca percibiéndolas extendidas. Esa fue la primera vez que una sonrisa endulzaba sus facciones agrestes.

Decidió regresar a la cueva. Su parte humana lo obligaba a tomar recaudos, y su parte canina lo hacía gemir quedamente, mientras se ocultaba entre los matorrales.

La chica, al oír quejidos como de un cachorrito, se incorporó para observar de dónde provenían. Miró a su alrededor, pero no descubrió nada. Imaginó que el ruido se debía al viento.

Esa noche Luciana soñó que volaba como cóndor, mientras una manada de lobos la seguía hasta llegar a la punta del cerro, en donde tenía el nidal. Una vez en la cima, observaba cómo el cascarón del huevo se abría y de él emergía una niña humana. Los bracitos de la criatura estaban cubiertos con un vellón grisáceo. El aullido de las bestias se acallaba, dando paso a leves gruñidos; y luego, a lengüetazos cariñosos, a ella y a la recién nacida. Era tanta su felicidad que despertó riendo. Esa fue la primera vez que disfrutó del placer de la risa.

El sueño fue premonitorio. Ese mismo día, al atardecer, cuando en el poblado se podía ver la luna llena asomándose entre las montañas, Luciana y el cavernícola se encontraron en la acera de la taberna. Ella iba a buscar a su padre, para que no bebiera demasiado. Él iba a tentar suerte entre los parroquianos a ver si alguno le convidaba algo de comida, como solían hacerlo desde que era niño.

Él se aproximó a la joven. Ella volvió a sonreír. Él también sonrió. Ambos, en ese momento, supieron que la felicidad era estar juntos para siempre. Caminaron en silencio por la senda rumbo a la gruta, sin tomar en cuenta las supersticiones del vecindario. En luna llena, el alma de los animales montañeses se apoderaba de las personas y las obligaba a cometer locuras, decían.

Luciana, desde esa noche, no volvió a la casa del padre. La buscaron durante varios meses y no la encontraron. Gente que los había visto juntos acusó al salvaje de habérsela comido y quería capturarlo. En ese territorio, a los criminales se los mataba en la guillotina. Aguardaron al lado de la guarida, hasta que lo atraparon.

Cuando su cráneo rodó por el suelo, pasó un cóndor profiriendo un desgarrador chillido. La gente del pueblo, frente al vuelo rasante del ave alrededor de la

cabeza separada del cuerpo del pobre infeliz, supuso que la joven Luciana había transmutado en cóndor, porque evocaron la canción que cantaba en el río.

En ese mismo momento, una niña nacía en la cueva. Tenía los brazos cubiertos de un fino vellón. Luciana moría al parirla. Una loba que habitaba en otro reducto de los montes alimentó a la beba.

Al crecer, la niña no parecía humana, tenía corazón de loba. En noches de luna llena, se la escuchaba llorar y, en siestas de primavera, se la veía en el río agitando sus brazos emplumados. Ensayaba el vuelo prometido, hasta que un día no se la vio más.

